RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

El Emperador

● crónicas ●

ANAGRAMA

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

El Emperador

● crónicas ●

ANAGRAMA

Índice

Portada

El trono

Ya llega, ya llega

El desmoronamiento

Créditos

El trono

Olvídame

todo se ha apagado

de un tango gitano

¡Ay, Negus Negesti!

Salva a Abisinia

Pues está en peligro

Su frontera sur.

Y al norte de Makale

Lo pasan muy mal.

Negus, Negus

Dame las balas, dame la pólvora.

de una canción que se cantaba

en Varsovia antes de la guerra

Si observamos el comportamiento de las gallinas en un gallinero, no tardaremos en darnos cuenta de que las gallinas de rango inferior son picoteadas y obligadas a ceder el sitio a las de rango superior. En condiciones óptimas se da una estructura de rangos de columna única encabezada por la supergallina, que cose a picotazos a las demás; luego vienen las que ocupan lugares intermedios en la jerarquía, las cuales, a su vez, picotean a las de rango inferior sin, por eso, dejar de respetar a las de arriba. Finalmente está la gallina-

cenicienta, que debe ceder ante todas.

Formas típicas de comportamiento

en los vertebrados, ADOLF REMANE

El hombre se acostumbra a todo, siempre y cuando alcance el apropiado grado de sumisión.

C. G. JUNG

El DELPHINUS, cuando quiere dormir, flota en la superficie del agua; una vez dormido, empieza a caer suavemente hasta el fondo del mar, donde se despierta al sentir el golpe de su propio cuerpo contra las rocas; cuando esto se produce, vuelve a subir hasta la superficie del agua; una vez allí, vuelve a dormirse para emprender de nuevo su descenso hasta el fondo, donde volverá a despertar, y así, flotando de arriba abajo y de abajo arriba, descansa en continuo movimiento.

La nueva Atenas

o la Academia Scientiae plena, BENEDYKT CHMIELOWSKI

Cada noche me dedicaba a escuchar a los que habían conocido la corte del Emperador. En un tiempo habían sido hombres de palacio o al menos disfrutaban del derecho a acceder a él libremente. No han quedado muchos. Parte de ellos fueron fusilados. Otros huyeron al extranjero o permanecen encarcelados en las mazmorras de ese mismo palacio: arrojados de los salones a los sótanos. Entre mis interlocutores también había algunos de los que se esconden en las montañas o viven, disfrazados de monjes, en monasterios. Todos intentan sobrevivir; cada uno a su manera, según los medios a su alcance. Tan solo un puñado de esa gente se ha quedado en Addis Abeba, donde –paradójicamente– resulta más fácil que en ninguna otra parte burlar la vigilancia de las autoridades.

Los visitaba al caer la noche y para ello tenía que cambiar de coche y de disfraz varias veces. Los etíopes, que son muy desconfiados, no querían creer en la sinceridad de mis intenciones: tratar de encontrar el mundo barrido por las ametralladoras de la IV División.

Estas ametralladoras están montadas en el asiento contiguo al del conductor, en jeeps de fabricación norteamericana. Son manejadas por tiradores cuya profesión consiste en matar. En la parte trasera del vehículo se sienta un soldado que recibe órdenes a través de una radioemisora móvil. Como el jeep está descubierto, el conductor, el tirador y el radiotelegrafista, para protegerse del polvo, llevan gafas negras de motorista, que el ala del casco oculta en parte. Así que no se les ve los ojos, y sus rostros de ébano, cubiertos por una barba de días, carecen de expresión alguna. Estos tríos están tan acostumbrados a la muerte que los chóferes conducen los jeeps de manera suicida; toman las curvas más cerradas a la máxima velocidad, circulan contra sentido y un vacío se abre a ambos lados a la mera aparición de semejantes cohetes. Más vale apartarse de su campo de tiro. De la emisora que lleva sobre sus rodillas el soldado que ocupa el asiento trasero salen, entre crujidos y chasquidos, voces y gritos nerviosos. Se ignora si alguno de estos roncos balbuceos es una orden de abrir fuego. Más vale desaparecer. Más vale meterse por cualquier calleja lateral y esperar a que pasen.

Ahora yo me adentraba por unos callejones estrechos, sinuosos y llenos de barro que debían conducirme hasta unas casas que daban la impresión de estar abandonadas; parecía que nadie viviera en su

interior. Tenía miedo: aquellas casas estaban vigiladas, y en cualquier momento podían atraparme junto con sus moradores. El peligro era, y sigue siendo, real pues a menudo son «peinadas» zonas de la ciudad, a veces incluso barrios enteros, en busca de armas, octavillas subversivas y hombres del antiguo régimen. Ahora todas las casas se espían mutuamente, se fisgan, se olfatean. Es una guerra civil con todas sus apariencias. Me siento junto a la ventana y enseguida oigo: cambie de lugar, se le ve desde la calle, resulta fácil apuntar hacia usted. Un coche pasa, se detiene, se oyen tiros. ¿Quién habrá sido?, ¿ellos o los otros? Pero hoy ¿quiénes son ellos y quiénes son los no ellos?, ¿los otros?, ¿los que están en contra de aquellos porque están con estos? El coche se aleja. Ladran perros. En Addis Abeba los perros ladran durante toda la noche; es una ciudad habitada por perros, los de raza y los que se han vuelto salvajes, desgreñados y comidos por los gusanos y la malaria.

Me repiten innecesariamente que tenga cuidado: nada de direcciones, nada de nombres, ni siquiera la descripción de una cara, si alto, si bajo, si flaco, si la frente, que sus manos, que su mirada, que sus pies, las rodillas, ya no hay ante quién... de rodillas.

F. :

Era un perrito muy pequeño, de raza japonesa. Se llamaba Lulú. Disfrutaba del privilegio de dormir en el lecho imperial. A veces en el curso de alguna ceremonia saltaba de las rodillas del Emperador y se hacía pipí en los zapatos de los dignatarios. A estos les estaba prohibido mostrar, con una mueca o un gesto, molestia alguna cuando notaban humedecidos los pies. Mis funciones consistían en ir de un dignatario a otro limpiándoles los orines de los zapatos. Para ello utilizaba un trapito de raso. Desempeñé este trabajo durante diez años.

L. C.:

El Emperador dormía en una cama de nogal claro, muy ancha. Era tan menudo y frágil que apenas si se le veía entre las sábanas. Con la vejez se volvió más pequeño; pesaba cincuenta kilos. Comía cada vez menos y nunca tomaba alcohol. Las rodillas se le habían vuelto rígidas, y cuando estaba solo arrastraba los pies y se tambaleaba de un lado a otro como si caminase sobre zancos; pero cuando se sabía observado obligaba con máximo esfuerzo a sus músculos a mostrarse lo bastante elásticos como para que sus movimientos resultaran dignos y la imperial silueta se mantuviera en una posición lo más vertical posible. Cada paso suponía una lucha entre el arrastrar de pies y la dignidad, entre el tambaleo y la verticalidad. Nunca se olvidaba el Ilustre Señor de este su defecto de anciano que con tanto empeño ocultaba para no debilitar el prestigio y la posición de Rey de Reyes. Sin embargo, nosotros, los sirvientes del dormitorio, que sí podíamos observarlo, sabíamos cuánto esfuerzo le costaba conseguir aquella apariencia. Tenía la costumbre de dormir poco y levantarse temprano, cuando fuera de palacio todavía era de noche. En realidad consideraba el sueño como una obligación inevitable que inútilmente le robaba el tiempo que hubiese preferido destinar a gobernar y representar. El sueño era un intruso privado e íntimo que irrumpía en una vida que debía transcurrir en medio de luces y decorados. Por eso cada vez que se despertaba lo hacía malhumorado, descontento por haber dormido, irritado por el hecho mismo del dormir, y solo la rutina del resto del día le devolvía el equilibrio interior. No obstante, debo añadir que el Emperador nunca dio la más insignificante muestra de excitación, ira, rabia o descontento. Se diría que desconocía por completo semejantes estados de ánimo, que tenía nervios de acero, fríos y muertos, o que no los tenía en absoluto. Era un rasgo suyo innato que Nuestro Señor supo desarrollar y perfeccionar guiado por el principio de que en política los nervios son signo de debilidad que anima a los adversarios y hace que los súbditos se atrevan a cuchichear y reírse por lo bajo de la imperial figura. Y el Señor sabía que la risa constituía una forma peligrosa de oposición y por eso mantenía su estado psíquico bajo perfecto control. Se levantaba entre las cuatro o las cinco e incluso las tres de la madrugada cada vez que se disponía a viajar al extranjero. Más tarde, cuando la situación en el país empeoraba de un día para otro, sus viajes se hicieron más y más frecuentes. El palacio entero ya no se ocupaba de otra cosa que de preparar los nuevos desplazamientos del

Emperador. Este, al despertarse, lo primero que hacía era pulsar el timbre de su mesilla de noche: toda la servidumbre de guardia se mantenía a la espera de aquel sonsonete. Las luces de palacio se encendían. Era la señal para el Imperio indicando que Su Suprema Majestad había empezado un nuevo día.

Y. M.:

El Emperador daba comienzo a la jornada escuchando denuncias. La noche es tiempo peligroso de conjuras y Haile Selassie sabía que lo que ocurriese de noche era mucho más importante que lo que ocurriese de día; de día podía observar, tenía a todo el mundo bajo control; por la noche tal tarea resultaba imposible. Por tal motivo consideraba de suma importancia las denuncias matutinas. Llegado a este punto quisiera aclarar una cosa: Su Venerable Majestad no tenía costumbre de leer. No existía para él la palabra escrita o impresa; había que informarle de todo oralmente. Nuestro Señor no había ido a la escuela; su único maestro –y, además, tan solo en la infancia– había sido un jesuita francés, amigo del poeta Arthur Rimbaud, monseñor Jerôme, quien más tarde sería obispo de Harar. Este religioso no había tenido tiempo suficiente para inculcarle al Emperador el hábito de la lectura, tarea tanto más difícil cuanto que Haile Selassie ya desde la más temprana edad había ocupado cargos directivos de responsabilidad y no había tenido tiempo para dedicar a lecturas sistemáticas. Sin embargo, me parece que en este caso no se trataba únicamente de falta de tiempo y de costumbre. El informarse oralmente tenía una enorme ventaja: si era necesario, el Emperador podía declarar que tal o cual dignatario le había informado de algo muy distinto a lo que realmente había sucedido y aquel no podía defenderse al no disponer de ninguna prueba por escrito. De esta manera, el Emperador recogía de sus súbditos no aquello que ellos le dijeran sino aquello que, según su parecer, debía haberle sido comunicado. El Venerable Señor tenía sus propias ideas y a ellas ajustaba todas las señales que le llegaban del entorno. Lo mismo ocurría con la escritura, pues nuestro monarca no solo no hacía uso de la habilidad de leer sino que tampoco escribía nada ni firmaba nunca de su puño y letra. A pesar de que

venía gobernando desde hacía medio siglo, ni siquiera sus más allegados sabían qué aspecto tenía su firma. Mientras trabajaba, el Emperador siempre tenía a su lado al ministro de la Pluma, el cual apuntaba todas sus órdenes y disposiciones. Aquí debo aclarar que durante las audiencias de trabajo el Insigne Señor hablaba en voz muy baja moviendo apenas los labios. El ministro de la Pluma, que permanecía de pie a la distancia de medio paso del trono, se veía obligado a acercarse lo más posible a la imperial boca para poder oír y apuntar las decisiones que emanaban de ella. Por añadidura, las palabras del Emperador eran por regla general ambiguas y poco claras, sobre todo en casos en los que no quería pronunciarse en un sentido determinado y al mismo tiempo la situación requería que diera su opinión. La habilidad del Monarca en estos casos era admirable. Preguntado por algún dignatario por la imperial decisión, no le contestaba directamente sino que se ponía a hablar en voz tan baja que esta tan solo llegaba al oído del ministro de la Pluma, pegado a los labios imperiales como un micrófono. Iba este funcionario apuntando los escasos e incomprensibles gruñidos del Soberano. El resto no era más que cuestión de interpretación y esta correspondía al ministro, quien daba forma escrita a la decisión y la trasladaba a los escalafones inferiores. El que estaba a cargo del Ministerio de la Pluma era la persona de más confianza del Emperador y tenía un poder enorme. Podía convertir las nebulosas cábalas verbales del Monarca en cualquier disposición. Si la decisión tomada por el Emperador deslumbraba a todo el mundo por acertada y sabia, era una prueba más de la infalibilidad del Elegido de Dios. En cambio, si un murmullo de descontento se dejaba oír en el aire y de diversos rincones llegaba a los oídos del Monarca, el Honorable Señor podía achacarlo todo a la estupidez del ministro. Este último era la personalidad más odiada de la corte, pues la opinión pública, convencida de la sabiduría y bondad del Digno Señor, culpaba precisamente al ministro de tomar decisiones malignas y estúpidas, las cuales eran incontables. Aunque también es cierto que la servidumbre se preguntaba sotto voce por qué Haile Selassie no cambiaba de ministro, pero en palacio las preguntas se podían hacer solo de arriba abajo, nunca al revés. Precisamente en el momento en que por primera vez sonó una pregunta planteada en dirección opuesta a la acostumbrada sonó también la señal de la revolución, Pero estoy adelantando acontecimientos, mientras que lo que debo hacer ahora es volver a aquel momento inicial de

cualquier mañana en que el Emperador aparece en la escalinata de palacio y empieza su paseo matinal. Entra en el parque. Este, justamente, es el momento en que se le acerca el jefe del servicio áulico de espionaje, Solomon Kedir, y le informa de las denuncias habidas. El Emperador camina por el paseo del parque seguido a un paso de distancia por Kedir, quien no para de hablar. Quién se encontró con quién, dónde, sobre qué hablaron, contra quién se han conchabado. Puede o no considerarse eso un complot. Kedir también informa del trabajo de la oficina militar de claves. Esta oficina, que pertenece a los servicios que dirige Kedir, es la encargada de descifrar las conversaciones en clave que mantienen entre sí las distintas divisiones; no está de más saber si no germina por allí alguna que otra idea subversiva. El Honorabilísimo Señor no pregunta nada, nada comenta; camina y escucha. En algún momento tal vez se detenga ante una jaula de leones para tirarles la pata de una ternera que previamente le ha sido entregada por los criados. Entonces contempla la voracidad de las fieras y sonríe. Luego se acercará a los leopardos, atados con cadenas y les dará costillas de buey. En este lugar el Señor debe ir con sumo cuidado, pues se acerca mucho a los depredadores, que pueden hacer cosas imprevisibles. Al final emprende de nuevo su paseo con la inseparable sombra de la persona de Kedir, quien sigue dándole cuenta de sus informes. En un momento determinado el Señor hace un gesto con la cabeza que es una señal para Kedir, ordenándole alejarse. Este inclina su cuerpo en una reverencia y desaparece por un sendero cuidándose muy mucho de no volverle la espalda al Monarca mientras se retira. En aquel preciso instante sale de detrás de un árbol el ministro de Industria y Comercio, Makonen Habte-Wald, quien ha estado esperando su turno. Se acerca al Emperador, que continúa su paseo, y, siguiéndolo a un paso de distancia, le presenta sus denuncias. Consumido por una pasión desenfrenada por urdir intrigas y también porque quiere ganarse el favor del Honorable Señor, Habte-Wald mantiene una red privada de confidentes. Ahora, basándose en los informes recibidos, le relata al Emperador los acontecimientos de la última noche. Nuestro Señor adopta la actitud de antes: no pregunta nada ni nada comenta; se limita a caminar con las manos cruzadas en la espalda y a escuchar. Algunas veces se acerca a una bandada de flamencos pero entonces estos pájaros tan asustadizos huyen de él corriendo, y el Emperador sonríe mientras contempla a unos seres que le niegan obediencia.

Sin dejar de andar inclina la cabeza. Habte-Wald calla y, retrocediendo con la cara dirigida hacia el Monarca, desaparece por un sendero. Y ahora surge de repente, como si saliera de debajo de la tierra, la silueta cargada de espaldas de Asha Walde-Mikael, fiel espía del Emperador. Este dignatario controla la policía política del gobierno, la cual compite con los servicios secretos de palacio de Solomon Kedir y lucha con encarnizada rivalidad con redes privadas de confidentes como la que tiene Makonen Habte-Wald. El trabajo al que se dedica esta gente es duro y peligroso. Viven en permanente estado de miedo pues temen dejar de denunciar algo en un momento dado, lo cual les haría caer en desgracia, o que la competencia reúna denuncias mejores y que entonces el Emperador piense: ¿por qué Solomon me ha ofrecido hoy un banquete y Makonen tan solo me ha traído unas migajas? ¿No me lo ha dicho porque no lo sabe o calla porque él mismo forma parte de la conjura? ¿Acaso habían sido pocas las ocasiones en las que el Gran Señor no experimentara en su propia carne la traición de los más allegados y de más confianza? Por eso el Emperador castigaba por el silencio. Sin embargo, caudales desordenados de palabras también aburrían e irritaban los oídos imperiales de modo que los excesos de una garrulería agitada tampoco constituían una buena salida. El aspecto mismo de aquellas personas mostraba a las claras bajo qué sensación de permanente amenaza vivían. Faltas de sueño, cansadas, actuaban en un febril estado de tensión continua, buscando víctimas en medio del fuerte olor a odio y terror que las rodeaba por todas partes. Como único escudo tenían al Emperador y este podía acabar con ellas en cualquier momento. Bastaba un simple ademán de su mano. Ciertamente, el Bondadoso Señor no les hacía la vida fácil. Queda dicho que durante su paseo matinal, mientras escuchaba las denuncias referentes al estado de los complots en el Imperio, Haile Selassie nunca hacía preguntas ni tampoco comentaba las informaciones que iba recibiendo. Debo añadir que sabía lo que se hacía. El Señor quería obtener la denuncia en estado puro, es decir, obtener una denuncia auténtica. Si preguntase o expresase su parecer, el informador se apresuraría, solícito, a cambiar los hechos para ajustarlos a la idea del Emperador, de forma y manera que toda la máquina de denunciar se habría convertido en algo tan subjetivo e impreciso que el Monarca no podría enterarse de qué ocurría realmente en el país y en palacio. Al término del paseo el Emperador escucha los informes

de la pasada noche proporcionados por los hombres de Asha. Da de comer a los perros y a una pantera negra y luego admira al oso hormiguero que le regalara recientemente el presidente de Uganda. Inclina la cabeza y Asha se aleja encogido, inseguro de si ha dicho más o menos de lo que han informado hoy sus enemigos mortales: Solomon, enemigo de Makonen y Asha, y Makonen, enemigo de Asha y Solomon, Haile Selassie acaba su paseo solo. Poco a poco la claridad va inundando el parque, la niebla se disipa, destellos de sol se encienden entre la hierba. El Emperador piensa intensamente: es la hora de trazar la táctica y la estrategia, de solucionar los rompecabezas personales y de preparar la siguiente jugada en el tablero del ajedrez del poder. Reflexiona sobre el contenido de las denuncias proporcionadas por los confidentes. Pocas cosas importantes; por lo general aquellos hombres se delatan el uno al otro. Nuestro Señor lo tiene todo apuntado en la cabeza, su mente es un ordenador que almacena todos los detalles, hasta los más insignificantes serán recordados. En palacio no había ninguna oficina de personal, ninguna carpeta ni impreso. Todo lo llevaba el Emperador en la cabeza. Allí tenía todo el registro secreto de la gente de la élite. Ahora lo veo caminar, detenerse, alzar el rostro hacia arriba como si se sumiese en una oración. ¡Dios, sálvame de aquellos que, arrastrándose de rodillas, ocultan el cuchillo que querrían clavarme en la espalda! Pero ¿Dios en qué puede ayudar? Toda la gente que rodea al Emperador es precisamente así: gente que va de rodillas y con el cuchillo. En las cumbres nunca hace calor, allí soplan vientos gélidos, todos permanecen encogidos y vigilantes para que el vecino no los empuje al precipicio.

T. K-B.:

Querido amigo, pues claro que lo recuerdo. ¡Si todo eso ocurrió apenas ayer! Apenas ayer y hace un siglo. En esta misma ciudad pero en otro planeta, que ya se ha alejado. Hay que ver cómo se ha mezclado todo: épocas, lugares; un mundo roto en miles de pedazos, imposible de recomponer... Tan solo perdura el recuerdo: lo único que se ha salvado, lo único que queda de la vida. Pasé mucho tiempo al lado del Emperador en mi calidad de funcionario

del Ministerio de la Pluma. Empezábamos a trabajar a las ocho para que todo estuviese listo a las nueve, que era cuando venía el Monarca. Nuestro Señor vivía en el Palacio Nuevo, frente al Africa Hall, pero desempeñaba sus funciones oficiales en el Palacio Viejo, construido por el emperador Menelik y situado en la colina que se alzaba justo al lado. Nuestro Ministerio tenía su sede precisamente en el Palacio Viejo, que asimismo albergaba la mayoría de las instituciones imperiales, porque Haile Selassie quería tenerlo todo a mano. Llegaba en uno de los veintisiete coches que constituían su parque móvil particular. Le gustaban los automóviles; los Rolls-Royce eran los que más apreciaba por su línea seria y esplendorosa pero para variar también usaba Mercedes y Lincoln Continental. Debo recordar que el Emperador fue el primero en traer coches a Etiopía y que siempre trató con benevolencia a los entusiastas del progreso material, a los que, por desgracia, nuestro tradicional pueblo miraba con desconfianza. ¡Con decir que en cierta ocasión faltó muy poco para que el Emperador perdiese el poder e incluso la vida cuando allá por los años veinte trajo de Europa el primer aeroplano! Un simple aeroplano fue considerado entonces como obra de Satanás y las mansiones de los magnates locales no tardaron en ser escenario de no pocos complots en contra de un monarca tan loco como cabalista y nigromante. A partir de entonces el Reverenciado Señor tuvo que refrenar sus apasionadas ambiciones de pionero hasta que, a causa de la desgana que toda novedad despierta en un hombre anciano, abandonó aquellas actividades casi por completo. Pero, volviendo a lo de antes, a las nueve llegaba el Emperador al Palacio Viejo. Ante la puerta de entrada lo esperaba ya una multitud de súbditos, que intentaban entregarle sus peticiones. Teóricamente hablando, este era el camino más directo de obtener justicia y bondad en el Imperio. Como nuestro pueblo es analfabeto y quienes buscan justicia son por regla general los más pobres, aquella gente se empeñaba hasta las cejas para pagar los servicios de un escribano que trasladara al papel sus quejas y peticiones. Además surgía un grave dilema de protocolo pues la costumbre obligaba a los de abajo a permanecer ante el Emperador de rodillas y con el rostro tocando al suelo, y en esta posición ¿cómo se podía hacer llegar un sobre hasta un automóvil en marcha? El problema fue resuelto de la siguiente manera: el coche imperial aminoraba la marcha, tras los cristales aparecía el rostro del Monarca, lleno de bondad, mientras su

guardia, instalada en un vehículo que marchaba detrás, iba recogiendo de las manos tendidas del vulgo parte de los sobres, parte, porque allí siempre había un sinfín de manos. Si la muchedumbre, arrastrándose, se acercaba demasiado a los coches que se aproximaban, la guardia tenía que echar a empujones a los importunos, ya que una cuestión de seguridad así como el esplendor de la majestad exigían que la travesía transcurriera sin desorden ni tardanza imprevista. Ahora los coches subían por un empinado paseo hasta detenerse en la explanada frente al palacio. Aquí también esperaba al Emperador una multitud, aunque muy distinta de aquella chusma congregada fuera y dispersada con furia por los guardias seleccionados entre el Imperial Body Guard. La multitud que daba la bienvenida al Monarca en la explanada estaba formada por gente próxima a su persona. Nos reuníamos allí muy temprano para no perdernos su llegada, pues aquel momento tenía para nosotros singular importancia. Todos y cada uno queríamos hacernos visibles con la esperanza de no pasarle inadvertidos. No, no es que se soñase en ser notado de una manera especial: el Gran Señor me ha visto, se acerca y entabla una conversación. ¡No, no se trataba de eso en absoluto! Lo diré sin rodeos: la gente anhelaba que el Emperador reparase en ellos aunque fuese de la forma más insignificante, deseaba una simple mirada, la más mínima cosa; una mirada inconsistente, más aún, secundaria y fútil; una simple ojeada que en nada comprometiese al Monarca, algo brevísimo, como una fracción de segundo y que, sin embargo, sería tal que sentiríamos una gran sacudida en nuestro interior y nos dominaría una desbordante sensación de triunfo: ¡nos había percibido! ¡Qué fuerza infundía semejante sensación! ¡Qué posibilidades tan ilimitadas abría! Veamos, la mirada del Grande y Poderoso Señor se había deslizado por nuestra cara, ¡simplemente deslizado! En realidad se podría decir que no habla pasado nada, pero, por otro lado, ¿cómo que no había pasado nada si su mirada había resbalado por nuestro rostro? Enseguida sentimos como un gran sofoco y cómo la sangre sube al corazón haciéndolo latir con violencia. Son las mejores pruebas de que se ha posado en nosotros el ojo del Protector; pero olvidémoslas; en este momento carecen de importancia, Mucho más importante es el proceso que ha podido haberse desencadenado en la memoria de Su Majestad. Se sabía que el Señor, gracias a que no hacía uso del arte de leer y escribir, tenía una memoria visual extraordinaria. Y era sobre este don de la naturaleza sobre el cual

podía fundar sus esperanzas el propietario del rostro por el que se había paseado la pupila imperial, pues podía estar seguro de que alguna huella efímera, aunque solo fuese una sombra desdibujada, había quedado impresa en la memoria del Insigne Señor. A partir de aquel instante se hacía necesario abrirse paso entre la multitud, ora con disimulo, ora a empujones y codazos; había que actuar con tal perseverancia y con tal determinación que aquel rostro destacase a cada momento, maniobrando con él y manipulándolo de tal suerte que la mirada imperial no cesase de notar su presencia, aunque lo hiciera de forma involuntaria y maquinalmente. Después se esperaba a que llegase el momento en que el Emperador pensaría: veamos, la cara me resulta familiar y sin embargo no conozco el nombre. Y, digamos, preguntaría por él. Solo por el nombre pero ¡con eso bastaba! Entonces el rostro y el nombre se unirían y surgiría una persona: ya tenemos candidato a un nombramiento. Y es que el rostro solo no es más que algo anónimo, y el nombre solo, una pura abstracción. Y ahora conviene que se materialice, que se concrete, que cobre forma y contornos, que consiga singularizarse. Oh, sí: ¡ese era el destino más anhelado pero, a la vez, más difícil de conseguir!, pues en la explanada donde saludaban al Emperador los que lo rodeaban, había decenas, ¿qué digo decenas?, centenares de deseosos de hacer destacar su rostro: las caras se rozaban entre sí, las más altas apabullaban a las más bajas, las más oscuras ensombrecían a las más claras, había las que despreciaban a otras, las más viejas se adelantaban a las más jóvenes, las más débiles sucumbían ante las más fuertes, una cara odiaba a otra cara, las ordinarias chocaban con las nobles, las dominantes con las frágiles, y también había la que aplastaba a su semejante; pero incluso las humilladas, las rechazadas, las empujadas hasta un tercer plano y las vencidas, incluso esas avanzaban hacia adelante si bien lo hacían a cierta distancia, la que imponía el orden jerárquico, asomando aquí y allá por detrás de rostros importantísimos y rostros propietarios de títulos nobiliarios, aunque solo fuese en una mínima parte: una oreja o la punta de una sien; una mejilla o una mandíbula. ¡Cualquier cosa con tal de acercarse lo más posible a la pupila imperial! Si el Bondadoso Señor se hubiese dignado abarcar con su mirada todo el escenario que se le ofrecía tras salir del coche, se habría percatado de que hacia él avanzaba no solo un magma de cien bocas, sumiso y febril a un tiempo, sino que más allá del grupo central, compuesto de gente de título y rango, a

derecha e izquierda, delante y detrás, un poco más lejos y lejos del todo, en puertas y ventanas, ante los portales y en los senderos, aglomeraciones enteras de lacayos, pinches de cocina, mozos de limpieza, jardineros y policías también exhibían ante él sus rostros para ser notados. Y he aquí a Su Majestad que contempla todo esto. ¿Le sorprende el verlo? Lo dudo. Tiempo atrás el Señor también había formado parte del magma multifacial. ¿Acaso no había tenido él mismo que exhibir su rostro para llegar a ser el sucesor en el trono a la edad de apenas veinticuatro años? ¡Y hay que ver la competencia tan endiablada que tuvo! Toda una legión de patricios duchos en la materia lo pretendía. Pero habían tenido demasiada prisa, se lanzaban al degüello unos contra otros temblando de impaciencia por aposentarse en el ansiado trono lo más rápidamente posible, ¡en el acto! El Inigualable Señor supo esperar, habilidad esta importantísima. No hay político sin esa capacidad de espera, de resignación paciente e incluso humilde a que la oportunidad surja aunque sea al cabo de años. El Honorabilísimo Señor esperó diez años para eregirse en heredero del trono y luego otros catorce para proclamarse emperador. Sumado, casi un cuarto de siglo de maniobras cautelosas, aunque no por eso menos enérgicas, para conseguir la corona. Cautelosas digo porque fueron la discreción, la silenciosa reserva y la circunspección los rasgos más característicos del Señor. Conocía el palacio, sabía que todas las paredes tenían oídos, que tras cada cortina había ojos que lo observaban con suma atención. De modo que tuvo que ser astuto y sagaz. Sobre todo debía cuidarse mucho de que no se descubriera su juego antes de tiempo, debía ocultar su depredadora ansia de poder, pues ambas cosas unirían de inmediato a los rivales y los lanzarían a la lucha. Golpearían y destruirían a quien se había adelantado en la carrera. No, había que marchar en una misma fila durante años, vigilando, eso sí, que nadie se saliera de ella y esperar alerta el momento. En el año treinta ese juego le había procurado a Su Majestad la corona, la cual conservó a lo largo de cuarenta y cuatro años más.

Cuando le enseñé a un compañero lo que estaba escribiendo sobre Haile Selassie o, más bien, la historia de la corte imperial y de su caída contada por los que habían llenado los salones, despachos y pasillos de

palacio, este me preguntó si había ido solo a visitar a aquella gente, que permanecía escondida. ¿Solo? ¡Eso no era posible! Un hombre blanco, un extranjero... de no disponer de sólidas recomendaciones ninguno de ellos me habría dejado cruzar siquiera el umbral de su puerta. Y aún así, en ningún caso habría querido sincerarse conmigo. (Ya de por sí resulta difícil conseguir que los etíopes se muestren abiertos; saben callar como los chinos.) ¿ Cómo llegar a saber dónde buscarlos, saber dónde estaban, saber qué habían sido, qué podían decir? No, no estaba solo, tenía un guía.

Ahora que ya está muerto puedo decir cómo se llamaba: Teferra Gebrewold. Llegué a Addis Abeba a mediados de mayo de 1963. Unos días más tarde debían reunirse allí los presidentes del África independiente y el Emperador preparaba la ciudad para aquel encuentro. Addis Abeba era entonces un pueblo grande de varios cientos de miles de habitantes, situado sobre colinas, en medio de bosques de eucaliptos. En el césped de la calle principal, la Churchill Road, pastaban rebaños de cabras y vacas y los coches debían detenerse cada vez que los nómadas cruzaban la calzada con sus numerosos y asustados camellos. Llovía. En los callejones adyacentes los coches se atascaban en el barro pegajoso y pardo, hundiéndose en él más y más hasta formar, finalmente, columnas de vehículos inmóviles con las ruedas enterradas.

El Emperador comprendía que una capital africana debía ofrecer un aspecto mucho más imponente y mandó construir unos cuantos edificios modernos así como adecentar las calles principales. Por desgracia, la edificación de aquellas casas parecía no tener fin, y yo, cuando contemplaba los andamios levantados en varios puntos de la ciudad y la gente que allí trabajaba, me acordaba de la escena que describiera Evelyn Waugh cuando en 1930 había ido a Addis Abeba para asistir a la coronación del Emperador:

Parecía que solo ahora se hubieran puesto a construir la ciudad. En cada esquina había un edificio a medio terminar. Algunos ya estaban abandonados, en otros trabajaban unos cuantos puñados de desharrapados indígenas. Una tarde vi a veinte o treinta de aquellos

hombres que, dirigidos por un capataz armenio, despejaban de montones de escombros y piedras la explanada que se extendía delante de la entrada principal del palacio. Su trabajo consistía en llenar de escombros unas portaderas de madera que posteriormente debían vaciar en un vertedero situado a cincuenta yardas de allí. El capataz iba de un hombre a otro blandiendo un palo largo. Cuando por alguna razón se alejaba por unos momentos, todo se paralizaba inmediatamente. Eso no quería decir que la gente empezara a sentarse, a charlar o a tumbarse en el suelo, no, aquellos hombres, simplemente, quedaban como petrificados en el lugar donde se encontraban; permanecían inmóviles, como las vacas pastando en el prado; algunas veces caían en un letargo, ladrillo en mano. Finalmente reaparecía el capataz y entonces volvían a moverse, aunque de manera indolente, como figuras filmadas a cámara lenta. Sí aquel los golpeaba con el palo, no pedían ayuda, tampoco protestaban sino que aceleraban un poco sus movimientos. Cesaban los golpes, y de nuevo retornaban al ritmo lento, y cuando el capataz volvía a alejarse, inmediatamente volvían a quedar inmóviles y petrificados.

En esta ocasión, reinaba una gran actividad en las calles principales. Por sus bordes rodaban pesadamente gigantescos bulldozers arrasando las casuchas de barro más próximas a la calzada, abandonadas ya, pues el día anterior la policía había expulsado de la ciudad a sus habitantes. Luego, unas brigadas de albañiles habían levantado un muro alto con el objeto de tapar las demás chabolas. Otras brigadas habían pintado el muro con motivos nacionales. La ciudad olía a hormigón y a pintura fresca, a asfalto recién puesto y al aroma de las hojas de palma con que se habían adornado los arcos de bienvenida.

Con motivo del encuentro de los presidentes el Emperador dio un banquete impresionante. Con este fin se habían traído vinos y caviar de Europa en vuelos especiales. De Hollywood se trajo a Miriam Makeba por la suma de 25 mil dólares para que coronara el festín interpretando ante los jefes de Estado cantos de la tribu zulú. Se había invitado a más de tres mil personas, dividiéndolas jerárquicamente en varias categorías superiores e inferiores; a cada categoría le correspondía una invitación de color diferente y tenían asignados distintos menús.

El banquete se celebraba en el viejo palacio del Emperador. Los invitados avanzaban entre las largas hileras de la guardia imperial, armada con sables y alabardas. Unos trompetistas, iluminados por grandes focos y apostados en lo alto de las torres, tocaban la marcha imperial en tanto que en las arcadas grupos de comediantes escenificaban pasajes históricos de las vidas de algunos emperadores ya muertos. Desde los balcones caían sobre los invitados miles de flores que arrojaban unas muchachas ataviadas con trajes populares. En el cielo se abrían, centelleantes, las palmeras de los fuegos artificiales.

Cuando los invitados hubieron ocupado sus puestos en las mesas de la Gran Sala, sonaron las trompetas y entró el Emperador, con Nasser a su derecha. Formaban una pareja de lo más curioso: Nasser, un hombre alto, macizo e imponente, adelantando la cabeza y con una amplia sonrisa en sus fuertes mandíbulas, y, a su lado, la silueta de Haile Selassie, menuda, frágil incluso y erosionada por los años, con su rostro delgado y expresivo, sus grandes ojos, chispeantes y agudos. Tras ellos entraron por parejas los demás jefes de estado. La sala se puso en pie; todo el mundo aplaudía. Se dejaron oír ovaciones en honor de la unidad y del Emperador. Luego empezó el banquete propiamente dicho. A cada cuatro invitados correspondía un camarero de color a quien todo se le caía de las manos, nervioso y excitado como estaba. El servicio era de plata, según el antiguo estilo de Harar; sobre aquellas mesas descansaban varias toneladas de valiosas piezas de vieja plata de ley. No faltó quien se llevara en el bolsillo algún que otro cubierto; este, una cuchara; aquel, un tenedor.

Descomunales montañas de carne y fruta así como de pescados y quesos se alzaban sobre las mesas. Tartas de varios pisos chorreaban caramelo dulce y multicolor. Vinos exquisitos despedían destellos de luz encarnada al tiempo que rezumaban una refrescante fragancia. Sonaba la música mientras unos acicalados saltimbanquis daban volteretas amenizando la fiesta a los alegres comensales. El tiempo transcurría entre conversaciones, risas y devorar de manjares.

Estuvo muy bien.

En el curso de aquel banquete tuve necesidad de ir a un excusado pero no sabía dónde buscarlo. Finalmente abandoné la Gran Sala por una puerta lateral. La noche era muy oscura; lloviznaba y hacía fresco a pesar de que estábamos en mayo. La puerta se abría a una suave

pendiente, al fondo de la cual, a unas cuantas decenas de metros, se alzaba un barracón sin paredes, mal iluminado. Una hilera de camareros, que se pasaban de mano en mano bandejas llenas con las sobras del banquete cubría la distancia entre ambos puntos. De aquellas bandejas fluía hacia el barracón un reguero de huesos, peladuras, restos de ensaladilla, cabezas de pescado y despojos de carne. Me dirigí hacia el lugar resbalando en el barro y los residuos de comida esparcidos aquí y allá.

Al llegar al barracón advertí que la oscuridad que se extendía tras él se agitaba, que algo ondulaba en ella emitiendo como un ronquido, entre suspiros; chapoteos y un chasquear de bocas. Directamente me fui allá.

En la profundidad de la noche, hundida en el barro y bajo la lluvia, se apiñaba una turba de mendigos descalzos a los que arrojaban las sobras de las bandejas los que trabajaban en el barracón fregando platos y cubiertos. Me quedé contemplando aquella multitud, que, sumida en un grave silencio, comía, poniendo gran esmero, las mondas, los huesos y las cabezas de pescado. Había en aquel banquete suyo una concentración cuidadosa y concienzuda, una biología un tanto violenta que a ratos no reparaba en nada, un hambre saciándose en el máximo estado de emoción, de tensión; en éxtasis.

De cuando en cuando los camareros tenían momentos de espera; cesaba el fluir de bandejas y la multitud se distendía por algunos instantes, relajaba sus músculos, como si algún comandante ordenase descanso. Había un secarse de caras mojadas y un asearse de los harapos pringosos de lluvia y suciedad. Pero poco después volvía a fluir el río de bandejas pues allá, arriba, también se desarrollaba la otra gran comilona entre los ruidos del sorber de bebidas y el chasquear de lenguas, así que la turba mendiga de nuevo retomaba la ardua y bendita tarea de saciar el hambre.

Como estaba mojándome, regresé a la Gran Sala, al banquete imperial. De nuevo pude contemplar la plata y el oro, el terciopelo y la púrpura, observar al presidente Kasavubu, a mi vecino, un tal Aye Mamlaye, aspirar la fragancia de incienso y rosas, escuchar la sugestiva canción de la tribu zulú que interpretaba Miriam Makeba. Con una reverencia (requisito fundamental del protocolo) me incliné ante el Emperador y me volví a casa.

Tras la marcha de los presidentes (marcha que se desarrolló con prisas, pues una estancia demasiado prolongada en el extranjero podía terminar con la pérdida de la silla), el Emperador nos invitó a desayunar, es decir, al grupo de corresponsales extranjeros que se encontraban allí con motivo de la primera conferencia de jefes de estado africanos. La noticia nos llegó al Africa Hall, donde pasábamos días y noches en una espera inútil y que nos crispaba los nervios mientras intentábamos comunicarnos con nuestras capitales. Las invitaciones nos las trajo nuestro guía local, uno de los jefes del Ministerio de Información, Teferra Gehrewold, un amhara alto y de buen porte, por lo general callado e inasequible. Pero en aquella ocasión se mostró alterado y lleno de excitación. Llamaba la atención el que cada vez que pronunciaba el nombre de Haile Selassie inclinase la cabeza en un gesto solemne. «¡Estupendo!» exclamó Ivo Svarzini, un greco-turco-chipriota-maltés, quien, oficialmente, trabajaba para una agencia fantasma, la MIB, aunque de hecho lo hiciera para los servicios secretos de la empresa petrolífera italiana ENI. «¡Estupendo!, podremos quejarnos a ese individuo de como nos han organizado aquí las comunicaciones.» Debo precisar que el círculo de esos corresponsales que llegan hasta los rincones más recónditos del mundo lo forman hombres duros y cínicos; son los que todo lo han visto, los que todo lo han vivido, los que para ejercer su profesión deben luchar continuamente con miles de obstáculos de los que la mayoría de la gente tiene vaguísima idea y que, debido a todo ello, son incapaces de conmoverse o de dejarse impresionar por nada y que, además, llevados al agotamiento y furiosos, de verdad serían capaces de quejarse al mismísimo Emperador de las pésimas condiciones de trabajo y de la realmente escasa ayuda que recibían de las autoridades locales. Pero incluso gente así debe reflexionar de vez en cuando sobre lo que está haciendo. Y tal momento se acababa de producir cuando, tras escuchar las palabras de Svarzini, advertimos que Teferra se había puesto pálido, se había encogido y, nervioso y balbuceandoy había empezado a hablar de algo que finalmente conseguimos comprender y era que si exponíamos la queja, el Emperador ordenaría cortarle la cabeza. Lo repetía una y otra vez. Esto hizo que nuestras opiniones se dividiesen. Yo era partidario –y así lo expresé– de dejar correr las cosas y no cargar nuestras conciencias con la vida de aquel hombre. Como la mayoría era de la misma opinión, decidimos finalmente que omitiríamos este tema en la conversación con el Emperador. Teferra escuchaba atento nuestra discusión. Su resultado debiera haberle alegrado, pero, como todo amhara, también él era

desconfiado y receloso por naturaleza –rasgos que se manifestaban con especial fuerza ante los extranjeros– y por lo que se alejó de nosotros angustiado y abatido. Al día siguiente henos aquí saliendo de la visita al Emperador cada uno con su regalo: un medallón de plata con el escudo imperial. El maestro de ceremonias nos condujo por un largo corredor hacia la puerta principal. Pegado a una pared, Teferra permanecía en la posición del acusado que escucha del tribunal la grave condena; gotas de sudor bañaban su rostro demacrado. «¡Teferra! –exclamó alegre Svarzini– te hemos elogiado mucho. (Lo cual era cierto.) ¡Te ascenderán!», y le dio unas palmadas en los hombros temblorosos.

Después y hasta su muerte, visité a Teferra en cada uno de mis viajes a Addis Abeba. Tras el derrocamiento del Emperador todavía trabajó durante algún tiempo porque –por suerte suya– había sido expulsado de palacio en los últimos meses del reinado de Haile Selassie. Para entonces ya conocía a todos los que habían rodeado al Monarca y con algunos incluso estaba emparentado. Digno representante de los amharas, gentes que aprecian la caballerosidad, Teferra supo demostrar su gratitud intentando por todos los medios devolvernos la deuda de haberle salvado la cabeza en la ocasión citada. Poco después del destronamiento tuve con él un encuentro en el Hotel Ras, en mi habitación. La ciudad vivía la euforia de los primeros meses de la revolución. Las calles eran escenario de bulliciosas manifestaciones, unas en apoyo del gobierno militar, otras, reclamando su retirada; había las que desfilaban exigiendo la reforma agraria y las que conminaban a que se repartiera la fortuna del Emperador entre los pobres. Desde las primeras horas de la mañana se llenaban las calles de multitudes enfervorizadas, se producían los altercados, surgían los conflictos, volaban las piedras. En aquella ocasión, en mi habitación del hotel, le dije a Teferra que quería localizar a los hombres del Emperador. Él se mostró sorprendido, sin embargo, aceptó encargarse personalmente del asunto. Nuestras salidas secretas dieron comienzo. Eramos una pareja de coleccionistas deseosos de recuperar unos cuadros condenados a la destrucción con vistas a montar una exposición sobre el viejo arte de reinar.

Más o menos por aquella época estalló la locura de las fetashas, que más tarde crecería hasta alcanzar cotas desconocidas en el mundo y de la que fuimos víctimas todos nosotros, es decir, todo individuo vivo independientemente del color de su piel, edad, sexo o estatus. Fetasha es una palabra amhara que significa registro. De pronto todo el mundo se

dedicó al registro de los unos por los otros; desde la madrugada hasta la noche; durante las veinticuatro horas del día; en todas partes; sin darse tiempo para respirar. La revolución había dividido a la gente en fracciones y la lucha comenzó. Como no había barricadas ni trincheras ni tampoco otras líneas claras de demarcación, cualquiera podía ser el enemigo. Esta atmósfera consistente en vivir en un estado de amenaza constante era alimentada además por la enfermiza suspicacia que cada amhara profesa hacia otro hombre (incluido otro amhara) en quien nunca se debe confiar, ni creer en su palabra, ni contar con él, porque las intenciones de la gente son malas y perversas; todos son unos conspiradores. La filosofía de los amharas es pesimista y triste. Por eso sus miradas son también tristes además de alertas y vigilantes; sus rostros, de facciones tensas, muestran seriedad; raras veces se permiten la sonrisa.

Todos tienen armas, que adoran. Los ricos solían guardar en sus mansiones auténticos arsenales y disponían de sus propios ejércitos privados. También se pueden ver arsenales en las casas de los oficiales: ametralladoras, colecciones de pistolas, cajas de granadas. Tan solo hace unos años los revólveres se compraban en las tiendas como cualquier otro producto; bastaba con pagar, nadie preguntaba nada. Peores son las armas del pueblo llano; a menudo muy viejas: diferentes tipos de mosquetes, fusiles de chispa, escopetas o arcabuces; todo un museo que llevan al hombro. La mayoría de estas antigüedades ya no sirve para nada porque nadie fabrica municiones para ellas. Por eso en el mercado libre una bala a veces cuesta más que un fusil; la bala constituye la divisa más preciada del mercado, más buscada que el dólar. Porque ¿qué valor tiene un dólar? No deja de ser papel mientras que la bala puede salvar una vida. Gracias a las balas nuestras armas recuperan su sentido y nosotros ganamos en importancia.

¿Acaso tiene valor la vida de un hombre? El otro existe en la medida en que constituye un obstáculo en nuestro camino. La vida no significa gran cosa, aunque es mejor quitársela a nuestro enemigo antes de que a él le dé tiempo de asestarnos el golpe. Cada noche hay tiroteos (lo mismo que a lo largo del día). Luego las calles aparecerán pobladas de cadáveres. «Negus –le digo a nuestro chófer–, disparan demasiado. Eso no es bueno.» Pero él permanece callado, nada contesta; no sé qué estará pensando. Han sido adiestrados para sacar la pistola al menor motivo y disparar.

Matar.

Y, sin embargo, tal vez se podría vivir de otra manera; tal vez no así. Pero ellos no piensan en estos términos; su pensamiento no se dirige hacia la vida sino hacia la muerte. Hablan, primero tranquilos, luego comienzan a discutir y pelear y, finalmente, suenan algunos disparos, ¿De dónde sale tanta saña, tanta agresividad, tanto odio? Y todo tan precipitado, sin un minuto de reflexión, sin freno, arrojándose de cabeza al abismo.

Así que, buscando dominar la situación y desarmar al oponente, las autoridades han ordenado la fetasha general; constante y continuamente estamos siendo registrados. En la calle, en el coche, delante de casa (y dentro de ella), al entrar en una tienda, en correos, en nuestra oficina, en la redacción, en la iglesia, en el cine. A la puerta de un banco, de un restaurante, en el mercado, en el parque. Cualquiera puede registrarnos porque no sabemos quién tiene autoridad para hacerlo y quién no. Además, más vale no hacer preguntas, porque estas pueden empeorar la situación; es mejor someterse. Continuamente alguien nos registra; unos tipos desharrapados, palo en mano, sin cruzar palabra se limitan a pararnos y a extender los brazos en demostración de cómo debemos hacer nosotros y así adoptar la postura del cacheo. Una vez adoptada esta, empiezan a vaciarnos los billeteros, los bolsillos, a mirarlo todo con atención, a mostrarse sorprendidos, a fruncir el ceño, a mover la cabeza, a consultarse los unos a los otros mientras nos manosean la espalda, la barriga, las piernas, los zapatos, ¿y bien?, y nada, podemos seguir, hasta el siguiente extender de brazos, hasta la siguiente fetasha. Solo que esta puede sorprendernos a pocos pasos de la anterior y entonces, vuelta a empezar. Porque las fetasha no se suman en una única y de-una-vez-para-siempre definitiva purificación, en una declaración de inocencia, en una absolución, sino que cada vez, cada par de metros, cada par de minutos, una y otra vez debemos volver a purificarnos, probar nuestra inocencia y conseguir esa absolución. Las más agotadoras son las fetashas de carretera, cuando se viaja en autobús. Decenas de parones, todo el mundo abajo, todo el equipaje abierto, revisado, resquebrajado, desmembrado, desmenuzado, revuelto. Nosotros, registrados, palpados, manoseados, estrujados. Luego, en el autobús, se aplasta el equipaje, que ha crecido como la masa del pan en una artesa, y en la fetasha siguiente, vuelta a sacarlo todo. Ropas, cestos, tomates, ollas saltan a la carretera lanzados a puntapiés (todo

parece un mercado puesto espontánea y caóticamente al borde del camino) y otra vez empieza el manoseo, el buscar y rebuscar. Las fetashas amargan el viaje hasta tal punto que a la mitad del trayecto se tienen ganas de dar media vuelta, pero ¿cómo? ¿Quedarnos en medio del campo, entre montañas altísimas convertidos en fácil presa para los saqueadores? Algunas veces las fetashas abarcan barrios enteros y entonces la cosa se pone seria. Tales fetashas las monta el ejército en busca de arsenales de armas, de imprentas clandestinas y de anarquistas. En el curso de estas operaciones se oyen disparos y, más tarde, se ven muertos. Si algún distraído –por más inocente que sea– cae en medio de una acción semejante, vivirá momentos difíciles. En tales circunstancias la gente, manos arriba, camina despacio del cañón de un fusil a otro esperando la sentencia. Sin embargo, lo más corriente es que se trate de fetashas de aficionados, a las que uno puede llegar a acostumbrarse o incluso a familiarizarse. Muchas personas hacen a otras sus propias fetashas espontáneas, que son algo así como un palpamiento-manoseo, pues se trata de fetashistas solitarios que actúan por cuenta propia, al margen del plan general de la fetasha organizada. Caminamos por la calle y de repente nos para un desconocido y extiende los brazos. No tenemos más remedio que extender los nuestros, es decir, adoptar la postura del que va a ser registrado. Entonces nos palpará, pellizcará y manoseará, y luego con la cabeza nos hará una señal, signo de que estamos libres. Por lo visto, en un momento nos ha tomado por un enemigo pero ahora ya ha descartado tal sospecha y nos deja en paz. Podemos seguir nuestro camino y olvidarnos de este banal suceso. En mi hotel, a uno de los vigilantes le gustaba mucho registrarme. Algunas veces, cuando tenta prisa, entraba corriendo en el vestíbulo y también corriendo subía las escaleras para meterme en mi habitación. Entonces él se lanzaba en mi persecución y, antes de que me diera tiempo de girar la llave en la cerradura, se metía dentro por la fuerza y allí me hacía su fetasha. Llegué a tener sueños que giraban exclusivamente sobre el tema: miles de manos oscuras, sucias y voraces me invadían cual hormigas y, arrastrándose por mi cuerpo, bailando y hurgando, me sobaban, pellizcaban, hacían cosquillas y se agarraban a mi garganta hasta que me despertaba, bañado en sudor y sin poder conciliar el sueño hasta la mañana.

A pesar de aquellas contrariedades seguí visitando las casas que me abría Teferra para escuchar palabras sobre el Emperador que parecían llegar de un mundo remoto.

A. M-M.:

Por ser el lacayo de la tercera puerta fui el más importante de los destinados en la Sala de Audiencias, Como aquella sala tenía tres puertas, había tres lacayos dedicados a abrirlas y cerrarlas pero el mío era el puesto más relevante porque por la mía pasaba el Emperador. Cuando Su Más Extraordinaria Majestad abandonaba la Sala, yo le abría la puerta. Mi habilidad consistía en saber abrirla justo en el momento adecuado. Porque si la abriese demasiado pronto, eso podría causar la imperdonable impresión de que invitaba al Emperador a abandonar la Sala. Si, por el contrario, la abriera demasiado tarde, habría obligado al Más Extraordinario Señor a espaciar sus pasos o incluso a detenerse, lo cual habría supuesto un menoscabo a su imperial dignidad, la cual exigía que el movimiento de la Primerísima Persona se realizara sin el menor peligro de colisión y sin que se interpusiese el menor obstáculo.

G. S-D.:

El tiempo comprendido entre las nueve y las diez de la mañana lo pasaba Su Majestad en la Sala de Audiencias distribuyendo nombramientos, y por eso a esa hora se la llamaba la hora de los nombramientos. El Emperador entraba en la Sala, donde le esperaba una ordenada fila de dignatarios señalados para alguno de ellos, dignatarios que se deshacían en sumisas reverencias. Nuestro Señor se sentaba en el trono y, una vez hecho esto, yo le colocaba un cojín debajo de los pies. Esta operación debía realizarse sin la más mínima demora a fin de que no se produjera un momento en que las piernas del Honorabilísimo Monarca quedasen colgando en el aire. Todos sabemos que Nuestro Señor era de baja estatura y que, por otra parte, el cargo que ostentaba requería que mantuviera una superioridad ante sus súbditos también en un sentido estrictamente físico. Por eso los tronos del Señor tenían los pies altos, al igual que

los asientos, sobre todo aquellos que habían pertenecido al emperador Menelik, quien había gozado de extraordinaría estatura. Surgía pues una contradicción entre la indispensable altura del trono y la figura del Honorable Señor, contradicción que se hacía particularmente delicada y molesta a la altura de sus pies, pues resulta impensable que una persona cuyos pies se balancean en el aire –¡como un niño pequeño!– conserve intacta su dignidad. Y era precisamente el cojín lo que resolvía aquel problema, tan delicado como importante.

Yo fui el portacojín del Bondadoso Señor durante veintiséis años. Acompañé al Emperador en sus viajes por el mundo y, la verdad –y lo digo con orgullo–, Nuestro Señor no podía ir sin mí a ninguna parte porque su dignidad continuamente le exigía sentarse en el trono y no lo podía hacer sin el cojín, y el portacojín era yo. Yo dominaba a la perfección todo un protocolo especial al respecto, al igual que poseía un tan vasto como útil conocimiento del tamaño de los diferentes tronos reales, lo cual me permitía escoger rápida y certeramente el cojín idóneo, de forma que no se produjera un desajuste escandaloso: que a pesar de todo quedase un resquicio entre él y los zapatos del Emperador. Cincuenta y dos cojines tenía yo en mi almacén, todos de distinta medida, grosor, material y color. Yo mismo me cuidaba de que las condiciones en que se guardaban fuesen lo mejores posible a fin de que no se convirtiesen en un nido de pulgas –molesta plaga de nuestro país–, pues las consecuencias de semejante negligencia habrían podido terminar en un desagradable escándalo.

T. L.:

¡My dear brother, la hora de los nombramientos hacía temblar al palacio entero! Temblaban unos de alegría y de un placer profundamente sensual; otros, ¿qué le diré?, lo hacían de miedo presintiendo la catástrofe, pues en aquella hora el Honorable Señor no solo premiaba, colmaba de favores y nombraba, sino que también amonestaba, cesaba y degradaba. ¡No, me he expresado mal! En realidad no cabía hacer distinción entre contentos y

temerosos; ambas cosas, la alegría y el miedo convivían en el corazón de todos los llamados a la Sala de Audiencias, porque ninguno sabía qué le esperaba allí. En eso consistía la profunda sabiduría de Su Majestad, en que todos ignoraban cuándo sonaría su día, en que desconocían su destino. Esta incertidumbre y la inseguridad ante las intenciones del Monarca hacían que en palacio se chismorrease sin cesar, perdiéndose la corte en elucubraciones sobre el futuro. Esta vivía dividida en fracciones y camarillas que se combatían entre sí en guerras implacables que la debilitaban y destruían. Precisamente ése era el propósito del Digno Señor: conseguir un equilibrio que le garantizara la paz. Si alguna camarilla empezaba a destacar, el Emperador no tardaba en conceder su favor a la contraria, y así volvía a restablecer ese equilibrio con que paralizaba a los usurpadores. Su Majestad pulsaba las teclas –una blanca, otra negra– y sacaba de aquel piano una música armoniosa que deleitaba su oído. Y todos se sometían a aquel modo de tocar porque la única razón de su existencia la constituía la imperial aprobación, de modo que si el Emperador la retiraba, ese mismo día habrían desaparecido de palacio sin dejar rastro. Sí, por sí mismos, ellos no eran nadie. Eran visibles para el pueblo solo mientras los iluminaba el brillo de la corona real.

Haile Selassie fue el constitucional Elegido de Dios y como morador de tales alturas no podía unirse a ninguna de las fracciones aunque las utilizara para sus fines, a unas más que a otras. Pero si alguna de las camarillas que gozaba de su gracia iba demasiado lejos en su servil fervor, el Emperador la amonestaba, pudiendo, incluso, condenarla formalmente. Tales situaciones se producían sobre todo en relación con las fracciones duras, que nombraba Nuestro Señor con la finalidad de que impusiesen orden. Los discursos del Emperador eran suaves y cargados de bondad y consuelo para el pueblo, que jamás oyó salir de la boca de su Señor palabras airadas. Sin embargo, no se podía gobernar un Imperio con la sola bondad; alguien debía combatir la oposición y velar por los intereses supremos del Monarca, de palacio y del estado. Ese era precisamente el cometido de las camarillas duras, las cuales, por lo demás, al no comprender las sutilísimas intenciones del Emperador, caían sin remisión en errores o, mejor dicho, en el error del exceso. Deseando ganarse el reconocimiento del Señor, se desvivían por imponer un orden absoluto mientras que el Honorable Señor

pretendía un orden de principio, es decir, orden sí, pero con un cierto margen de desorden donde pudieran manifestarse su bondad y condescendencia. Por eso, en cuanto la camarilla de los duros franqueaba aquel umbral, se encontraba con la mirada de amonestación en los ojos del Soberano. En palacio hubo tres fracciones principales: la de los aristócratas, la de los burócratas y la de los allegados, u hombres personales, como se la solía llamar. La fracción de los aristócratas, compuesta de grandes terratenientes y ultraconservadora, se agrupaba principalmente en torno al Consejo de la Corona y había tenido por jefe al príncipe Kassa, ya fusilado. La fracción de los burócratas, la más abierta a los cambios y la más ilustrada –parte de sus representantes tenía carreras universitarias– llenaba los ministerios y otras instituciones imperiales. Finalmente, la fracción de los allegados, creada por el mismo Emperador, constituía una rareza única, característica de nuestro poder. El Ilustre Señor, partidario de un estado fuerte y centralizado, tuvo que luchar astuta y hábilmente contra la camarilla de los aristócratas, la cual quería gobernar en las provincias y tener un emperador débil y remiso. Pero el Monarca no podía luchar contra la aristocracia sirviéndose de ella misma. Por eso constantemente engrosaba su círculo de allegados con hombres del pueblo, elegidos y nombrados personalmente por él, hombres jóvenes y listos pero de origen muy humilde. El Emperador de repente podía nombrar para un cargo a alguien sacado del estrato social más bajo, elegido a menudo al tuntún de entre el vulgo que se congregaba en aquellas ocasiones en las que el Gran Señor se reunía con el pueblo. Esos hombres personales del Emperador, provenientes de provincias sumidas en la desesperación y la miseria y transplantados directamente a los salones de una corte esplendorosa en la que pronto topaban con el odio y la natural enemistad de los aristócratas allí plantados, no tardaban en descubrir el dulce sabor del lustre palaciego y el obvio encanto del poder y servían al Emperador con un fervor indescriptible, con pasión incluso, pues sabían que estaban allí, ostentando muchas veces los más altos cargos de Estado, única y exclusivamente por la voluntad del Noble Señor. Era a ellos, precisamente, a quienes el Emperador otorgaba cargos de suma confianza. El Ministerio de la Pluma, la Imperial Policía Política, la dirección de palacio se apoyaban en aquellos hombres. Eran ellos los que descubrían todos los complots y confabulaciones, quienes combatían a la oposición,

soberbia y malvada. Tenga en cuenta, señor periodista, que el Emperador no solo decidía personalmente todos los nombramientos sino que, en un principio, también los comunicaba personalmente a cada elegido. ¡Él y nadie más que él! Él fijaba la cúspide de la jerarquía así como sus escalones intermedios y más bajos: él designaba a los jefes de correos, a los directores de escuelas, a los comisarios de policía, todos los funcionarios corrientes, los administradores, los directores de las cervecerías, de los hospitales, de los hoteles, una vez más lo diré, a todos, él; personalmente. Citados en la Sala de Audiencias a la hora de los nombramientos y allí colocados en una hilera interminable –y es que aquello era una masa, ¡una masa humana!–, esperaban la llegada del Emperador. Luego, uno a uno, se acercaban emocionados al trono e, inclinando la espalda en señal de sumisión, escuchaban qué nombramiento les había correspondido, besaban la mano de su Bienhechor y se retiraban caminando hacia atrás y sin dejar de hacer reverencias. Todo nombramiento, hasta el más baladí, llevaba la impronta del Emperador, y esto era así porque la fuente de todo el poder no manaba del Estado ni de ninguna otra institución sino del Nobilísimo Señor en persona. ¡Qué ley aquella, tan inconmensurablemente trascendental! Y es que de ese momento pasado junto al Emperador, cuando anunciaba los nombramientos y repartía bendiciones, surgían unas vinculaciones interhumanas muy particulares; vinculaciones que, si bien sujetas a las reglas de la jerarquía, al fin y al cabo no dejaban de ser tales; y de ellas emanaba el único principio por el que se guiaba Nuestro Señor cuando ascendía o degradaba a las personas: el principio de lealtad. Querido amigo, podría formarse toda una biblioteca con las denuncias que durante años afluyeron a los oídos imperiales sobre la persona más próxima al Monarca, el ministro de la Pluma, Walde Giyorgis. Era este el personaje más pérfido, repugnante y corrupto que había pisado los parqués de palacio. El mero hecho de atreverse a denunciar a aquel hombre podía tener consecuencias funestas. Qué mal debían de andar las cosas si, a pesar de todo, se llegaba a ello. Sin embargo, los imperiales oídos estaban siempre cerrados. Walde Giyorgis podía hacer y deshacer lo que le viniera en gana, y su desvergüenza no conocía límites. No obstante, cegado por su soberbia y por su impunidad, participó en cierta ocasión en la reunión de una fracción conspiradora, cosa de la que informaron al Venerable Señor los servicios de espionaje de palacio. El Señor

esperó a que Walde Giyorgis le contara él mismo todo acerca de su fechoría, pero este no dijo ni una palabra sobre el asunto, o sea –dicho de otra forma–, quebró el principio de lealtad. Al día siguiente Su Majestad empezó la hora de los nombramientos por su propio ministro de la Pluma, hombre que prácticamente había compartido el poder con el Honorable Señor: Walde Giyorgis cayó de su posición de segunda persona del Estado a la de pequeño funcionario en una remota provincia del Sur, de acuerdo con su nuevo cargo. Tras escuchar el nombramiento –e imaginémonos cómo debió disimular en aquel momento la sorpresa y el terror–, besó la mano del Bienhechor, según el ritual y, retrocediendo sin darle la espalda al tiempo que se inclinaba sumiso, abandonó palacio para siempre. Y ahora tomemos el caso del príncipe Imru. El príncipe Imru tal vez fuera la personalidad más destacada de la élite, un hombre digno de los más altos cargos y honores. Pero de nada le sirvió, pues Su Graciosa Majestad –como ya he mencionado– nunca se había guiado por el principio de la capacidad sino siempre única y exclusivamente por el de la lealtad, Volviendo al asunto, no se sabe cómo ni por qué pero el caso es que el príncipe de repente empezó a oler a reforma. Sin pedir permiso al Emperador, repartió parte de sus tierras entre los campesinos. Así que –callando ante el Soberano y actuando por su cuenta–, quebró el principio de lealtad de un modo irritante, desafiante incluso. Y he aquí que el Bondadoso Señor, que guardaba para el príncipe un muy alto cargo, tuvo que expulsarlo del país y mantenerlo alejado de él durante veinte años.

Llegado a este punto debo precisar que Nuestro Señor no se mostraba reacio a las reformas, antes al contrario: siempre manifestó una gran simpatía hacia el progreso y las mejoras, solo que no podía soportar que nadie las emprendiera por su cuenta porque, en primer lugar, tal cosa podía desembocar peligrosamente en la anarquía y la arbitrariedad y, en segundo lugar, dar la impresión de que en el imperio había otros bienhechores aparte Su Magnánima Majestad. Por eso, si algún ministro sabio y capaz quería introducir en su campo alguna reforma, por más insignificante que fuese, debía dirigir el asunto de tal modo, debía enfocarlo, formularlo y presentarlo al Emperador en tales términos, que resultase obvio, evidente e incuestionable que Su Majestad Imperial era el gentil y solícito iniciador, autor y defensor a

ultranza de la mejora aunque, en realidad, en aquel asunto Nuestro Señor no supiera de qué se trataba exactamente. Pero, por fortuna, ¡no todos los ministros tenían la suficiente perspicacia! Hubo gente joven, no familiarizada con las tradiciones de palacio, que, guiándose por su propia ambición, así como por el deseo de ganarse el reconocimiento del pueblo –¡como si el del Emperador no fuese el único digno de cualquier esfuerzo!–, intentó reformar por iniciativa propia alguna que otra cosilla. Como si no supieran que de esta manera violaban el principio de lealtad y que se hundían no solo a sí mismos sino también a la propia reforma, la cual, al no contar con la autoría del Emperador, estaba sentenciada a no ver nunca la luz del día.

Le diré abiertamente que el Rey de Reyes prefería malos ministros. Y los prefería porque a Su Majestad le gustaba que el contraste lo hiciera sobresalir a él. Y ¿cómo podría salir favorecido estando rodeado de buenos ministros? El pueblo se sentiría perdido y no sabría en quién buscar ayuda ni de quién era la bondad y sabiduría con que podía contar si todos eran buenos y sabios. ¡Qué desorden se crearía en el Imperio! En vez de un único sol brillarían cincuenta y cada cual rendiría culto a un planeta diferente, de personal elección. Y eso sí que no, querido amigo; no se puede exponer a un pueblo a desamparo tan pernicioso. Debe haber un único sol; tal es el orden de la naturaleza y las demás teorías no son sino herejía irresponsable, enemiga de Dios, Sin embargo, puedes tener la seguridad de que Nuestro Señor salía muy bien parado de cualquier confrontación, de cuán imponente y generoso resultaba, y por eso el pueblo no se confundía: sabía quién era el sol y quién la sombra.

Z. T.:

A la hora de proceder a un nombramiento el Emperador veía ante si la cabeza inclinada de quien iba a ostentar tal distinción. Pero ni siquiera la mirada de lince del Excelentísimo Señor podía ver qué iba a ocurrir con aquella cabeza en lo sucesivo, Y si bien dentro de la Sala de Audiencias la cabeza en cuestión hacía leves movimientos de inclinación arriba y abajo, una vez traspasada la puerta

enseguida cambiaba de postura: se erguía, se tornaba rígida y adoptaba una actitud firme y decidida. ¡Sí, estimado señor, era asombroso el poder que ejercía el nombramiento imperial! Porque, fíjese, una cabeza corriente que hasta entonces se había movido de un modo natural y sencillo, tan ágil y libre, tan pronta a girarse, a inclinarse, a oscilar y a balancearse, una vez ungida por el nombramiento experimentaba una extraña reducción y, a partir de aquel momento, se movería tan solo en dos direcciones: en la vertical-hacia abajo, que adoptaba en presencia del Honorable Señor, y en la vertical-hacia arriba, que adoptaba ante los demás. Fijada sobre ese eje «arriba-abajo», la cabeza no podía moverse libremente, y si la sorprendiéramos por la espalda llamando de repente: «¡Oiga, señor!», tal cabeza hubiera sido incapaz de volverse; su dueño habría tenido que detenerse con la mayor dignidad y solo entonces, usando todo el cuerpo, habría podido girar aquella parte hacia el lugar de donde procedía la voz. Como empleado de la Sala de Audiencias, pude observar el siguiente fenómeno general: que los nombramientos producían no sólo cambios físicos en las personas sino también otros cambios radicales. Esto me interesó tanto que empecé a prestarle mucha atención. Por lo pronto cambiaba la silueta de la persona. De delgada y ágil empezaba a convertirse en cuadrada; sí, en una silueta cuadrada. Se trataba de un cuadrado macizo, sólido: un símbolo de la seriedad y del peso del poder. Bastaba con mirar una silueta así para saber que nos encontrábamos no ante una persona cualquiera sino ante alguien lleno de dignidad y responsabilidad. Aquella transformación siempre iba acompañada de una generalizada lentitud de movimientos. El hombre distinguido por el Venerable Señor ya no volvería a saltar, correr, brincar y retozar. No, el paso, grave; la pisada, firme; el cuerpo, inclinado levemente hacia adelante en señal de hallarse listo para afrontar cualquier contrariedad; los movimientos de las manos, medidos, libres de toda gesticulación nerviosa y desordenada. También sus facciones cobraban seriedad y parecían volverse más rígidas; el rostro adquiría un aspecto preocupado y hermético sin perder, no obstante, la capacidad de mostrar de cuando en cuando aprobación y optimismo aunque, en suma, estuviese compuesto y fijado de forma que no admitía la posibilidad de establecer con él ningún contacto psicológico; a su lado no cabía relajarse. También la mirada cambiaba. Iba a tener otro alcance y otro ángulo de visión,

prolongándose ahora hasta un punto totalmente inalcanzable para nosotros. Por eso si hablábamos con un recién nombrado, este, en virtud de determinadas leyes ópticas universalmente conocidas, no nos vería: su visual estaría mucho más allá de nuestras espaldas. Otra razón por la que no podríamos ser divisados consistía en que el ángulo óptico de este hombre era demasiado obtuso, de modo que durante la conversación su mirada pasaba por encima de nuestra cabeza; aparte de que se producía aquí el extraño principio del periscopio, según el cual incluso siendo la persona de estatura más baja que uno, igualmente miraría por encima de nuestra cabeza: hacia lejanías impenetrables o como persiguiendo alguna idea singular. Comoquiera que sea, sentíamos que su pensamiento, aun en el caso de no ser excesivamente profundo, sí era mucho más importante y responsable, y nos dábamos perfecta cuenta de que en semejantes circunstancias el mero intento de transmitirle nuestros pensamientos era algo absurdo e insignificante. De modo que nos sumíamos en el silencio. De todas formas el favorito imperial tampoco se mostraba muy locuaz, pues uno de los síntomas del postnombramiento era el cambio en el modo de hablar; en lugar de frases completas y claras aparecían ahora abundantes monosílabos, murmullos, gruñidos, chasquidos, suspensiones de voz, pausas de múltiple interpretación, palabras confusas y formas de reaccionar ante cualquier cosa como si él lo supiera todo mucho mejor y, además, desde hacía tiempo. De manera que sentíamos que estábamos de más y nos alejábamos mientras su cabeza se desplazaba sobre el eje vertical hacia-arriba en un gesto de despedida. Sin embargo, podía ocurrir que el Bondadoso Señor no solo ascendiera sino que –al comprobar una infidelidad– por desgracia también degradase, es decir –y perdona, amigo, la vulgaridad de la expresión–, echase a la calle a patada limpia, en cuyo caso podía constatarse que la calle tenía una cualidad muy curiosa. A saber: el contacto con ella hacía que desaparecieran los síntomas del nombramiento, los cambios físicos se borraban, el despedido volvía a la normalidad e incluso aparecía en él un nervioso y, tal vez, algo exagerado afán de confraternización, como si ansiase borrar todo el asunto, como si quisiese quitarle importancia y decir: olvidémoslo. Como si todo se refiriese a una enfermedad que no valiera la pena mencionar.

M.:

Me preguntas, amigo mío, cómo fue que durante el último período del reinado del Emperador un tal Aklilu, que no desempeñaba función alguna y que procedía de la plebe, tuviese más poder que el príncipe Makonen, que estaba al frente del gobierno y era un aristócrata notorio. Pues fue porque en palacio la magnitud del poder no estaba fijada según la jerarquía de los cargos sino por el grado de acceso al Honorabilísimo Señor. Ese era el esquema de funcionamiento en palacio de puertas adentro. Se decía: el más importante es aquel que con más frecuencia accede a la oreja imperial. Con más frecuencia y por más tiempo. Por aquella oreja las camarillas se enzarzaban en las luchas más encarnizadas, la oreja era la baza más alta del juego. Bastaba con acercarse –¡pero no creas que era fácil!– a la todopoderosa oreja y susurrar. Nada más que susurrar, solo eso. Que el murmullo cayese en alguna parte, que permaneciese allí aunque sólo fuera en forma de una impresión fugaz, de una semilla diminuta. Porque llegaría el momento en que la impresión se fijase y germinase la semilla. Recogeríamos entonces la cosecha, Pero la del susurro era una operación muy sutil y delicada, porque Su Majestad, a pesar de su energía y resistencia extraordinarias y asombrosas, no dejaba de ser un ser humano con sus naturales limitaciones en la capacidad auditiva, y no se podía agobiar demasiado y cargar en exceso la real oreja sin provocar su enfado y sin desencadenar reacciones de castigo. De ahí que el número de posibilidades de acceder a los imperiales oídos estuviese limitado y que no cesase la lucha por su reparto. Los avatares de esta lucha eran uno de los temas más candentes de una corte entregada en cuerpo y alma al chismorreo, al igual que resonaban en la ciudad con ecos codiciosos. Por ejemplo, un tal Abeje Debalk, funcionario de bajo rango en el Ministerio de Información, era valorado en cuatro accesos por semana mientras que su jefe no podía contar con más de dos. El Emperador tenía con frecuencia colocados a sus hombres de confianza en puestos muy bajos y, sin embargo, cuán poderosos eran gracias al gran número de accesos de que gozaban, cosa con la que no podían ni soñar sus ministros y ni siquiera los miembros del Consejo de la Corona. Aquellas batallas eran apasionantes. El

emérito general Abiye Abebe tenía tres accesos por semana mientras que su contrincante el general Kebede Gebre (ambos ya fusilados) solo uno, Pero la camarilla de Gebre manipuló las cosas de forma tal, dio tales patadas a la camarilla de Abebe, importante todavía pero ya entonces bastante desgastada, que este último bajó primero a dos y luego a un único acceso en tanto que Gebre, que había hecho méritos en el Congo y gozaba del reconocimiento internacional, dio un salto hasta alcanzar los cuatro. Yo, amigo mío, en mi mejor época pude contar con un acceso al mes, aunque erróneamente me valorasen en más, pero incluso así era una posición nada despreciable, porque por debajo de los accesos directos, los más preciados, había toda una jerarquía de accesos indirectos, de segundo, tercero o inferior grado, y allí también se producían pugnas, zarpazos, maniobras y zancadillas. Sí, señor, todo aquel de quien se sabía que disfrutaba de un gran número de accesos directos era tratado con marcada reverencia por todo el mundo, aunque no fuese ministro. En cambio aquel que veía disminuir su número ya sabía que el Bondadoso Señor lo había colocado en la pendiente. Para terminar diré que en comparación con su discreta figura y su cabeza bien formada y proporcionada, el Venerable Señor tenía unas orejas de considerable tamaño.

I. B.:

Yo fui taleguero de Aba Hanna Yema, el piadoso tesorero y confesor del Emperador. Ambos próceres eran de la misma edad así como de parecida estatura y aspecto. Hablar de cualquier parecido con Su Venerable Majestad Elegido de Dios suena a blasfemia merecedora de castigo pero, en el caso de Aba Hanna puedo permitirme este atrevimiento, puesto que el propio Emperador tenía depositada en mi Señor una profunda confianza, y la prueba de incluso una cierta intimidad en aquella relación la constituye el hecho de que Aba Hanna tuviera un número ilimitado de accesos al trono; tuvo, simplemente –y así podríamos definirlo–, un acceso ininterrumpido. El ser a un tiempo guardián de las arcas y confesor del Nunca Suficientemente Llorado Señor hacía que pudiese penetrar tanto en el alma como en el bolsillo del Soberano, es decir, que pudiese

contemplar la Imperial persona en su entera y digna totalidad. En mi calidad de taleguero siempre acompañé a Aba en sus actividades fiscales llevando tras mi Señor un saquito hecho de la parte mejor de la piel de un cordero, que, más tarde, los subversivos arrastraron por las calles. También me cuidaba de otro saco, grande este, que se llenaba con calderilla en las vísperas de las fiestas nacionales, las cuales eran: el cumpleaños del Emperador, el aniversario de su coronación y, finalmente, el de su vuelta del exilio. En aquellas fechas señaladas nuestro longevo Soberano se dirigía al barrio más poblado y bullicioso de Addis Abeda, llamado Mercato, donde yo depositaba sobre un estrado especialmente levantado para la ocasión aquel saco, difícil de llevar y que despedía un sonido metálico y de donde el más Bondadoso Señor sacaba la calderilla a puñados y la arrojaba sobre una muchedumbre de mendigos y demás populacho ávido. Sin embargo, la voraz chusma armaba tal tumulto que aquel acto caritativo siempre desembocaba en una lluvia de bastonazos policiales cayendo sobre las cabezas de la turbamulta alborotada y violenta. Entonces el Señor, dolido, abandonaba el estrado, a menudo sin vaciar el saco ni siquiera hasta la mitad.

W. A-N.:

... de modo que una vez acabado el capítulo de los nombramientos, Nuestro Infatigable Señor pasaba a la Sala Dorada y daba comienzo a la hora de caja. Esta hora se situaba entre las diez y las once de la mañana. Para la circunstancia acompañaba al Honorable Señor el piadoso Aba Hanna, asistido, a su vez, por su inseparable taleguero. Alguien que tuviese buen olfato y oído fino no dejaría de percibir cómo nuestro palacio olía y sonaba a dinero. Aunque para ello se necesitaba una sensibilidad muy desarrollada e, incluso, imaginación, pues el dinero en su materialidad no se amontonaba en los rincones áulicos ni tampoco el Misericordioso Señor se mostraba muy dispuesto a regalar a sus favoritos los fajos de dólares. ¡No, Nuestro Señor no sentía inclinaciones de este tipo! Aunque te parezca increíble, querido amigo, ni siquiera el taleguito de Aba Hanna era un pozo sin fondo y por eso los maestros de

ceremonia tenían que recurrir a no pocos trucos con el fin de evitar que el Emperador se viera envuelto en situaciones embarazosas por culpa de las finanzas. En este momento me viene a la memoria cuando, tras acabar de construirse el palacio imperial llamado Genete Leul, Nuestro Señor pagó los sueldos a los ingenieros extranjeros sin, por otra parte, mostrar la misma disposición hacia nuestros albañiles. Estos primitivos se congregaron ante la fachada del palacio por ellos construido y se pusieron a pedir que se les pagase lo acordado. Entonces en el balcón apareció el Gran Chambelán de la corte, instándoles a que pasasen a la parte trasera del palacio, donde el Magnánimo Señor les arrojaría el dinero. Jubilosa, la multitud se trasladó al lugar indicado, lo cual posibilitó a Su Suprema Majestad salir sin obstáculos embarazosos por la puerta principal y dirigirse hacia el Palacio Viejo, donde ya lo esperaba, sumisa, toda la corte.

En todas partes, dondequiera que fuese Nuestro Señor, el pueblo manifestaba siempre su ruda e insaciable avidez, pues no paraba de pedir ora pan, ora zapatos o ganado, o donativos para construir un camino. Y a Su Majestad le gustaba visitar la provincia, le gustaba permitir que las gentes sencillas se le acercasen, conocer sus penas, consolarlas con promesas, elogiar a los obedientes y trabajadores y regañar a los perezosos y rebeldes. Pero esta afición del Bondadoso Señor hacía mella en las arcas del tesoro, porque antes de su llegada era necesario preparar la provincia; hacía falta barrer, pintar, enterrar la basura, ahuyentar las moscas, construir la escuela y dar uniformes a los arrapiezos, reformar el ayuntamiento, coser las banderas y pintar los retratos del Venerable Monarca. Habría sido denigrante que Nuestro Señor apareciera de improviso en el sitio menos pensado, que brotase de debajo de la tierra como un recaudador de impuestos cualquiera; en una palabra, que palpase la vida en toda su realidad. Apenas si puede uno imaginarse el estupor y el sobresalto de los mandamases locales. ¡Su temblor, su miedo! Porque es obvio que el poder no puede trabajar en un clima de amenaza; el poder es una convención que se basa en unas reglas fijadas. Imagínate, querido amigo, que el Extraordinario Señor hubiese tenido la costumbre de aparecer por sorpresa. Digamos que el Monarca vuela hacia el Norte, donde todo está ya preparado; el protocolo elaborado hasta en sus últimos detalles, la ceremonia ensayada, la provincia entera brilla como un espejo mientras que en

el avión su Distinguida Majestad, llama al piloto de repente y le dice: hijo mío, haz girar el aparato, volaremos al Sur. Y en el Sur ¡no hay nada! ¡Nada está previsto! El Sur ofrece el aspecto de un marasmo, enfangado, desharrapado, negro de moscas. El gobernador se ha marchado a la capital, los gerifaltes duermen, la policía se ha desparramado por los villorrios y se dedica a saquear a los campesinos. ¡Qué sensación tan dolorosa no habría experimentado el Bondadoso Señor! ¡Y qué ultraje a su dignidad! E incluso –atrevámonos a decirlo– sencillamente ¡qué ridículo! Hay provincias en las que la población es abrumadoramente salvaje e incivil y, no aleccionada por la policía, podría incluso llegar a injuriar a Su Majestad. Otras, donde un campesinado primitivo habría huido al ver al Monarca. Imagínate la escena, amigo mío: Su Más Extraordinaria Majestad baja del avión y a su alrededor no hay más que vacío y silencio, un campo desierto, ni un alma en veinte leguas a la redonda. No hay a quién dirigirse, con quién hablar, a quién consolar, no hay arco triunfal de bienvenida, ni siquiera un coche. ¿Qué hacer, cómo actuar? ¿Plantar el trono y desplegar la alfombra? Saldría peor aún a causa de puro ridículo. El trono irradia dignidad, pero solo por contraste con la sumisión qué lo rodea; es la sumisión de los súbditos lo que crea su superioridad y le da sentido; sin ella el trono no es más que un decorado, un incómodo sillón de terciopelo raído y torcidos muelles. El trono en un desierto despoblado, es un bochorno. ¿Sentarse en él? ¿Esperar a que algo ocurra? ¿Contar con que comparezca alguien a rendir homenaje? Para colmo ni siquiera hay un coche con el que llegar hasta el pueblo más próximo en busca del gobernante. El Venerable Señor sabe quién es pero ¿cómo encontrarlo así, de repente? De modo que ¿qué otro remedio le queda a Nuestro Señor? Echar un vistazo a los alrededores, subir al avión y, a pesar de sus pesares, volar hacia el Norte, donde todo le espera en medio de un ambiente de excitación y de expectante impaciencia: el protocolo, el rito y la provincia, reluciente como un espejo. A la vista de tales circunstancias ¿puede extrañarnos que Su Bondadosa Majestad no tuviese la costumbre de presentarse de improviso? Imaginémonos que sí, que lo hubiese hecho, sorprendiendo una vez a unos, otra vez a otros, presentándose una vez aquí, otra vez allá. Que hoy hubiese cogido por sorpresa a la provincia de Bale, una semana más tarde, a la de Tigre. Constata: marasmo generalizado, mugre, negras nubes de moscas. Llama a comparecer en Addis Abeba a la hora de

los nombramientos a los notables de la provincia, les regaña y los destituye. La noticia se extiende por todo el Imperio. ¿Y cuál es el resultado? Pues que los gerifaltes de todo el Estado abandonan por completo lo que tenían por hacer y solo se dedican a mirar al cielo a ver si se acerca el avión con el Excelso Señor a bordo. El pueblo languidece, la provincia decae, pero ¡al diablo con ellos! El miedo a la ira del Señor es mucho más poderoso. Y, lo que es peor, al sentirse inseguros y amenazados, al no saber cuándo les llegará su hora, unidos por una misma e incómoda incertidumbre y por un mismo pavor, empezarán a murmurar, a hacer gestos de descontento, a quejarse, a perderse en rumores acerca de la salud del Misericordioso Señor hasta acabar conspirando, incitando a la rebelión, armando la zaragata y socavando el –a su entender– innoble trono que –¡oh, atrevido pensamiento!– no les deja vivir. Por eso, para prevenir posibles disturbios en el Imperio y evitar la parálisis del poder, Nuestro Señor introdujo esa tan saludable solución del compromiso, que aseguraba la paz para ambas partes: para él mismo y para los gerifaltes. Ahora todos los enemigos del poder real echan en cara al Más Noble de los Señores que en cada provincia tuviera por lo menos un palacio permanentemente dispuesto para recibir su visita. La verdad es que tal vez hubo en esto cierto exceso, porque –pongamos por caso– en el corazón del desierto de Ogaden se levantó un palacio fabuloso que fue mantenido día tras día a lo largo de una veintena de años con el servicio y la despensa a punto, y su Incansable Majestad pasó en él un solo día. Pero supongamos que en un determinado momento el itinerario de las visitas que hacía El Insigne Señor hubiera variado de forma que tuviese que pasar la noche en el corazón del desierto. ¿Acaso entonces no hubiera resultado obvio lo imprescindible de aquel palacio? Desgraciadamente, nuestro pueblo ignorante nunca comprenderá la ley de la razón superior, que es la que, al fin y al cabo, rige la actuación de los monarcas.

E.:

La Sala Dorada, señor Kapuchytski, la hora de caja. Junto al Emperador permanece de pie el ya entrado en años Aba Hanna y

tras este, su taleguero. En el otro extremo de la sala se agolpa la gente, aparentemente sin orden ni concierto, pero cada cual conoce su lugar en la cola. Puedo hablar de multitud, porque Su Graciosa Majestad recibía cada día a un número ilimitado de súbditos. Cuando estaba en Addis Abeba, el palacio aparecía repleto de gente y rebosante de vida, de vida exuberante aunque naturalmente jerarquizada; por la explanada afluían hileras de coches, en los pasillos se apiñaban las delegaciones, en las salas de espera charlaban los embajadores, funcionarios de protocolo se afanaban de un lado para otro con la fiebre en los ojos, había cambios en la guardia, los ordenanzas llegaban corriendo con carpetas repletas de papeles, los ministros se dejaban caer por allí, así sin más, sencilla y modestamente, como si fuesen gente común; centenares de súbditos intentaban dejar en manos de los dignatarios alguna solicitud o alguna denuncia, podían verse generales, miembros del Consejo de la Corona, administradores de los bienes del Emperador, gobernadores, en una palabra, toda una multitud; multitud enaltecida, sublimada. Todo esto desaparecía en un abrir y cerrar de ojos en cuanto el Distinguidísimo Señor abandonaba la capital para trasladarse al extranjero en visita oficial o a alguna provincia para colocar una primera piedra, inaugurar una carretera o conocer las preocupaciones del pueblo, consolarlo y alentarlo. Inmediatamente el palacio quedaba desierto, convirtiéndose en su propia maqueta, en su propio decorado; el servicio lavaba la ropa y la tendía en los salones, los niños de la corte llevaban a las cabras a pastar en el césped de los jardines, los funcionarios del protocolo se pasaban las horas muertas en los cafetines de la ciudad, los guardas cerraban con cadenas los portales y dormitaban bajo los árboles. Volvía Su Majestad, sonaban los himnos y el palacio revivía de nuevo.

En la Sala Dorada siempre se sentía una especie de electricidad en el aire. Se detectaba la corriente aplicada a las sienes de los allí convocados, que les producía un temblor constante y cuya fuente se encontraba en aquel saquito de la mejor piel de cordero, visible para todos. La gente se acercaba al Magnánimo Señor uno a uno, desgranando los objetivos para los que necesitaba el dinero. Su Majestad escuchaba atento y luego hacía preguntas adicionales. Aquí debo reconocer que el Misericordioso Señor era muy meticuloso en los asuntos financieros. En el Imperio, cualquier gasto que sobrepasara los diez dólares exigía su aprobación personal; y si

algún ministro acudía a él para pedir permiso, aunque fuera para gastar un dólar, a buen seguro que podía contar con su elogio. Se mandaba reparar el coche de un Ministerio: el visto bueno del Emperador. Cambiar en la ciudad una cañería que goteaba: el visto bueno del Emperador. Comprar sábanas para un hotel: el visto bueno del Emperador. Cómo deberías admirar, amigo mío, la realmente extraordinaria laboriosidad y el gran sentido economizador de Su Augusta Majestad, quien dedicaba la mayor parte de su egregio tiempo a verificar cuentas, escuchar presupuestos, rechazar solicitudes y reflexionar acerca de la codicia, avaricia y terquedad humanas. Por lo que respecta a estos asuntos, Nuestro Señor nunca se mostró aburrido o cansado. Su manifiesta curiosidad, su meticulosidad y su ejemplar sentido del ahorro siempre despertaron admiración. Tenía una especial predilección por los asuntos fiscales y su ministro de Hacienda, Yelma Deresa se contaba entre el grupo de personas que tuvieron acceso más frecuente al Emperador. Pero también tendía su mano generosa a los necesitados. Tras oír las respuestas a sus preguntas adicionales, el Bondadoso Señor informaba al solicitante de que solucionaría sus problemas económicos. Feliz, el hombre se doblaba en la más profunda de las reverencias. En aquel momento el Generoso Señor inclinaba la cabeza hacia Aba Hanna y le susurraba al oído la cantidad de dinero que el piadoso dignatario debía extraer del saquito. Aba Hanna introducía su mano en él, sacaba el dinero, lo metía en un sobre y lo entregaba al feliz afortunado, quien, reverencia tras reverencia, salía andando de espaldas, arrastrando los pies y tropezando. Pero desgraciadamente, señor Kapuchytski, más tarde se oía el llanto de aquellos miserables desagradecidos. Y todo porque en el sobre habían encontrado solo una ínfima parte de la suma que –según juraban aquellos buitres insaciables– les había prometido el Generoso Señor. Pero ¿qué podían hacer? ¿Volver a la sala? ¿Presentar una queja? ¿Acusar al dignatario más próximo al corazón de Su Majestad? Nada de eso era posible. ¡Oh, y qué odio tan atroz se ganaba entonces el temeroso de Dios! Y es que al no atreverse a mancillar el nombre de Nuestro Señor, era a él, al tesorero y confesor –a Aba Hanna– a quien acusaba la concurrencia de avaro y estafador, de que su mano no pasaba de la superficie del saquito, de que hurgaba demasiado en él, de que el dinero se le escurría de entre unos dedos que eran como una criba bien tupida y además de que metía allí la mano con tanta desgana como si el saco

estuviera lleno de reptiles venenosos y de que luego, de prisa y sin mirar –porque reconocía al tacto el peso de las monedas y el tamaño de los billetes–, entregaba el sobre al mismo tiempo que una señal suya indicaba que había que retirarse cuerpo inclinado, siempre andando de espaldas. Por eso, cuando lo fusilaron, creo que nadie lloró su muerte excepto el Magnánimo Señor. ¡Un sobre vacío! ¿Sabe usted, señor Kapuchytski, cuánto significa el dinero en un país pobre? El dinero en un país pobre y en un país rico son cosas muy distintas. En el rico el dinero es un valor con el que puede usted comprar determinados productos en el mercado. Usted es simplemente un comprador, incluso lo es un millonario. Podrá adquirir más cosas pero no por eso deja de ser un comprador y nada más. En cambio en un país pobre el dinero es un seto vivo maravilloso, espeso, fragante y eternamente florido tras el cual puede usted aislarse de todo. Este seto le impide ver la pobreza que se arrastra a ras del suelo, oler el hedor de la miseria, oír las voces que llegan de las capas más bajas de la sociedad. Pero al mismo tiempo usted sabe que todo aquello existe y se siente orgulloso de disponer de su seto. Tiene usted dinero y eso significa que tiene alas. Es un ave del paraíso que despierta admiración. ¿Podría usted imaginarse que en Holanda se congregase la multitud para ver a un holandés rico? ¿O en Suecia o en Australia? Aquí, sí. Aquí, si aparece un príncipe la gente correrá a verlo. Correrá a ver al millonario y luego durante mucho tiempo irá de un lado para otro diciendo: he visto a un millonario. El dinero transformará ante sus ojos a su propio país en una tierra exótica. Todo empezará a sorprenderle: el cómo vive la gente, el por qué se preocupa, y usted dirá: no, esto es imposible. Y lo repetirá cada vez más a menudo: no, esto es imposible. Y será así porque usted ya pertenecerá a otra civilización, y ya conoce la ley de la cultura: que dos civilizaciones difícilmente se conocerán y entenderán entre sí. Empezará usted a volverse sordo y ciego. Se sentirá bien en su civilización, rodeada por el seto vivo, y las señales procedentes de la otra le resultarán tan incomprensibles como si las enviasen habitantes del planeta Venus. Si tiene ganas podrá usted llegar a ser un descubridor en su propio país. Podrá convertirse en un Colón, en un Magallanes o en un Livingstone. Pero dudo mucho de que tenga ganas. Semejantes excursiones son peligrosas y usted no está loco. Usted ya es un hombre de su civilización y la defenderá y luchará por ella. Regará usted su seto. Ya es ese jardinero ejemplar que necesita el

Emperador. No querrá perder sus plumas y el Emperador necesita de gente que tiene mucho que perder. Nuestro Bondadoso Monarca arrojaba cuatro monedas a los pobres mientras que a la gente de palacio le concedía grandes beneficios. Le regalaba fortunas, tierras, campesinos de quienes recaudar impuestos; le daba oro, títulos, capital.

A pesar de que todos –con tal de que probasen su fidelidadpodían contar con dones suculentos, entre las camarillas se producían continuas disputas, rapiñas, pillajes e interminables luchas por los privilegios, y todo por causa de esa necesidad del ave del paraíso que. vive en cada uno de nosotros. Nuestro Más Extraordinario Soberano contemplaba gozoso aquel forcejeo. Le gustaba que la gente de palacio multiplicara sus fortunas, que crecieran sus cuentas bancarias y que se hincharan sus faltriqueras. No recuerdo ningún caso en que el Generoso Monarca le retirase el nombramiento a alguien o que le apretara las tuercas por motivos de corrupción. ¡Que se corrompiese cuanto quisiese pero, eso sí, que demostrase su lealtad! Nuestro Monarca, gracias a su inigualable memoria y también a las denuncias que sin cesar afluían, sabía perfectamente cuánto poseía cada cual, pero esta contabilidad se la reservaba para sí y nunca hizo uso de ella si el comportamiento del súbdito era leal. Sin embargo, en cuanto percibía aunque solo fuera una sombra de infidelidad, lo confiscaba todo inmediatamente; ¡le quitaba al traidor el ave del paraíso! Gracias a esa contabilidad suya el Rey de Reyes tenía a todos en un puño y todo el mundo lo sabía.

No obstante, se produjo en palacio un caso insólito, a saber: uno de nuestros patriotas más nobles, gran jefe de la guerrilla en los años de la guerra contra Mussolini, Tekele Wolda Hawariat, nada amigo del Emperador, siempre rehusó aceptar regalos, por muy generosos que fueran, rechazó privilegios y nunca mostró inclinación alguna hacia la corrupción. A este Nuestro Magnánimo Señor lo tuvo encarcelado largos años y finalmente lo mandó decapitar.

G. H-M.:

A pesar de que yo haya sido un alto funcionario del protocolo, a espaldas mías me llamaban el cuco del Ilustre Señor. Mi apodo se debía a un reloj suizo que había en el despacho del Emperador y del que salía un cuco para anunciar las horas, Yo tuve el honor de desempeñar el mismo papel cuando el Gran Señor se entregaba a sus obligaciones imperiales. Cada vez que llegaba la hora en que el Emperador, de acuerdo con el protocolo establecido, debía pasar de una actividad a otra, me colocaba frente a él e inclinaba mi cuerpo varias veces en profundas reverencias. Esto era una señal para el Perspicaz Señor de que había terminado una hora y llegaba el momento de iniciar la siguiente. Los truhanes, que en cualquier palacio se burlan gozosos de los que están por debajo de ellos, solían decir como una gracia que hacer reverencias era mi única profesión o incluso mi razón de ser, Y debo reconocer que era cierto que no tuve más cometido que el de inclinarme ante el Ilustre Señor en unos momentos determinados. Así era verdaderamente. Pero hubiese podido contestarles –si el cargo que desempeñaba autorizara semejante atrevimiento– que mis reverencias tenían un carácter funcional y operativo, que estaban al servicio de un objetivo común y de Estado y, por lo tanto, supremo, mientras que la corte estaba llena de dignatarios que se partían en dos afanosamente y sin el menor orden horario: bastaba que se presentara la oportunidad, y a aquella flexibilidad corporal no les empujaba una causa mayor sino única y exclusivamente la lisonja, el servilismo y la esperanza de conseguir ascensos o donativos. Tanto era así que debía vigilar para que en medio de tanta zalamería colectiva y continua no pasara inadvertida mi propia reverencia, informativa y de servicio, colocándome de tal modo que los insistentes lisonjeros no me empujaran hacia atrás, pues en tal caso el Bondadoso Señor, al no recibir a tiempo la señal convenida, habría podido desorientarse y alargar una actividad en detrimento de otro deber de igual importancia. Pero ¡quiá! Por desgracia toda mi aplicación en cumplir con mi cometido daba ínfimos resultados cuando se trataba de terminar la hora de caja e iniciar la de los ministros. La hora de los ministros estaba dedicada a los asuntos del Imperio, pero ¿qué importancia podían tener los asuntos del Imperio frente a un arca abierta, alrededor de la cual se agolpaba todo un enjambre de favoritos y elegidos? Nadie quería marcharse con las manos vacías, sin un regalo, sin un sobre, sin haber recibido algo, sin haber cobrado. Algunas veces Su Majestad respondía a

aquella avidez con una regañina bondadosa pero nunca con la ira, porque sabía que gracias al arca abierta ellos cerraban filas más prietas a su alrededor y le servían con mayor sumisión. Nuestro Emperador sabía que el saciado defendería la hartura y ¿qué mejor sitio para saciarse que palacio? Al fin y al cabo, el propio monarca cultivaba también esa hartura por la que hoy arman tanto revuelo los destructivos enemigos del Imperio.

Y te diré, amigo mío, que cuanto más lejos iba la cosa, tanto más empeoraba. Cuanto más se hundían los cimientos del Imperio, con tanta mayor violencia asaltaban el arca los elegidos. Cuanto más alto alzaban su cabeza los adversarios, tanto más afán mostraban los favoritos en llenarse la faltriquera. Cuanto más se acercaba el fin tanto más atroz se volvía el pillaje y nada frenaba la rapiña. En vez de coger el timón y desplegar las velas, pues, amigo mío, ya se veía que el barco se hundía, todos y cada uno de nuestros grandes señores llenaban sus alforjas y buscaban el apropiado bote salvavidas. Y tal fiebre se apoderó de palacio, tal rebato se desencadenó sobre el arca que incluso si alguien no se sentía tentado a amasar una fortuna, otros le animaban y hasta forzaban con tal insistencia que, finalmente, para que lo dejaran en paz y para mostrarse digno, también acababa metiéndose algo en el bolsillo. Y es que, querido amigo, todo dio un giro tan extraño que la decencia consistía en coger, mientras que el no hacerlo era una deshonra; que en el no coger se veía una cierta deformidad, una incapacidad, una impotencia penosa y digna de lástima. En cambio el que sí cogía se movía con tal expresión de cara como si quisiera presumir de sus atributos viriles y decir muy seguro de sí mismo: ¡de rodillas, nación afeminada! Todo dio un giro tan extraño que ¿cómo se me puede recriminar a mí el que en medio de aquel imperante mundo al revés cerrase con tanto esfuerzo y punible retraso la hora de caja para que el Bondadoso Señor pudiese abrir la de los ministros?

P. H-T.:

La hora de los ministros empezaba a las once y terminaba a las doce

del mediodía. Nunca hubo problema para convocarlos, pues, siguiendo la costumbre, estos dignatarios permanecían en palacio ya desde la mañana y no pocos embajadores se quejaban de que a menudo no podían visitarlos en sus despachos para arreglar con ellos algún asunto porque sus secretarios invariablemente les decían: el ministro ha sido llamado a comparecer ante el Emperador. Es cierto que al Elegido del Señor no le gustaba perder de vista a nadie; quería tener a todos a mano. El ministro que se marginaba a sí mismo de palacio no era bien visto y no duraba mucho en el cargo. Pero a los ministros –¡así Dios les valiese!ni se les ocurría tal cosa. El que llegaba a ocupar puesto tan honorable ya conocía de antemano los gustos del Monarca y por todos los medios intentaba adaptarse a ellos. El que quería escalar los peldaños de palacio, primero debía adquirir el conocimiento por vía negativa, es decir, debía saber, ante todo, lo que le estaba prohibido a él y a sus súbditos: lo que no se debía decir o escribir, lo que no se debía hacer, omitir o descuidar. Solo a partir de ese conocimiento negativo surgía el positivo, aunque este no resultaba demasiado claro y sí bastante confuso, pues los favoritos del Emperador pisaban firme en el terreno de las prohibiciones en tanto que entraban con una extraordinaria precaución o, incluso inseguridad, en el terreno de lo que había de hacerse o proponerse. Una vez allí, se mantenían a la espera de lo que pudiera decir el Excelso Señor. Y como Nuestro Señor tenía por costumbre permanecer callado, esperar y aplazar, también ellos permanecían callados, esperaban y aplazaban. De este modo, la vida de palacio, aparentemente bulliciosa y febril, en realidad estaba llena de silencios, esperas y aplazamientos. Cada ministro escogía los pasillos por los que transitar de modo que hubiera mayores oportunidades de encontrarse con Su Venerable Majestad y poder inclinarse ante él en un reverente saludo. El ministro al que le habían susurrado al oído que existía una denuncia contra él acusándolo de falta de lealtad, demostraba especial afán en escoger tales rutas. Pasaba días enteros en palacio y no cesaba de salir sumiso al encuentro con el Magnánimo Señor para probar con su constante presencia y con la disponibilidad que emanaba de su persona lo falso y maligno de aquella denuncia.

El Más Extraordinario Señor tenía la costumbre de recibir a cada ministro por separado, porque así cada dignatario tenía más

libertad para denunciar a sus colegas y gracias a ello el Monarca podía enterarse mejor del funcionamiento del aparato imperial. A pesar de que un ministro recibido en audiencia se mostraba más propenso a hablar del desorden imperante en otros ministerios que a hacerlo sobre el suyo o precisamente por eso mismo, Su Majestad, al conversar con todos los dignatarios, acababa formándose la deseada imagen de conjunto. De todas formas no tenía ninguna importancia el que el dignatario estuviera o no a la altura de su cargo, siempre y cuando demostrase una lealtad a toda prueba. El Bondadoso Señor brindaba favor y protección a ministros que no se distinguían por una mente lúcida y perspicaz, debido a que los consideraba como elementos estabilizadores de la vida del Imperio, y lo hacía de acuerdo con el siguiente principio: Nuestro Monarca, como de todos es sabido, siempre fue un acérrimo defensor de las reformas y del progreso. Toma, querido amigo, su autobiografía, dictada por él mismo en los últimos años de su vida, y verás como el Valiente Señor luchó contra la barbarie y el oscurantismo que reinaban en este país (se va a otra habitación y trae un considerable volumen editado en Londres por Ullendorff y titulado My life and Ethiopia's progress: Mi vida y el progreso de Etiopía, lo hojea un rato y prosigue). Por ejemplo, en un momento del libro Nuestro Señor recuerda que ya al principio de su carrera como Monarca prohibió que se cortasen piernas y brazos, práctica que había sido habitual como castigo por delitos e incluso faltas leves. Más adelante escribe que prohibió que continuase la costumbre consistente en que un hombre acusado de asesinato –y tal acusación era formulada por el populacho, pues no existían tribunales– debía ser descuartizado a hachazos en ejecución pública y el ajusticiamiento corría a cargo del familiar más cercano, de modo que el hijo mataba a su padre o la madre a su hijo. En su lugar Nuestro Señor introduce verdugos estatales, fija lugares específicos como patíbulos y ordena que las ejecuciones se realicen usando armas de fuego. Más adelante: con su propio dinero (hecho que subraya) compra las dos primeras imprentas y ordena que se publique el primer periódico en la historia del país. Más adelante: abre el primer banco. Más adelante: introduce en el país la luz eléctrica, primero en palacio, luego en otros edificios. Más adelante: suprime la costumbre de encadenar, a los presos y ponerles grilletes. Desde entonces los presos son vigilados por guardias pagados con dinero de la caja imperial. Más adelante: promulga un

decreto en el que condena el comercio de esclavos. Se dispone a acabar con él y fija el año 1950 como fecha tope para su total desaparición. Más adelante: por otro decreto suprime el método que se conocía aquí con el nombre de liebasha. Se trataba de cómo descubrir el paradero de los ladrones. Hechiceros daban de beber a niños pequeños misteriosas pócimas de hierbas y estos, enajenados, embriagados y guiados por fuerzas sobrenaturales, entraban en alguna casa y señalaban al ladrón, Al señalado, de acuerdo con la tradición, se le cortaban a hachazos las manos y los pies. Querido amigo, imagínate la vida en un país donde siendo del todo inocente, en cualquier momento puedes verte privado de pies y manos; que andas por la calle y un niño drogado te agarra por la pernera y acto seguido una multitud hacha en mano se dispone a mutilarte; que estás tan tranquilo en tu casa y de pronto irrumpe en ella un muchacho borracho, te sacan a rastras hasta el patio y te cortan pies y manos; solo cuando acabes de imaginarte vida semejante, comprenderás lo profundo del cambio que realizó el Venerable Señor. Y aún reformó más cosas: suprimió los trabajos forzados, trajo los primeros coches, creó correos. Mantuvo el castigo de azotar en lugares públicos pero condenó el método afarsata. Si en alguna parte se había cometido un delito, las fuerzas del orden rodeaban la aldea o pueblo y mantenían a su población sin comer hasta que alguien señalara al culpable. Pero los unos vigilaban a los otros para que nadie delatara a nadie, pues todos tenían miedo de poder ser considerados culpables; y así, vigilándose mutuamente y agarrados a su vecino, morían de hambre en masa. En eso consistía el método afarsata. Nuestro Emperador condenaba tales prácticas.

Por desgracia, guiado por el anhelo de progreso, Su Augusta Majestad cometió una imprudencia. Como en nuestro país antes no había ni escuelas públicas ni universidad, empezó a enviar gente joven al extranjero para que allí recibiera enseñanza. Al principio Nuestro Señor en persona dirigía este movimiento, seleccionando él mismo a jóvenes de familias respetables y adictas, pero más tarde –¡ay, estos tiempos modernos que tantos quebraderos de cabeza traen!– empezó a crecer de tal modo la presión para salir al extranjero que el Bondadoso Señor fue perdiendo día a día el control sobre aquella manía, falta de toda reflexión, y aquella moda de imitar como papagayos, que había enloquecido a la juventud; así que, de hecho, un número cada vez mayor de mancebos se

marchaba a estudiar ya a Europa, ya a América. Y –¿cómo no?– pasados unos años empezaron los problemas. Y todo porque Nuestro Señor, cual un mago, había liberado una fuerza sobrenatural y destructora, que no era otra que el resultado de contrastarlo todo. Aquella gente regresaba al país llena de falsos conceptos, de ideas desafectas, de ocurrencias dañinas y de proyectos descabellados y que atentaban contra lo establecido, y apenas echaban un vistazo al Imperio se llevaban las manos a la cabeza exclamando: «¡Dios santo! ¿Cómo es posible que esto exista?»

Aquí tienes, amigo mío, una prueba más de la ingratitud de la juventud. Por una parte, tanta preocupación de Su Majestad por facilitarles el acceso a la sabiduría y por otra, su pago en forma de escandalosos juicios críticos, ultrajantes pretensiones, socavamiento de la autoridad, actitud de rechazo. No resulta difícil imaginarse la amargura que estos vituperadores provocarían en Nuestro Monarca. Lo peor fue que semejantes mocosos, cargados de extravagancias ajenas a nuestras costumbres, empezaron a introducir en el Imperio un cierto desasosiego, un trasiego innecesario, un cierto desorden, un deseo de actuar en contra de la autoridad, y era entonces cuando acudían en auxilio del Gran Señor ministros que no se distinguían por su clarividencia. No, no es que vinieran en socorro suyo de forma consciente y razonada. Lo hacían más bien de manera espontánea y automática, lo que no impedía unos resultados de vital importancia para el mantenimiento de la tranquilidad dentro del Imperio. Para ello bastaba con que un favorito del Distinguido Señor promulgara un decreto estúpido. Por la fuerza de su autoridad, el decreto ponía en marcha unos mecanismos y, al hacerlo, claro está, causaba ciertos daños, provocaba desbarajuste, motivos de queja, quebraderos de cabeza, una catástrofe. Todo esto lo veían, por suerte, aquellos mocosos sabelotodo y, al imaginar los efectos fatales que se aproximaban, se lanzaban a salvar la situación, se ponían a arreglarla, empezaban a enderezar las cosas, a poner parches, a buscar remedios. Y he aquí que en vez de malgastar erróneamente sus fuerzas en un movimiento inerte hacia adelante, en vez de poner en práctica sus fantasías desorbitadas y que atentaban contra el orden, nuestros descontentos tenían que arremangarse y empezar a deshacer el entuerto. ¡Y hay que ver qué cantidad de trabajo se necesita siempre para esto! Así pues se ponen a ello, el sudor les cubre, sus nervios se desgastan, corren aquí,

echan un parche allá, y en este ir y venir febril, laborioso y ajetreado, las fantasías se evaporan poco a poco de sus calenturientas cabezas. Así es.

Y ahora, amigo mío, echemos un vistazo a lo que pasaba abajo. Allí también funcionarios imperiales de menor rango decretaban esto o aquello y el populacho se agitaba afanosamente enderezando y remediando las cosas. He aquí en lo que consistía el papel estabilizador de los favoritos escogidos por el Distinguido Señor. Al obligar a tales tareas tanto a los educados soñadores como a la ignorante plebe, aquellos cortesanos reducían a cero cualquier intento de actividad subversiva pues ¿de dónde sacar fuerzas si toda la energía se les iba en poner parches? De esta manera, querido amigo, se mantenía el bendito y justo equilibrio en el Imperio que gobernaba con sabiduría y bondad Nuestro Magnífico Señor. La hora de los ministros producía, empero, una cierta inquietud en los sumisos dignatarios, porque ninguno de ellos sabía concretamente para qué había sido convocado; y si sus palabras llegaban a disgustar a Su Ilustre Majestad o si este percibía en ellas algún engaño o artimaña podía ser relevado al día siguiente en la hora de los nombramientos. Aunque Nuestro Señor, de todos modos, tenía la costumbre de cambiar de cartera a sus ministros cada dos por tres y lo hacía para que no tuvieran tiempo de apoltronarse ni de rodearse de parientes y paisanos. El Generoso Señor quería mantener la exclusiva en los nombramientos y promociones y por eso veía con malos ojos el que algún dignatario, por su cuenta y en secreto, intentara nombrar o promocionar. Tan libre iniciativa, castigada inmediatamente, habría puesto en peligro estructuras cuidadosamente elaboradas por el Venerable Señor, al introducir en ellas una cierta irregularidad, una molesta desproporción, y Su Majestad, en vez de consagrarse a asuntos supremos, habría tenido que ocuparse en corregir y nivelar.

B. K-S.:

A las doce del mediodía, yo, como guardarropero del Tribunal Imperial, echaba sobre los hombros de Su Extraordinaria Majestad

una toga negra que le llegaba hasta el suelo. En ella embutido, el Monarca empezaba la hora del tribunal supremo y definitivo, el cual duraba hasta la una y que en nuestra lengua se denomina chelot. A Nuestro Señor le agradaba aquella hora de la justicia y cuando permanecía en la capital, nunca descuidaba sus obligaciones de juez, a costa, incluso, de otros deberes no menos importantes. De acuerdo con la tradición de nuestros emperadores, el Magnánimo Señor pasaba ese tiempo de pie, escuchando alegatos y dictando sentencias. A lo largo de nuestra historia, la corte imperial no fue sino un campamento nómada que se desplazaba de un lugar a otro, de una provincia a otra, según iban llegando los informes de los servicios secretos imperiales, cuyo cometido consistía en averiguar en qué provincia se esperaba una buena cosecha y dónde se había observado un importante incremento de rebaños. La capital ambulante del Imperio llegaba a aquellos lugares benditos y la corte imperial plantaba allí sus innumerables tiendas de campaña. Más tarde, una vez expoliado de grano y carne el fecundo lugar, la corte imperial, guiándose por nuevas informaciones del omnipresente servicio de inteligencia, alzaba el real y se trasladaba a otra provincia agraciada por abundante cosecha. Nuestra capital, Addis Abeba, fue precisamente la última parada de la corte del archifamoso emperador Menelik, quien ordenó que en este lugar se levantara una ciudad, así como el primero de los tres palacios que la adornan. En la época de la corte nómada, una de las tiendas, de color negro, era la cárcel en la que se metía a la gente sospechosa de delitos particularmente peligrosos para la existencia de la monarquía. En aquel entonces, oculto en una jaula bien tapada, pues a ningún mortal le estaba permitido contemplar el semblante del Ser Supremo, el Emperador oficiaba la hora del tribunal ante la tienda negra. En cambio, Su Majestad ejercía de tribunal supremo en un edificio anejo al palacio principal, destinado específicamente a este fin. Subido sobre una tarima, el Bondadoso Señor escuchaba de pie la causa, tal y como la presentaban las partes, y dictaba sentencia. Este modo de actuar era acorde con el proceder fijado tres mil años antes por el rey de Israel, Salomón, de quien nuestra Más Exaltada Majestad –según lo contemplaba la ley constitucional– descendía en línea directa. Las sentencias que el Monarca dictaba sobre el terreno eran irrevocables y definitivas, y cuando se trataba de penas de muerte, se ejecutaban en el acto. Este castigo caía sobre las cabezas de los conspiradores impíos y no temerosos de anatema

que hubiesen pretendido hacerse con el poder. Sin embargo, la fuerza del Señor también sabía mostrar su lado benévolo en los casos en los que –bien por un descuido de la guardia, bien gracias a una astucia asombrosa– algún ser insignificante conseguía presentarse ante el Supremo Juez y, mientras imploraba justicia, denunciar a los altos dignatarios que lo maltrataban. Entonces el Venerable Señor mandaba amonestar a los dignatarios en cuestión y al día siguiente, a la hora de la caja, ordenaba a Aba Hanna que diera al perjudicado una generosa recompensa,

M.:

A las trece horas Su Distinguida Majestad abandonaba el Palacio Viejo para dirigirse al Palacio de las Ceremonias –su residencia– con objeto de almorzar. Acompañaban al Emperador los miembros de la familia suprema y los altos dignatarios invitados para la ocasión. El Palacio Viejo no tardaba en quedar desierto, el silencio recorría los pasillos, los guardias se entregaban a la siesta de la tarde.

Ya llega, ya llega

No es raro observar el miedo que la gente tiene a caerse. Pero caerse es algo que les ocurre incluso a los mejores competidores de patinaje artístico; otro tanto sucede en la vida diaria. Lo importante es saber caer sin hacerse daño. ¿En qué consiste una caída indolora? Se trata de una caída dirigida, es decir, que al ver que perdemos el equilibrio, dirijamos nuestro cuerpo hacia el lado en que sabemos que la caída será lo menos perjudicial posible. Al caer aflojamos los músculos y nos encogemos al tiempo que nos protegemos la cabeza. Una caída que se desarrolle de acuerdo con estas indicaciones no es peligrosa. Por el contrario, el intentar evitarla a todo trance constituye a menudo la causa de caídas dolorosas, aquellas que se producen en el último instante y sin preparación,

Patinaje sobre hielo,

artístico y de velocidad, Z. OSÍNSKI, W. STAROSTA

Se promulgan demasiadas leyes, se dan demasiado pocos ejemplos.

Escritos escogidos, SAINT-JUST

Hay dos personalidades en el país de las que no se sabe nada excepto que no se las puede ofender.

Aforismos, K. KRAUS

Los cortesanos de todas las épocas experimentan una grande e imperiosa necesidad: hablar para no decir nada.

Racine y Shakespeare, STENDHAL

Y yendo tras la nada en nada se tornaron.

JEREMÍAS, 2,5

Aun en el supuesto de que todavía estéis haciendo algo bueno, habéis permanecido aquí demasiado tiempo. Así que yo os digo: iros, ya queremos perderos de vista. Por el amor de Dios, ¡marchaos!

CROMWELL, a los miembros

del Parlamento llamado Largo

F. U-H.:

Sí, corría el año sesenta. Un año terrible, amigo mío. Una maligna plaga de procesionaria anidó en la sana y jugosa fruta de nuestro Imperio, y todo se desarrolló de manera tan fatal y destructora que aquella fruta, en vez de zumo, por desgracia, chorreó sangre. Icemos las banderas a media asta e inclinemos las cabezas. Pongámonos la mano sobre el corazón. Hoy ya sabemos que presenciamos el principio del fin y que lo que vino a continuación era despiadadamente irreversible. Servía yo en aquel entonces a Su Más Sublime Majestad como funcionario del Ministerio del Ceremonial, en el departamento de Séquitos. A lo largo de los apenas cinco años de servicio riguroso e irreprochable sufrí tal cantidad de malos ratos que mi pelo se volvió completamente blanco. Y todo debido a que, cada vez que Nuestro Monarca se trasladaba al extranjero en visita oficial o abandonaba Addis Abeba para honrar con su presencia alguna provincia, el palacio se convertía en el escenario de la más feroz y encarnizada de las luchas por participar en el cortejo imperial. Aquella lucha siempre se desarrollaba en dos asaltos, a saber: en el primero, nuestros nobles dignatarios se enzarzaban en un duelo a muerte por la sola presencia en el cortejo, por quedar incluidos en la lista; y en el segundo, los que habían salido victoriosos de la eliminatoria se disputaban entre sí los puestos más dignos y relevantes dentro del séquito. La cabeza de este, sus primeras filas, no representaba para nosotros, los funcionarios, ninguna dificultad, porque allí la elección corría a cargo exclusivo del Bondadoso Señor, y cada una de sus decisiones nos la transmitía el ordenanza del Emperador por medio del gabinete del Maestro de Ceremonias. Formaban aquella cúspide los miembros de la familia imperial y del Consejo de la Corona, los ministros privilegiados así como aquellos altos dignatarios a los que el Extraordinario Señor prefería tener a mano si con anterioridad había sospechado de ellos que conspirarían contra él en la capital durante su ausencia. Tampoco se nos presentaban complicaciones a la hora de fijar la cola del cortejo, funcional y de servicio, formada por los hombres de los servicios de

seguridad, los cocineros, portacojines, guardarroperos, talegueros, mozos de cuerda, encargados de los regalos, caníferos, porteadores del trono, lacayos y criadas. Pero entre la cabeza y la cola se extendía un terreno vacío, una tierra de nadie, un lugar desocupado en la lista y justamente aquel espacio virgen era el objeto de la disputa entre favoritos y cortesanos.

Nosotros, los encargados del séquito, vivíamos como entre las piedras de un molino, esperando a ver cuál de ellas nos trituraría. Y todo porque teníamos por cometido inscribir en la lista los nombres propuestos y mandarlos a instancias superiores. Así que éramos nosotros sobre quienes se abalanzaba y a quienes atacaba la muchedumbre de los favoritos, rogando o amenazando. Unas veces escuchábamos plañidos, otras, juramentos de venganza; este suplicaba misericordia, aquel ofrecía dinero; uno prometía montañas de oro, otro amenazaba con denuncias. Los protectores de los favoritos llamaban por teléfono sin cesar y cada uno de ellos exigía una buena colocación para su protegido; y hay que ver cómo se ponían, las amenazas que proferían. No debe, sin embargo, resultar extraño semejante comportamiento desde el momento en que actuaban bajo presión; los presionaban sin tregua los de abajo y ellos mismos hacían otro tanto entre sí para evitar la enorme humillación que hubiera supuesto que un protector hubiese colocado a su favorito mientras que otro no lo conseguía. Sí, las ruedas del molino se ponían en marcha y a nosotros, funcionarios del séquito, nos salían canas en nuestras atormentadas cabezas. Cada uno de aquellos poderosos protectores podía hacernos papilla, pero ¿acaso era culpa nuestra que fuera imposible meter en un séquito a todo el Imperio? Cuando ya todo el mundo se había colocado con mejor o peor suerte, cuando la lista se había consolidado quedando más o menos ordenada, empezaba una nueva ronda de luchas por desplazar, por adelantarse, a codazos, minando, socavando; surgían nuevas disputas y enfados. Porque los de abajo querían subir; quien ocupaba el puesto cuarenta y tres, aspiraba al veintiséis, el setenta y ocho ansiaba el treinta y dos, el cincuenta y siete trepaba hacia el veintinueve, el sesenta y siete iba directo por el treinta y cuatro, el cuarenta y uno empujaba para situarse en el treinta, el veintiséis contaba con llegar al veintidós, el cincuenta y cuatro le ponía la zancadilla al cuarenta y seis, el treinta y nueve se colocaba subrepticiamente delante del veintiséis, el sesenta y tres

apuntaba hacia el cuarenta y nueve, y así, hacia arriba, subiendo sin parar. Un ambiente febril y ciego se adueñaba de palacio, un incesante ir y venir por los pasillos, un hervor de camarillas, y todo porque se confeccionaba la lista del séquito y la corte entera no se ocupaba de otra cosa hasta el momento en que por salones y despachos, se esparcía la noticia de que el Distinguido Señor había atendido al contenido de la lista, introducido algunos retoques irrevocables y dado su visto bueno. Ahora ya nada se podía cambiar y todo el mundo sabía qué lugar le correspondía. Y era fácil reconocer a los que habían sido llamados a tomar parte en el séquito por su manera de andar y hablar, pues con tal motivo enseguida se formaba, aunque efímera, una jerarquía ocasional, la cual empezaba a coexistir con la de los accesos y la de los títulos, porque nuestro palacio no era sino un manojo, todo un abanico de jerarquías, y si alguien caía de una de sus varillas, no por eso dejaba de mantenerse firme en otra o incluso ascender en una tercera; y así cada cual encontraba su propia satisfacción y se llenaba de orgullo. Del que veía su nombre apuntado en la lista otros decían con admiración y envidia: «¡Mirad, este formará parte del séquito!» Y si participaba de tal distinción muchas veces, el dignatario en cuestión acababa por convertirse en un veterano de la corte rodeado del máximo respeto.

Toda actividad que girase en torno a la cuestión séquito se intensificaba súbitamente cada vez que Su Majestad se disponía a viajar al extranjero, viajes de los que se volvía con espléndidos presentes y honrosas distinciones; y fue precisamente entonces, a fines del año sesenta, cuando el Emperador se preparaba para su visita al Brasil. En la corte no se hablaba de otra cosa que de los banquetazos que allí se celebrarían, de cuánto se podría comprar y de cómo llenarse los bolsillos, con lo cual se inició tal pugilato por un puesto en el séquito, un duelo tan enconado y feroz que nadie se dio cuenta de que en el seno de palacio se estaba fraguando una conspiración terrible. Aunque ¿de veras puede decirse que nadie, amigo mío? Más tarde se supo que Makonen Habte-Wald ya para entonces se había olido algo. Olió, pilló y denunció. Era un personaje extraño el difunto Makonen. Ministro, elegido del Monarca, que disponía de tantos accesos como quisiera, verdadero valido del Emperador y, al mismo tiempo, dignatario que nunca pensó en llenar su bolsa. Pero Nuestro Señor, aunque le disgustaba

tener santos en su círculo de allegados, le perdonaba esta debilidad porque sabía que aquel favorito tan raro no tenía tiempo para preocuparse por su bolsillo, pues todo él vivía con un único propósito: ¡servir al Emperador lo mejor posible! Makonen, amigo mío, fue un asceta del poder, un consagrado a palacio. Vestía trajes viejos, se desplazaba en un Volkswagen viejo, vivía en una casa vieja. El Bondadoso Señor quería a la familia de Makonen, sencilla y procedente de las clases bajas de la sociedad, y a uno de sus hermanos, de nombre Aklilu, le otorgó la dignidad de primer ministro, y a otro, llamado Akalu, lo nombró ministro. El propio Makonen también era ministro, de Industria y Comercio, pero este cargo lo desempeñaba con poca frecuencia y a disgusto. Dedicaba todo su tiempo a perfeccionar su red privada de confidentes y en ello gastaba todo el dinero que poseía. Makonen llegó a crear un Estado dentro del Estado; tenía a su gente en todas y cada una de las instituciones, en el ejército y en la policía. Trabajaba día y noche recogiendo y ordenando denuncias, dormía poco, tenía las facciones ajadas y parecía una sombra. Se consumía en esta actividad, pero lo hacía en silencio, a oscuras como un topo, sin escenificaciones, sin alardes, de una forma gris, con acrimonia, oculto en la penumbra, todo él como una gran penumbra. Intentó penetrar lo más profundamente posible en otras redes de información que hacían competencia a la suya, detectando en ellas el olor a puñal y a traición, y –como se ha demostrado ahora– el instinto no le falló; acertó al aplicar el principio de Su Majestad, según el cual si uno agudiza mucho su sentido del olfato, detectará peste en todas partes. Sí...

F. U-H. me dice a continuación que en el armario de Makonen, en el archivo privado de aquel fanático coleccionista de denuncias, de repente empezó a cobrar volumen la carpeta que llevaba el nombre de Germame Neway. Es curiosa la vida de las carpetas, añade. Las hay que durante años enteros vegetan sobre un estante, delgadas y descoloridas como hojas secas; cerradas, cubiertas de polvo, esperando en el olvido el día en que, intocadas, finalmente se romperán y se echarán al fuego. Estas son las carpetas de los hombres leales, las de los que han llevado una vida ejemplar y de entrega al Emperador. Abramos una por el apartado «Actos cometidos»: nada, negativo. Abrámosla por el de

«Manifestaciones verbales»: ni un miserable papel. Bueno, sí hay uno, pero en él el ministro de la Pluma ha escrito por orden del Venerable Señor: fatina bere, que quiere decir «garabato», «ensayo de la pluma». Eso significa que el Emperador ha considerado la anotación como un intento de hacerse profesional por parte de algún joven empleado de Makonen que todavía no ha aprendido cuándo y a quién se puede denunciar. O sea, sí hay un papel pero sin validez, como un pagaré tachado. También ocurre que una carpeta, amarillenta y delgada durante años, revive en un momento dado, resucita, empieza a ganar peso, engorda. Una carpeta así empieza a oler mal. Se trata de ese conocido olor que emana del lugar donde se ha cometido una deslealtad. Makonen tiene una nariz muy sensible a este aroma. Empieza a seguir la pista, investiga, dobla la vigilancia. A menudo la vida de la carpeta que se ha movido y que ha aumentado de peso termina de una manera igual de violenta que la de su protagonista. Desaparecen ambos: él, de este mundo; la carpeta, del armario de Makonen.

En este asunto existe como una especie de proporción inversa de tamaños. El que en el curso de su lucha contra palacio se agota, adelgaza y consume tendrá una carpeta cada vez más abultada. Por el contrario, el que hunde firmemente sus cimientos en la fidelidad a Su Majestad y con dignidad engrosa su cúmulo de favores no pasará de tener un expediente tan fino como la membrana de una vejiga. Como ya he mencionado, Makonen se dio cuenta de que la carpeta de Germame Neway había empezado de repente a hincharse. Germame procedía de una familia noble y adicta a la corona, y cuando terminó el colegio, el Bondadoso Señor lo envió con una beca a los Estados Unidos. Allí acabó una carrera universitaria y regresó al país a la edad de treinta años. Viviría aún otros seis.

A. W.:

¡Germame! Germame, Míster Richard, pertenecía a ese grupo de gentes subversivas que al volver al Imperio se echaban las manos a la cabeza. Pero lo hacían en secreto, mientras que de cara al exterior se mostraban leales y decían lo que en palacio se esperaba que dijeran. Y Su Augusta Majestad –¡oh, cuánto se lo reprocho

ahora!– se dejaba llevar por aquello. Cuando Germame se presentó ante él, el Gran Señor lo miró con buenos ojos y lo nombró gobernador de una región de la sureña provincia de Sidamo. Allí la tierra es fértil y el café abundante. Al enterarse de este nombramiento, todos dijeron en palacio que nuestro Todopoderoso Soberano le había abierto al joven el camino a los más altos honores. Una vez recibida la bendición imperial, Germame partió a su destino y al principio no se volvió a oír hablar de él. Ahora no le quedaba más que esperar pacientemente –y la paciencia era una virtud que se preciaba mucho en palacio– a que el Bondadoso Señor le llamara ante sí y lo ascendiera un grado más. Pero ¡quiá! Transcurrido algún tiempo, de Sidamo empezaron a llegar dignatarios locales. Llegaban y merodeaban cautelosos por palacio, preguntando a unos primos por aquí, a unos conocidos por allá si era viable una denuncia contra el gobernador. Es un asunto muy delicado, Mister Richard, eso de formular una denuncia contra un superior. No habría sido prudente ir directamente al grano, disparar al buen tuntún, pues podía resultar que el gobernador contara con un poderoso protector en palacio y que este se enfureciese, considerase unos alborotadores a los dignatarios y acabase volcando todo su enfado sobre ellos. Así que, primero con medias palabras y a media voz y luego cada vez con mayor atrevimiento, aunque todavía de manera informal, así como quien solo desea mantener una conversación, empezaron a informar de que Germame aceptaba sobornos y los utilizaba para construir escuelas. Ahora intente imaginarse la desazón de aquellos personajes. Porque es obvio y comprensible que un gobernador recaudara tributos y que los demás dignatarios hicieran otro tanto. El poder genera dinero; siempre fue así desde que existe el mundo. Pero he aquí que aparecía una anomalía: un gobernador que entregaba el tributo para la construcción de escuelas. Y el ejemplo que viene desde arriba es una orden para los subordinados, lo que significaba que ¡todos los gerifaltes debían desprenderse de lo que recaudaban, donándolo para la construcción de escuelas! Y ahora dejemos volar por un momento nuestra imaginación y admitamos la infame posibilidad de que en otra provincia aparezca otro Germame haciendo lo mismo. Enseguida tendremos una rebelión de mandamases locales protestando de aquellos métodos y, a continuación, llegaría el fin del Imperio. Una bella perspectiva: primero unos cuantos céntimos y, al final, la caída de la monarquía.

¡No, señor! Todos en palacio dijeron: «¡Eso sí que no!» Y sucedió una cosa extraña, Mister Richard, Su Venerable Majestad no dijo nada. Lo escuchó todo y no dijo nada. Guardó silencio, lo cual significaba que le daba otra oportunidad. Pero Germame ya no sabía volver al camino de la obediencia. Transcurrido algún tiempo, los nobles de Sidamo aparecieron de nuevo. Llegaron con la información de que Germame había ido demasiado lejos: había empezado a repartir tierras sin cultivar entre los campesinos que no tenían absolutamente nada, violando así la ley de la propiedad. Germame resultaba ser un comunista. Un asunto sumamente grave, señor mío. Hoy repartía tierras de nadie, mañana arrebataría las suyas a los terratenientes; empezaría por las fincas pequeñas y ¡terminaría distribuyendo el patrimonio imperial! Esta vez el Bondadoso Señor no podía guardar silencio por más tiempo. Germame fue llamado a la capital para la hora de los nombramientos y enviado como gobernador a Djidjiga, donde no podría hacer reparto de tierras porque aquella región está habitada solo por nómadas. En el curso de la ceremonia Germame osó cometer un desacato que debería haber despertado en Su Augusta Majestad la máxima alerta: tras oír su nombramiento no besó la mano del Monarca. Por desgracia...

A continuación A. W. afirma que fue precisamente a partir de entonces cuando Germame organizó el complot. Odiaba a aquel hombre pero lo admiraba. Había algo en él que atraía a los demás. Una fe ardiente, el don de convencer, el valor, la resolución, la inteligencia. Gracias a estos rasgos, su personalidad destacaba sobre el fondo gris de la masa servil y temerosa de conformistas y aduladores que llenaban palacio. La primera persona a quien Germame se ganó para llevar a cabo su plan fue su hermano mayor, el general Mengistu Neway, comandante en jefe de la guardia imperial, un oficial de temperamento intrépido y un hombre de extraordinaria belleza. Más tarde los dos hermanos se ganaron al jefe de la policía imperial, el general Tsigüe Dibou y poco después al jefe de la seguridad de palacio, el coronel Workneh Gebayehu, y a otras personalidades del círculo más próximo al Emperador. Actuando en la más estricta clandestinidad, los conspiradores crearon un consejo revolucionario, que en el momento del golpe contaba con veinticuatro personas. En su mayoría eran oficiales de la guardia imperial de élite y

del servicio de inteligencia de palacio. Mengistu, que contaba cuarenta y cuatro años, era el hombre de más edad en aquel grupo, pero Germame, más joven que él, mantuvo su condición de jefe hasta el final.

A.W. sostiene que Makonen empezó a sospechar algo y que informó al Emperador. Haile Selassie convocó entonces al coronel Workneh y le preguntó qué había de verdad en todo aquello, a lo que este contestó que nada en absoluto. Workneh pertenecía al grupo de los allegados al Emperador, quien lo había sacado de los bajos fondos de la sociedad para introducirlo directamente en los salones de palacio, y tenía depositada en él una confianza sin límites; tal vez fuera la única persona a la que realmente creía, aunque solo fuese por un cierto confort mental: el sospechar de todo el mundo es agotador; hay que confiar en alguien para poder descansar. El Emperador no dio fe a los informes de Makonen también porque en aquella época sospechaba de complot no por parte de los hermanos Neway sino por la del dignatario Endelkachew, que había mostrado síntomas de una cierta debilidad liberal, de una cierta flojedad en el ejercicio de su cargo, desgana generalizada y algo así como una sensación de desaliento. Manteniéndose firme en esta sospecha incluyó a Endelkachew entre los de su séquito para no perderlo de vista durante la visita al Brasil. Los detalles de lo que ocurrió a continuación se encuentran en las declaraciones que el general Mengistu prestara más tarde ante el consejo de guerra. Tras la partida del Emperador, aquel distribuyó armas entre los oficiales de su guardia y les mandó esperar órdenes posteriores. Era un martes, trece de diciembre. Aquel día por la noche, en la residencia de la emperatriz Menen se reunió en una cena la familia de Haile Selassie así como un grupo de dignatarios del más alto rango. En cuanto se sentaron a la mesa, llegó un enviado de Mengistu con la noticia de que el Emperador se había encontrado repentinamente indispuesto en el avión, que estaba muriéndose y que se pedía a todos que se reunieran en palacio para analizar la situación. Nada más llegar al lugar de la cita fueron detenidos. Al mismo tiempo, oficiales de la guardia llevaban a cabo otras detenciones en los domicilios de diferentes dignatarios. Pero, como suele suceder en situaciones de tanta tensión, se olvidaron de muchos. Algunos consiguieron abandonar la ciudad u ocultarse en casas de amigos. Por añadidura, los golpistas cortaron demasiado tarde las líneas telefónicas, y la gente del Emperador empezó a comunicarse y a organizarse. Ante todo aquella misma noche informaron del golpe al Emperador por medio de la Embajada Británica. Haile Selassie

interrumpió la visita y emprendió el camino de vuelta, aunque sin darse demasiada prisa, a la espera de que la revolución fracasara por sí sola. Al día siguiente, al mediodía, el hijo mayor del Emperador y heredero del trono, Asfa Wossen, leyó por la radio una proclama en nombre de los sublevados. Asfa Wossen era un hombre débil, sumiso, sin ideas propias. Existía entre él y su padre una cierta animosidad mutua; se rumoreaba que el Emperador tenía serias dudas de que realmente fuera hijo suyo. Algo no le encajaba entre las fechas de sus viajes y la del feliz día en que la emperatriz fue bendecida con su primer descendiente. Más tarde el joven señor, de cuarenta y seis años, se justificó ante el severo padre diciendo que los rebeldes lo habían obligado a leer la proclama apuntándole en la sien con una pistola. «En los últimos años –Asfa Wossen leía lo que había escrito Germame– un estancamiento general se ha apoderado de Etiopía. Una atmósfera de descontento y decepción ha ido en aumento entre los campesinos, los comerciantes y los funcionarios, entre el ejército y la policía, entre la juventud que estudia, entre la sociedad entera... No se ve el progreso en ningún campo. Las causas de esta situación estriban en que un puñado de dignatarios se ha encerrado en un círculo de egoísmo y nepotismo en vez de trabajar por el bien de todos. El pueblo de Etiopía ha estado esperando el día en que la miseria y el atraso quedarían desterrados, pero nada se ha realizado de entre el inmenso cúmulo de promesas. Ningún otro pueblo ha demostrado tanta paciencia...» Asfa Wossen anunció que se había constituido un gobierno popular encabezado por él mismo. Sin embargo, en aquellos tiempos eran pocos los que disponían de radio, y las palabras de la proclama quedaron ahogadas por el silencio. La ciudad permanecía tranquila. El comercio prosperaba, en las calles reinaban el bullicio y desorden habituales. La mayoría de la gente no había oído hablar de nada, otros no sabían qué pensar de todo aquello. Para ellos se trataba de un asunto de palacio y este siempre había permanecido inaccesible, inalcanzable, impenetrable, incomprensible y como situado en otro planeta. Aquel mismo día Haile Selassie voló hasta Monrovia, desde donde se comunicó por radio con su yerno, el general Abiye Abebe, gobernador de Eritrea. A aquellas horas el yerno ya había entablado conversaciones con el grupo de generales que preparaba el ataque a los golpistas desde las bases militares situadas en las afueras de la ciudad. El grupo en cuestión estaba encabezado por los generales Merid Mengesha, Assefa Ayena y Kebede Gebre, todos ellos emparentados con el Emperador. Aclara A.W. que el golpe había sido protagonizado por la guardia y que entre esta y el ejército existía un

fuerte antagonismo. La guardia era culta y estaba bien pagada mientras que el ejército era ignorante y pobre. En aquella ocasión los generales aprovecharon dicho antagonismo para lanzar al ejército contra la guardia. Decían a los soldados: la guardia quiere el poder para explotaros. Aunque cínico, lo que decían convenció al ejército. Los soldados gritaban: ¡Queremos morir por el Emperador! Un gran fervor se había apoderado de los destacamentos que no tardarían en enfrentarse con la muerte.

Llega el jueves, tercer día del golpe, los regimientos al mando de generales leales ocupan los suburbios de la capital. Hay vacilaciones en el campamento rebelde. Mengistu no da la orden de defenderse; quiere evitar un baño de sangre. La ciudad todavía está tranquila, el tráfico se desarrolla con normalidad. Un avión la sobrevuela lanzando octavillas con el texto del anatema con que ha fulminado a los golpistas el patriarca Basilios, jefe de la Iglesia y amigo del Emperador. Mientras tanto este último se ha trasladado en avión desde Monrovia (Liberia) a Fort Lamy (Chad). Allí recibe un mensaje de su yerno informándole de que puede llegar hasta Asmara, donde reina la calma y todo el mundo espera sumiso. Pero en su DC-6 se estropea un motor. El Emperador decide que volarán con solo tres. Al mediodía Megistu llega a la universidad y se reúne con los estudiantes. Les enseña un mendrugo de pan. «Esto –dice– es lo que les hemos dado de comer hoy a los dignatarios para que se enteren de qué se alimenta nuestro pueblo. Tenéis que ayudarnos.» En la ciudad se oyen disparos. La batalla por Addis Abeba comienza. Centenares de personas mueren en las calles.

El viernes, dieciséis de diciembre, es el último día de la sublevación. Desde primeras horas de la mañana destacamentos del ejército luchan con la guardia. Por la tarde empieza el asedio a palacio, donde se ha atrincherado el consejo revolucionario. El asalto lo da un batallón de tanques al mando de otro yerno del Emperador y el capitán Deredji Haile Mariama. «¡Rendíos, perros!», grita desde la torreta de un tanque. Cae atravesado por una ráfaga de ametralladora. En el interior de palacio estallan los obuses de la artillería. Pasillos y habitaciones se llenan de estruendo, humo y llamas. Resulta imposible seguir defendiéndose. Los rebeldes irrumpen en el salón verde, donde desde el martes se encuentran detenidos los dignatarios de la corte imperial. Abren fuego sobre ellos. Mueren los dieciocho hombres más próximos al Emperador. Los promotores del complot abandonan ahora el palacio y

la ciudad, dirigiéndose hacia los bosques de eucaliptos que cubren los altos de Entoto. La noche se acerca. El avión con el Emperador a bordo aterriza en Asmara.

A. W.:

Oh, sí, Míster Richard, aquel día del juicio nuestro pueblo leal y vasallo dio al Venerable Señor una muy grata prueba de su devoción. Porque cuando aquellos infieles, vencidos sin remedio, abandonaron palacio y huyeron en desbandada hacia los bosques cercanos, el vulgo, enardecido por Nuestro Patriarca, se lanzó en su persecución. Nada de tanques ni de cañones, amigo mío, todos asían lo que tenían más a mano y se unían a los perseguidores. Palos, piedras, cuchillos y lanzas: todo entró en acción. La gente de la calle, a la que el Dadivoso Señor colmaba de limosnas tan generosas, se entregó con verdadero afán y odio a la tarea de romper las cabezas desquiciadas de aquellos calumniadores rebeldes que querían arrebatarle su Dios y ofrecerle no se sabe qué vida. Porque si Nuestro Señor llegara a faltar ¿quién le repartiría los óbolos y quién la conhortaría con palabras de consuelo?

Así que, siguiendo el rastro de sangre de los fugitivos, la ciudad arrastró tras de sí al campo, y podía verse cómo los lugareños, apoderándose de lo que tenían a su alcance, aquel un palo, este un cuchillo, y, maldiciendo a los infames, también se lanzaban a la lucha, porque querían lavar la afrenta de la que era víctima el Magnánimo Señor. Rodeadas, las hordas de la guardia se defendieron en los bosques hasta que se les acabaron las municiones, pero luego parte de ellas se rindió y parte murió a manos de los soldados o del pueblo llano. Tres o, tal vez, cinco mil de aquella gente dio con sus huesos en la cárcel y otros tantos cayeron allí mismo para gran júbilo de hienas y chacales, que acudían a aquellos bosques aun de lugares muy remotos para saciar su hambre de carroña. Incluso mucho tiempo después en aquellos parajes resonaba aún durante noches enteras el aullido y la risa de las alimañas. Y los que ultrajaron la dignidad de su Extraordinaria Majestad, amigo mío, fueron derechos al infierno. El general Dibou,

por ejemplo: este cayó ya durante el asalto a palacio, y su cuerpo fue colgado por el vulgo en la puerta de entrada a la Primera División. Ocurrió que el coronel Workneh, habiendo podido abandonar palacio, consiguió alcanzar las afueras de la ciudad, pero allí lo rodearon; querían apoderarse vivo de él. Pero él, Mister Richard, no se dejó coger. Disparó hasta el final. Todavía mató a unos cuantos soldados, y cuando le quedó una sola bala, la última, se metió el cañón de la pistola en la boca, apretó el gatillo y cayó muerto. Su cuerpo lo colgaron de un árbol, frente a la catedral de San Jorge. No deja de ser extraño, pero Nuestro Señor nunca acabó de dar crédito a la traición de Workneh. Transcurrido algún tiempo se rumoreaba que llamaba a su dormitorio a los que estaban de servicio y les ordenaba traerle al coronel.

Su Majestad llegó a Addis Abeda desde Asmara el sábado por la noche, cuando todavía había tiroteos por la ciudad y en las plazas se ejecutaba a los traidores. Sobre su imperial rostro pudimos contemplar la pena, el cansancio y la tristeza causados por el daño que le habían hecho. Iba en su automóvil, flanqueado por una columna de tanques y carros blindados. La ciudad entera salió a la calle para rendirle un homenaje humilde y suplicante. Y toda ella se puso de rodillas y postró sus cuerpos, y yo, también prosternado entre la multitud, pude oír sus gemidos y gritos de horror, sus suspiros y exclamaciones. Nadie se atrevía a mirar a la cara del Venerable Señor, y ante la puerta principal de palacio el príncipe Kassa, aunque inocente, pues había peleado y tenía sus manos limpias, besó las botas del Emperador, Aquella misma noche Nuestro Todopoderoso Soberano mandó matar de un tiro a sus queridos leones, que, en lugar de defender la entrada a palacio, habían dejado que se introdujeran en él los traidores.

Y ahora preguntarás por Germame. Ese espíritu maligno, junto con su hermano y un tal capitán Baye de la guardia imperial, huyó de la ciudad y consiguió permanecer oculto una semana, Los tres podían moverse solo durante la noche porque inmediatamente se fijó una recompensa de cinco mil dólares por sus cabezas, con lo cual todo el mundo se lanzó en su busca, pues se trataba de muchísimo dinero. Intentaron alcanzar el Sur; seguramente querían llegar a Kenia. Pero al cabo de una semana, cuando se ocultaban entre unos arbustos, sin haber probado bocado en varios días y muertos de sed

–puesto que no se atrevían a hacerse presentes en ningún poblado en busca de agua y comida– fueron rodeados por unos campesinos, que los acorralaron como a alimañas a las que se quiere dar caza. Y fue entonces, según declararía Mengistu, cuando Germame decidió acabar con todo. Según la misma declaración, había comprendido que se había adelantado a la historia, que había ido demasiado de prisa en relación con otros y que si alguien, con las armas en la mano, aventaja a esta por un paso, debe morir. Por eso seguramente prefirió decidir la propia muerte y la de todos ellos. Así que, cuando ya los campesinos estaban a punto de atraparlos, Germame disparó primero sobre Baye, luego, sobre su hermano y finalmente él mismo se pegó un tiro. Los campesinos pensaron que la recompensa se les había ido de las manos, pues se daba por entregarlos vivos, y mira por dónde, amigo mío, de pronto no veían sino tres cadáveres. Sin embargo, solo Germame y Baye estaban muertos. Mengistu, un bulto inerte, cuya cara aparecía bañada en sangre, aún respiraba. De prisa y corriendo los llevaron a la capital y trasladaron a Mengistu a un hospital. Se informó de lo sucedido a Su Majestad, quien, tras escuchar todo, dijo que quería ver el cuerpo de Germame. Satisfaciendo este deseo, se trajo el cadáver a palacio dejándolo abandonado en la escalinata que conducía a la entrada principal. Entonces el Bondadoso Señor salió de palacio y durante un buen rato permaneció inmóvil contemplando aquel cuerpo exánime. Mientras lo miraba guardó silencio; la gente que se encontraba junto a él no le oyó pronunciar palabra. Luego se estremeció y volvió sus pasos hacia el interior no sin antes ordenar a los lacayos que cerraran la puerta principal. Más tarde vi el cuerpo de Germame colgado de un árbol, frente a la catedral de San Jorge. Se había congregado allí una multitud de gente que, escarneciendo a los traidores, aplaudía y profería groseros gritos. Pero todavía quedaba Mengistu. Este, tras salir del hospital, compareció ante un consejo de guerra. Durante el juicio se comportó lleno de soberbia y, contrariamente a las costumbres de palacio, no mostró humildad alguna ni tampoco manifestó ningún deseo de conseguir con súplicas el perdón del Egregio Señor. Dijo que no temía a la muerte porque desde el momento en que había decidido enfrentarse a la injusticia y participar en el complot sabía que se exponía a morir. Añadió que había querido hacer un revolución y también que él no la vería pero que entregaba su sangre para que de ella naciera el árbol frondoso de la justicia. Lo

ahorcaron el treinta de marzo, al amanecer, en la plaza del mercado. Junto con él ahorcaron a otros seis oficiales de la guardia. Estaba irreconocible. El disparo de su hermano le había arrancado un ojo y desfigurado toda la cara, que ahora se veía cubierta por una barba negra y descuidada. El ojo restante, bajo la presión de la soga, colgaba fuera de la órbita.

Cuentan que durante los primeros días de la vuelta del Emperador el palacio fue escenario de una agitación extraordinaria. Los limpiadores fregaban los suelos rascando de los parqués las manchas de sangre que habían penetrado en la madera, los lacayos descolgaban las cortinas chamuscadas y hechas jirones, montones de muebles rotos y baúles llenos de casquillos de bala llenaban camiones por entero, los vidrieros colocaban cristales y espejos nuevos, los albañiles enyesaban las paredes dañadas por los impactos de las balas. Poco a poco iba desapareciendo la peste a quemado y el olor a pólvora. Durante mucho tiempo se celebraron los entierros de aquellos que habían abandonado este mundo manteniéndose leales hasta el final; mientras tanto, los cuerpos de los sublevados fueron enterrándose de noche y en lugares ocultos y desconocidos. Las más numerosas fueron las víctimas casuales: en las luchas callejeras murieron cientos de niños que habían acudido a verlas, de mujeres que iban al mercado, de hombres que se dirigían al trabajo o que, sencillamente, se calentaban al sol. Ahora los tiroteos habían cesado; el ejército patrullaba las calles de una ciudad que, con retraso y ya post factum, empezaba a vivir el shock y los momentos de horror. Siguen contando y explican que llegaron entonces las semanas con el terror de las detenciones, de los registros agotadores, de los interrogatorios brutales. La inseguridad y el miedo lo dominaban todo; la gente se hablaba al oído, corrían rumores de boca en boca y se recordaba los detalles del golpe, añadiendo cada uno de su cosecha lo que podía, en la medida de su fantasía y valor, y, además, añadiéndolo a escondidas, pues toda discusión acerca de lo sucedido estaba oficialmente condenada, y la policía –con la que nunca deben gastarse bromas, incluso cuando ella misma anima a hacerlo, cosa que, por lo demás, tampoco fue el caso– al querer verse libre de toda sospecha de participación en la conjura, se volvió más peligrosa y eficaz que nunca. Además, no faltaron voluntarios que abastecieran las comisarías de clientes temblorosos de miedo.

Todo el mundo estaba a la expectativa de qué haría el Emperador y de cómo sería su mensaje, aparte del que había transmitido a su vuelta a la capital, asustada y marcada por la traición, mensaje en el que había expresado su dolor y su pena por aquel puñado de ovejas descarriadas que, por abandonar el rebaño, había perdido el camino en medio de un desierto pedregoso portador de un estigma de sangre.

G. O-E.:

Si mirar a los ojos del Emperador siempre había sido muestra de osadía merecedora del mayor castigo así como un comportamiento contrario a toda tradición, entonces, después de lo que había ocurrido, ni al más audaz de palacio se le habría ocurrido aventurarse a tamaño arrojo. Todo el mundo se sentía avergonzado por haber permitido que se fraguara el complot y tenía miedo de la justa ira de Su Majestad. Y esa entre avergonzada y medrosa imposibilidad de mirarse el uno al otro se apoderó de todos, porque al principio nadie sabía cuál era su situación; es decir, a quién reconocería en lo sucesivo el Emperador y a quién rechazaría, la lealtad de quién iba a dar por probada y a quién iba a repudiar por desleal, a quién prestaría su oído benévolo y a quién privaría de distinguirlo con su trato personal, y por eso todos y cada uno, inseguros y desconfiando de los demás, preferían no mirar a los ojos de nadie, así que el palacio entero se llenó de ojos que no miraban, de miradas que no veían, que se clavaban en el suelo, que erraban por los techos, que contemplaban la punta de los zapatos o se escapaban por las ventanas. Si en aquellos momentos yo me hubiese dispuesto a observar a alguien, enseguida habría despertado en él un pensamiento receloso e interrogante: ¿por qué me mira con tanta atención?, ¿por qué sospecha de mí?, ¿de qué me quiere acusar?, y para adelantarse a mi supuesto empeño por mostrar mi lealtad, el hombre a quien yo contemplara sin la menor intención, por pura curiosidad o simple distracción, no creería en ninguna de estas cosas; antes bien, oliéndose una acusación, respondería a mi afán con el suyo, pero multiplicado por dos, y correría a sacudirse hasta la última mota de polvo, pero ¿cómo podía entonces hacerlo uno sino ensuciando a aquel de quien se sospechaba que quería

ensuciarnos a nosotros? Sí, el simple acto de mirar era una provocación, un chantaje; todo el mundo tenía miedo a levantar la vista y descubrir un ojo chispeante y asesino en algún lugar del espacio, en un rincón, detrás de una cortina o asomando por una rendija. Además, como el trueno en la adusta nube, en el denso aire de palacio quedaba suspendida latiendo la pregunta de ¿quién fue el culpable, quién había conspirado? Todos estaban en realidad acusados, y, además, con razón, habida cuenta de que los tres hombres más próximos a Nuestro Señor, aquellos en los que más confiaba, aquellos a los que consideraba como a sus propios hijos y de los que se había sentido tan orgulloso, le habían puesto una pistola en la sien. Al fin y al cabo, Mengistu, Workneh y Dibou habían pertenecido a ese puñado selecto de elegidos que en cualquier momento podía acercarse al Venerable Señor y que incluso disfrutaba –en caso de necesidad– del derecho a entrar en su dormitorio e interrumpir su sueño. Intenta imaginarte ahora, amigo mío, con qué sensación se acostaría en su lecho Su Bondadosa Majestad a partir de entonces, sin saber nunca si se despertaría a la mañana siguiente. ¡Ay, qué carga tan ingrata, qué disgustos y contrariedades conlleva el ejercicio del poder!

Y ¿cómo salvarse uno de toda sospecha? No existía tal salvación. Cualquier comportamiento, cualquier modo de actuar no hacía sino robustecerla, hundiéndonos cada vez más. ¡Ay de nosotros si nos dispusiéramos a dar explicaciones! Enseguida surgirá la pregunta: «¿Por qué ese empeño en dar tantas explicaciones, hijo mío? Se diría que tienes sobre tu conciencia algo que quisieras ocultar. Por eso te justificas tanto.» O, decididos a mostrarnos dispuestos y diligentes en prueba de buena voluntad, no tardaríamos en oír el comentario: «¿Por qué ese afán en demostrarnos algo? Se ve que quiere ocultar su vileza y sus malas intenciones mientras solo piensa en cómo agazaparse.» Peor, una y mil veces. Y –como digosospechosos éramos todos, todos estábamos acusados por más que el Magnánimo Señor nunca lo dijera abiertamente ni en voz alta, pero el recelo se adivinaba en sus ojos, en cómo miraba a sus súbditos, de manera tal que cada uno de nosotros se encogía, se postraba en tierra y pensaba despavorido: «Es una acusación.» El aire se volvió pesado y denso, la presión, baja, desalentadora y enervante; cayeron las alas de antaño, algo se rompió, se resquebrajó en nuestro interior. Nuestro Perspicaz Señor sabía que,

tras semejante sacudida, parte de la gente empezaría a desmoronarse, caería en un sombrío y agrio marasmo, perdería ímpetus, sucumbiría en medio de dudas y de preguntas, de desconfianza y desasosiego, sintiéndose desfallecer y desintegrarse, y por eso dispuso en palacio la iniciación de un largo proceso de purgas. No se trataba de una purga inmediata y total, puesto que el Emperador era contrario a toda violencia despiadada y ruidosa, sino más bien de una sustitución dosificada y calculada, que mantenía en vilo y en estado de miedo permanente a los cortesanos de siempre, al tiempo que abría el palacio a gente nueva, que no eran más que hombres que querían vivir bien y hacer carrera. Llegaban allí procedentes de todo el país, recomendados por los gobernadores de confianza del Emperador. Desconocidos en su mayoría de la aristocracia capitalina y despreciados por ella a causa de su condición humilde, su falta de buenos modales y su escasa capacidad intelectual, sentían miedo y desconfianza hacia los salones de la corte. Por eso no tardaron en constituirse en nueva camarilla, muy apegada a la persona del Más Extraordinario Señor. La gracia llena de bondad del Venerable Soberano les hacía sentirse todopoderosos, sensación embriagadora y a la vez arriesgada para todo aquel que pretendiera enturbiar el sereno ambiente crepuscular de un salón aristocrático o que irritara con su prolongada presencia o su machaconería a la compañía selecta que allí se reunía. Oh sí, se necesitaba una gran sabiduría y mucho tacto para subyugar un salón. Sabiduría o ametralladoras, cosa que puedes comprobar con tus propios ojos hoy mismo, querido amigo, con solo echar un vistazo a nuestra torturada ciudad. Poco a poco, precisamente aquella «gente personal», los elegidos del Emperador, empezó a cubrir los puestos clave de palacio, a llenar sus ministerios, y además, sin prestar atención a los gruñidos de descontento de los miembros del Consejo de la Corona, quienes consideraban a los nuevos favoritos como gentes de tercera categoría, de un nivel y unas condiciones muy alejados de los que debiera cumplir todo afortunado que hubiese sido llamado a servir al Rey de Reyes. Aquel refunfuñar, empero, no era sino una demostración de ingenuidad, realmente indecorosa, por parte de los miembros del mencionado Consejo, que atribuían debilidad a lo que Nuestro Señor consideraba fuerza y que eran incapaces de comprender el principio según el cual el poder se fortalece recortando por arriba, al mismo tiempo que olvidaban el humo y el

fuego que apenas ayer habían atizado aquellos que, llevando mucho tiempo en la cumbre, habían acabado por debilitarse. La gente nueva se caracterizaba también por otro rasgo útil e importante: no tenía pasado, nunca había participado en ningún complot ni sus pezuñas estaban gastadas de tanto patear, no tenía nada vergonzoso que ocultar debajo de la capa; ¡vaya!, ni tan siquiera conocían la existencia de conspiración alguna, porque, al fin y al cabo, ¿cómo podían saber nada si su Noble Majestad había prohibido escribir la historia de Etiopía? Demasiado jóvenes, educados en provincias muy alejadas, ignoraban que el propio Emperador había llegado al poder gracias a un complot. Que en mil novecientos dieciséis, ayudado por embajadas occidentales, había dado un golpe de Estado y desplazado al legítimo heredero del trono, Lydj Iyasu. Que ante la inminencia de la invasión italiana había jurado públicamente derramar su sangre por Etiopía y que, cuando aquella se produjo, se embarcó para Inglaterra y allí pasó la guerra en la tranquila ciudad de Bath. Más tarde nació en él tal complejo frente a los jefes de la guerrilla que sí se habían quedado en el país para luchar contra los italianos, que, al regresar y ocupar de nuevo el trono, los fue liquidando o apartando uno a uno al mismo tiempo que otorgaba su favor a los colaboracionistas. Y que por ese camino había eliminado, entre otros, al gran caudillo Betwoded Negash, el cual en los años cincuenta se opuso al Emperador y quiso proclamar la república.

Muchos acontecimientos me vienen ahora a la memoria, pero entonces en palacio estaba prohibido hablar de ellos, y la gente nueva –tal y como ya he dicho– no podía conocerlos ni, a decir verdad, tampoco se mostró excesivamente curiosa. Por otra parte, como carecía de vinculaciones antiguas, su única razón de ser consistía en sentirse ligada al trono. Su único apoyo: la persona del Emperador. De este modo, el Más Extraordinario Señor había creado una fuerza que, a lo largo de los últimos años de su reinado, sostuvo el sillón imperial, minado por Germame.

Z. S-K.:

... y como estábamos en plena época de purgas, cada día, en cuanto se acercaba la hora de los nombramientos –y por lo tanto de las degradaciones–, a nosotros, los viejos funcionarios de palacio, nos invadía el temor por nuestras mesas. Cada uno de nosotros se sentaba detrás de la suya temblando por su destino, capaz de hacer cualquier cosa con tal de que no le quitaran a uno ese mueble de debajo de los codos. Durante el proceso de Mengistu un temor generalizado se aposentó en aquellas mesas, temor a que el general aportase pruebas de que todos habían tomado parte en el complot, pues tal participación, incluso la más remota, incluso el aplauso más débil y secreto, acababa en la horca. Así que cuando Mengistu, sin haber señalado a nadie, selló sus labios solo para volverlos a abrir el día del Juicio Final, las dichosas mesas exhalaron un alado suspiro de alivio. Sin embargo, el temor a la horca no tardó nada en ser sustituido por otro: el temor a la purga, a la aniquilación total de la personalidad. Ahora el Generoso Señor ya no arrojaba a las mazmorras sino que, simplemente, apartaba de palacio enviando a casa, y ese enviar a casa equivalía a una condena a ser nadie. Hasta entonces uno había sido hombre de palacio y, por lo tanto, alguien importante, destacado, mencionado, decisivo, influyente, respetado y escuchado, y todo esto daba sentido a su existencia, a su presencia en el mundo, a su vida, a su utilidad y valer. Y he aquí que Nuestro Señor te llama a la hora de los nombramientos y te envía a casa para siempre. En tan solo un segundo todo se desvanece, dejas de existir. Nadie volverá a mencionarte, a destacarte, a respetarte. Repetirás las mismas palabras que pronunciaras ayer, pero ayer las habían escuchado con devoción y hoy no les prestarán atención alguna. En la calle, la gente pasará indiferente a tu lado y el funcionario de provincia del más bajo rango podrá echarte una bronca. El Emperador te ha convertido en un niño débil e indefenso y te ha dejado abandonado a una manada de chacales. Ahora ¡demuestra de lo que eres capaz! Y además –Dios no lo quiera– es posible que empiecen a hurgar, a olfatear, a rascar, A veces incluso pienso que tal vez sea mejor que rasquen. Porque si se ponen a hacerlo, cabe la posibilidad de volver a existir, aunque sea de manera negativa y condenatoria, pero existir al fin y al cabo, dejar de hundirse, sacar la cabeza a la superficie para que digan: ¡mirad, a pesar de todo este aún existe! En caso contrario ¿qué es lo que quedará? El desamparo, la nada, la duda de si realmente se ha vivido. Por este motivo existía en palacio tal miedo al abismo que

todo el mundo intentaba mantenerse cerca de Su Majestad sin saber todavía que la corte entera –eso sí, despacio y con dignidad– se deslizaba de forma imparable hacia el borde del precipicio.

P. M.:

... lo cierto es, amigo mío, que desde el momento en que empezó a salir humo del palacio, todo adquirió unos valores negativos. Me resulta difícil definir este fenómeno pero lo cierto era que se percibía por todas partes. Se veía en cualquier lado: en las caras de las personas, caras en cierto modo disminuidas y abandonadas, carentes de brillo y de energía; lo que la gente hacía y cómo lo hacía también iba precedido como por un signo negativo, en lo que decía sin decir, en su aire ausente, encogido, absorto, en su apagamiento, en lo chato y desmedrado de sus ideas, en su alicorto quehacer cotidiano, en su dejadez y aturdimiento, en la atmósfera envolvente, en toda aquella inmovilidad, pese al movimiento continuo de noria gira que gira, en el ambiente, en aquel andar a pequeños pasitos y no avanzar; en todo aquello se percibía ese negativismo. Y por mucho que el Emperador siguiese promulgando decretos y esforzándose por los diferentes asuntos, por mucho que se levantase temprano y trabajase sin descanso, ya todo daba igual, todo acababa invariablemente bajo cero, cada vez más bajo cero, porque desde el día en que Germame había puesto fin a su vida y su hermano fuera colgado en la plaza principal de la ciudad, las relaciones entre las personas y las cosas empezaron a regirse por aquellas leyes de signo negativo. Como si las personas no pudieron dominar las cosas, las cuales existían sin existir llevando una vida independiente, maliciosa y escurridiza. Tal era la fuerza mágica de las cosas que todo el mundo se sentía inerme ante su imparable capacidad para aparecer y desaparecer, y nadie sabía cómo quebrantar ni cómo domeñar su autosuficiencia. Y esa sensación de indefensión, de estar en continua pérdida, ese sucumbir ante el más fuerte hacía que cada uno cayese en una depresión cada vez más profunda, en una especie de letargo mortal que lo convertía en un zombi, en un alma en pena, en un cadáver viviente. Se deterioraron incluso las conversaciones, que perdieron vigor y fuerza.

Empezaban, pero se diría que quedaban inconclusas. Siempre llegaban a un punto, invisible pero perfectamente perceptible, en el que se hacía silencio, un silencio que encerraba la certeza de que todo era ya sabido y estaba claro, pero claro de una manera oscura, sabido de una manera imposible de conocer, poderoso en su indefensión, y, tras comprobar esas verdades con unos momentos de silencio, la conversación cambiaba de rumbo dirigiéndose hacia otros derroteros, amorfos, triviales e insignificantes. El palacio se hundía, todos lo sentíamos; nosotros, la vieja guardia del Venerable Señor a la que el destino había librado de la purga, sentíamos cómo bajaba la temperatura, y que la vida, aunque cuidadosamente enmarcada por el ritual, era ya una vida de papel; banal, negativa.

Más adelante P. M. dice que aunque el Emperador había decidido ignorar el golpe de diciembre y nunca volviera a mencionar el tema, la intentona de los hermanos Neway causaba daños cada vez más graves en palacio. A medida que el tiempo transcurría las consecuencias del golpe no solo no se debilitaban sino que aumentaban sensiblemente, convirtiéndose en la causa principal de los nuevos y numerosos cambios que se produjeron en la vida de la corte y del Imperio. Mortalmente herido, el palacio nunca más volvió a disfrutar de una verdadera paz y tranquilidad. La situación en la ciudad también iba cambiando poco a poco. En los informes secretos de la policía se empezó a mencionar por primera vez la existencia de disturbios. Por suerte –añade P. M.– todavía no se trataba de unos disturbios a gran escala, con todas las de la ley, sino más bien, en un principio, de pequeñas agitaciones, de vacilaciones sin importancia, de rumores de doble sentido, de susurros, de risas ahogadas, de una pesadez algo pronunciada entre la gente, de un esperar con los brazos cruzados lo que traerá el mañana, de cierta confusión y desconcierto y de un intento de evitarlo todo y de negarse a participar en cualquier cosa, latente en todas estas actitudes. Reconoce que, basándose en tales informes, resultaba difícil emprender acciones tendentes a restablecer el orden, pues las denuncias eran demasiado vagas e, incluso, alentadoramente inocentes; solo decían que algo flotaba en el ambiente pero no definían de manera clara el qué y el dónde, y, al no disponer de una información de este tipo, ¿dónde enviar los tanques o en qué dirección mandar disparar? Por lo general, los informes indicaban que los murmullos de descontento procedían de la

universidad –el nuevo y único centro de enseñanza superior del país– en donde, Dios sabe cómo, habían aparecido elementos escépticos y hostiles al régimen, capaces de lanzar infames calumnias carentes de todo fundamento, con el único objeto de causarle problemas al Emperador. Luego añade que el monarca, quien a pesar de su avanzada edad conservaba una mente muy lúcida, cosa que no dejaba de causar sorpresa entre los que lo rodeaban, había comprendido antes y mejor que ninguno de sus allegados que se acercaban tiempos nuevos y que había llegado la hora de aunar esfuerzos, ponerse al día, darle al acelerador y alcanzar al de delante. Alcanzarle e, incluso, tomarle la delantera. Sí, señor –insiste–, ¡incluso tomarle la delantera! Confiesa –hoy ya se puede hablar de esto– que una parte de palacio se mostró hostil a tales ambiciones, murmurando en privado que en vez de ceder a la tentación que ofrecían todas aquellas novedades y reformas dudosas, habría sido mejor poner fin a las inclinaciones extranjerizantes de la juventud y cortar de raíz la absurda opinión según la cual el país debía ofrecer otro aspecto. No obstante, el Emperador prestaba oídos sordos tanto a los gruñidos aristocráticos como a los murmullos universitarios, pues consideraba que todo extremo era dañino y contrario a la naturaleza, y, poniendo de manifiesto su sano juicio y prudencia innatos, amplió las competencias de su gobierno extendiéndolas a nuevos campos de interés, extremo que demostró introduciendo nuevas horas en el ejercicio de sus funciones como soberano; la hora del desarrollo, la hora internacional y la militar-policíaca, las cuales sé celebraban entre las cuatro y las siete de la tarde. Con el mismo objetivo creó ministerios e instituciones ad hoc, delegaciones, filiales, representaciones y comisiones en las que introdujo todo un plantel de gente nueva, bien educada, fiel y adicta. Palacio se llenó de una nueva generación de favoritos que trepaba enérgicamente hacia la cumbre de la carrera política. Transcurrían, recuerda P. M., los primeros años sesenta.

P. M.:

Una especie de manía, amigo mío, se apoderó de este mundo loco e impredictible, la manía del desarrollo. ¡Todo el mundo quería desarrollarse! Todos pensaban en cómo desarrollarse, pero no de una manera natural, acorde con las leyes divinas, eso de que el

hombre nace, se desarrolla y muere, sino en cómo desarrollarse de una manera espectacular, dinámica y potente; en hacerlo de forma que todos lo admirasen, lo envidiasen, hablasen de ello sin acabar de dar crédito a sus ojos. No se sabe de dónde surgió el fenómeno. Cual asustado rebaño, la gente se lanzó a una carrera ciega y desenfrenada en busca del progreso; bastaba con que en otro confín del mundo alguien se desarrollara para que aquí todos quisieran hacer otro tanto, no sin presionar ni embestir, exigiendo que se les desarrollara también a ellos con objeto de alcanzar igual nivel; y bastaba, amigo mío, con que te descuidases y no hicieses caso a tales voces para que pronto tuvieses que vértelas con motines, gritos, alzamientos, negaciones, frustraciones y posturas de ¡aquí me las den todas! Y, sin embargo, nuestro Imperio había existido durante cientos, ¿qué digo?, miles de años sin que se detectara progreso alguno y, a pesar de lo cual, sus soberanos habían gozado de gran respeto e incluso de una veneración digna de dioses. Tanto al emperador Zera Yakob como a Towodros, o Johannes, a todos se les había rendido un culto divino. ¿A quién se le habría ocurrido postrarse ante el Monarca suplicándole que le mejorase en sus condiciones de vida? No obstante, el mundo empezaba a cambiar, cosa de la que, gracias a su innata infalibilidad, se percató el Emperador, por lo que aceptó generosamente la idea del desarrollo viendo las ventajas y los atractivos de la costosa novedad, y como siempre había mostrado cierta debilidad por todo progreso, más aún, como le gustaba el progreso, en aquella ocasión también se revelaron en él un bondadoso deseo de actuar y una manifiesta ambición de, transcurridos unos años, oír gritar a un pueblo saciado, agradecido y lleno de alegría: «¡Vítor! Este sí que nos trajo el desarrollo!» De modo que durante la hora dedicada al tema –entre las cuatro y las cinco de la tarde– Nuestro Señor mostrábase particularmente animado y lleno de iniciativa. Recibía cortejos enteros de técnicos de planificación, de economistas, de financieros; charlaba con ellos, hacía preguntas, infundía ánimos y prodigaba elogios. Unos planificaban, otros construían; en una palabra, el desarrollo con mayúsculas se puso en marcha. El Incansable Señor iba de un lado para otro inaugurando aquí un puente, allá un edificio o un aeropuerto y así una construcción tras otra, y cada una de ellas recibía su insigne nombre: el puente Haile Selassie en Ogaden, el Hospital Haile Selassie de Harara, una sala Haile Selassie en la capital; de modo que toda obra nueva era bautizada con el

nombre del Emperador. También, ¿cómo no?, el Ilustre Señor colocaba las primeras piedras, supervisaba la marcha de los trabajos, cortaba la cinta en las ceremonias de inauguración, y hasta alguna vez participó en la solemne puesta en marcha de un tractor; y en cada una de estas ocasiones, tal como ya he mencionado, charlaba, hacía preguntas, infundía ánimos y prodigaba elogios. En palacio se colgó un mapa del desarrollo del Imperio, en el cual, cuando su Venerable Majestad apretaba un botón, se encendían luces de colores, flechas, estrellas y otras señales luminosas, y todas ellas brillaban y centelleaban para que los dignatarios pudieran gozar de tamaña imagen, a pesar de que algunos de ellos no vieran en ella más que una prueba de la excentricidad del Monarca. Sin embargo, las delegaciones extranjeras, tanto las africanas como las de cualquier otra parte del mundo, sí se deleitaban con el cuadro que ofrecía el mapa y, tras escuchar las explicaciones del Emperador acerca de las luces de colores, flechas, estrellas y señales luminosas, charlaban, hacían preguntas, infundían ánimos y prodigaban elogios. Y todo habría continuado igual durante años, siendo motivo de alegría para el Más Extraordinario Señor y sus dignatarios, de no haber sido por nuestros descontentadizos estudiantes, los cuales, desde la muerte de Germame, habían empezado a plantar cara con una desfachatez cada vez mayor, a decir cosas horripilantes y a manifestar su rechazo a palacio de la forma más insensata y ultrajante que pueda imaginarse. Aquellos jovenzuelos, en lugar de mostrarse agradecidos por las bendiciones que atraía tamaña ilustración, lanzáronse a las turbias y traicioneras aguas de la difamación y el alboroto. Por desgracia, amigo mío, la triste verdad es que los estudiantes, sin reparar en que Su Majestad había encaminado el Imperio por la senda del desarrollo, empezaron a acusar a palacio de demagogia e hipocresía. ¿Cómo se puede hablar de progreso, decían, cuando por doquier no se ve más que la miseria más absoluta? ¿Qué desarrollo es ese en que el pueblo entero está sumido en la más extrema pobreza? Provincias enteras perecen de hambre, es poca la gente que dispone de un par de zapatos, apenas si un puñado de súbditos sabe leer y escribir, todo aquel que caiga gravemente enfermo morirá porque no hay hospitales ni tampoco médicos, por todas partes no hay más que ignorancia, barbarie, humillación, vejaciones, despotismo y satrapía, explotación y desesperanza, y así sucesivamente, querido huésped. Este era el estilo de aquellos ingratos envalentonados que

no cesaban de acusar y ultrajar y que, a medida que el tiempo transcurría, se oponían con una desfachatez inaudita a lo que consideraban que solo servía para dorar la píldora y enmascarar la realidad, al mismo tiempo que se aprovechaban de la bondad del Clemente Señor, quien solo en contadas ocasiones ordenó abrir fuego contra aquella negra chusma, que año tras año salía en masa por las puertas de la universidad.

Finalmente llegó la hora en que tuvieron la osadía de reclamar reformas. El desarrollo, proclamaron, es imposible sin reformas. Hay que repartir la tierra entre los campesinos, abolir los privilegios, democratizar la sociedad, acabar con el feudalismo y liberar al país de la dependencia extranjera. ¿Qué dependencia, pregunto yo, si ya éramos independientes? ¡Tres mil años llevamos siendo un país independiente! He ahí un ejemplo de fútil garrulería y de mentes irreflexivas. En cuanto a lo de reformar, ¿cómo?, pregunto, ¿cómo reformar sin que todo se caiga hecho añicos? ¿Cómo se podía mover una pieza sin que se derrumbara todo lo demás? ¿Se habrían hecho esta pregunta aquellos irresponsables? Por otra parte, desarrollar y llenar las barrigas a un tiempo tampoco resulta nada fácil, pues ¿de dónde sacar el dinero? Nadie recorre el mundo regalando dólares. El Imperio producía poco y no tenía con qué comerciar. En vista del panorama ¿cómo se podían llenar sus arcas? He aquí el problema que nuestro Todopoderoso Soberano trataba con una dedicación particularmente solícita y al que consideraba de suma importancia, cosa que dejaba clara y manifiesta en el transcurso de la hora internacional.

T.:

¡Cuán maravillosa es la vida internacional! Basta con recordar nuestras visitas: los aeropuertos, las bienvenidas, la lluvia de flores, los abrazos efusivos, las orquestas, cada momento pulido por el protocolo y, más tarde, los lujosos coches oficiales, las recepciones, los brindis escritos y traducidos, la gala y su brillo resplandeciente, los elogios, las conversaciones confidenciales, los temas mundanos, la etiqueta, el esplendor, los regalos, las grandes suites y,

finalmente, el cansancio, sí, el cansancio lógico tras un día de tanto ajetreo, pero cuán magnífico y relajante, cuán refinado y honroso, cuán distinguido y digno, cuán… eso es, ¡cuán internacional! Y al día siguiente: las visitas turísticas, las caricias a los niños, las ceremonias de recepción de regalos, la fiebre, el programa, la tensión, sí, pero agradable y de gran trascendencia, la tensión que libera por un momento de los problemas de palacio, que aleja las preocupaciones imperiales, que permite olvidar las peticiones, las camarillas, las conspiraciones, aunque el Benévolo Señor, siempre tan fastuosamente recibido por sus anfitriones e iluminado por los destellos de los flashes, nunca dejase de preguntar por telegramas portadores de noticias del Imperio; en relación con los presupuestos, con el ejército, con los estudiantes. Incluso yo pude saborear aquellos esplendores mundanos, yo, que dentro del séquito ocupaba uno de los diez lugares de la sexta fila, de octavo rango y noveno nivel. Ten presente, amigo mío, que Nuestro Monarca mostraba una especial predilección por los viajes al extranjero. Ya en el año veinticuatro, siendo el primer Monarca de nuestra historia que cruzaba las fronteras del Imperio, el Magnánimo Señor honró con su persona algunos países de Europa, Había en ello cierta inclinación familiar a viajar, heredada del padre, el difunto príncipe Makonen, a quien el emperador Menelik había enviado varias veces al extranjero a negociar con gobiernos de otros países. Déjame añadir que Su Majestad nunca perdió esta su inclinación; más aún, contradiciendo el orden natural de la vida que hace que la gente de edad avanzada no muestre deseo alguno de abandonar su casa, el Infatigable Señor, a medida que transcurrían los años, viajaba cada vez más y visitaba países cada vez más lejanos. Y se entregaba a aquel peregrinar con tanto ardor que algunos periodistas maliciosos de la prensa extranjera lo llamaban embajador volante de su propio gobierno y se preguntaban cuándo pensaba visitar ¡su propio Imperio! Creo que este es el momento oportuno, amigo mío, para que juntos lancemos nuestros reproches a la falta de rigor e, incluso, a la mala fe de aquellos periódicos extranjeros que, en lugar de guiarse por la comprensión y el deseo de confraternización, no dudan en utilizar métodos infames entrometiéndose en asuntos internos, práctica a la que se dedican con especial deleite.

Me estoy preguntando ahora por qué Su Venerable Majestad, a despecho del pesado lastre de sus años, viajaba con tanta

frecuencia. La culpa de ello recae sin duda sobre la vanidad de rebeldes de los hermanos Neway, que destruyó para siempre la calma y la paz del Imperio al acusarlo en voz alta y de manera impía e irresponsable de atrasado y subdesarrollado. Algunos de los periodistas a los que me refiero no tardaron en hacerse eco de semejantes afirmaciones y las usaron para verter injurias sobre Nuestro Señor. Estas, a su vez, llegaron a conocimiento de los estudiantes, que las leyeron –y eso que no se sabe cómo pudo suceder tal cosa, puesto que el Misericordioso Señor había prohibido la importación de toda publicación calumniosa–, y empezó el alboroto: declaraciones, críticas, huera palabrería acerca del atraso o del desarrollo. Sin embargo. Su Majestad ya percibía por sí solo el espíritu de los tiempos y, tras aquella sangrienta rebelión que cubrió de ignominia al Imperio, ordenó el desarrollo total. Y al ordenarlo, no tuvo más remedio que ir peregrinando de una capital a otra en busca de ayuda, créditos y dinero, pues gobernaba un Imperio descalzo, hambriento y en andrajos. En este punto Su Majestad evidenció su superioridad frente a los estudiantes, demostrándoles que era posible desarrollarse sin reformar. Ahora preguntarás, querido amigo, que cómo es posible tal cosa. Pues de la siguiente manera: una vez que se gana al capital extranjero para la construcción de fábricas, ya no hace falta reforma alguna. Aquí tienes la prueba: Nuestro Señor impidió que se reformase nada y, no obstante, sí hubo desarrollo, pues se construyeron fábricas, ya lo creo que se construyeron. Basta con darse un paseo en coche desde el centro en dirección a Debre Zeit para verlas una junto a otra y ¡todas modernas, automáticas!

Sin embargo, ahora, cuando Su Noble Majestad ya ha exhalado su último suspiro en este abandono tan impropio, puedo confesar que yo me hice mi propia composición de lugar acerca del porqué de la predilección del Emperador por viajes y visitas. Nuestro Señor sabía ver más hondo y su mirada iba más lejos que la de ninguno de nosotros. Y viendo así las cosas, comprendió que algo estaba tocando a su fin y que él era demasiado viejo para parar el alud que se venía encima. Cada vez más viejo e impotente. Cansado, agotado. Necesitaba una liberación, un alivio. Y esas visitas suyas le brindaban el ansiado descanso; le permitían airearse, tomar aliento. Por algún tiempo podía dejar de leer denuncias, de oír el estruendo de las manifestaciones y los disparos de la policía; por algún tiempo

podía dejar de ver las caras de los tiralevitas y aduladores. No tenía la obligación, aunque no fuese más que por un miserable día, no tenía la obligación, digo, de solucionar lo insolucionable, de curar lo incurable o de arreglar lo que no tenía arreglo. En los países lejanos que visitaba nadie conspiraba contra él, nadie afilaba los cuchillos, a nadie necesitaba ahorcar. Podía acostarse y dormir tranquilo, sabiendo que al día siguiente se levantaría sano y salvo, podía sentarse con un presidente amigo y hablarle de hombre a hombre. Oh, sí, amigo mío, permíteme maravillarme una vez más de la vida internacional. ¿Acaso hoy día sería llevadero sin ella el abrumador peso que comporta el gobierno del Estado? Y, finalmente, ¿dónde buscar reconocimiento y comprensión sino en otras partes del mundo, en países lejanos, en aquellas conversaciones íntimas con otros soberanos, los cuales responderán a nuestras penas con sentida compasión, ya que ellos tienen problemas y preocupaciones similares?

Aunque, a decir verdad, las cosas no se presentaban tal y como yo las estoy contando ahora. Puesto que ya hemos alcanzado este grado de sinceridad, reconozcamos que en los últimos años del reinado de Nuestro Bienhechor los éxitos fueron cada vez menos y los problemas, cada vez más. Y a pesar de todos los intentos, los logros del Monarca no se multiplicaban. Y en el mundo de hoy ¿cómo ganar crédito sin ellos? Claro que queda la posibilidad de inventar, de sumar dos veces, de explicar, pero en este caso los alborotadores se alzan enseguida y lanzan sus calumnias; se ha creado tal clima de perfidia e indecencia que se da crédito a los elementos levantiscos antes que a las palabras pronunciadas desde el trono. Así que Su Suprema Majestad prefería desplazarse al extranjero porque allí, tras pronunciar discursos, mediar en los conflictos, recomendar desarrollo, encaminar a los presidentes hermanos por la senda del bien y expresar sus inquietudes y preocupación por el destino de la humanidad, por una parte se distanciaba de los molestos y fatigosos problemas de su propio país y, por otra, ganaba una bendita compensación en forma de esplendor sublime y de los elogios llenos de buenos deseos de otros gobiernos y otras cortes. Y es que no debemos olvidarnos ni por un instante de que Nuestro Señor, a pesar de los sinsabores propios de una vida tan larga, nunca –ni en los momentos más difíciles de prueba y desaliento– cejó en su lucha, y, a pesar de la fatiga y de la

necesidad de alguna compensación, en ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de abandonar el trono; todo lo contrario: a medida que aumentaban las adversidades y crecía la oposición, más atención dispensaba a la hora militar-policíaca, en el curso de la cual fortalecía la durabilidad del Imperio y el orden imprescindible.

B. H.:

Antes que nada debo subrayar que Su Majestad, por ser la persona máxima del Imperio, muy por encima de la ley –pues siendo él mismo la fuente de la ley no se regía por sus normas ni por sus disposiciones–, estaba por encima de todo cuanto existía, tanto de lo creado por Dios como de lo creado por el hombre, y que era, por lo tanto, también jefe supremo del ejército y comandante en jefe de la policía. Las dos funciones comportaban el deber de rodear a ambas instituciones de una especial protección y de un control exhaustivo tanto más cuanto que los acontecimientos de diciembre habían puesto de manifiesto que un desorden vergonzoso, una insubordinación ultrajante e, incluso, una traición sacrílega había anidado en las filas de la guardia imperial y de la policía. Por fortuna, empero, a la hora de verse expuestos a aquella prueba tan inesperada, los generales del ejército demostraron su lealtad al Emperador haciendo posible su vuelta a palacio, una vuelta no por digna menos dolorosa. Pero, tras salvarle el trono, empezaron a importunar al Supremo Bienhechor exigiéndole la recompensa por el favor prestado. Y es que el ejército estaba dominado por sentimientos tan bajos que sus integrantes valoraban la lealtad en términos de dinero e incluso esperaban que el Generoso Señor les llenara los bolsillos por propia iniciativa, olvidándose todos ellos de que los privilegios corrompen y que la corrupción, a su vez, mancha el honor del uniforme. Esa rapacidad y descaro de los generales del ejército se extendió a los comandantes de la policía, que también ansiaban que se les corrompiera, se les colmara de favores y se les cubriera de oro. Y todo debido a que, al contemplar el progresivo debilitamiento de palacio, dedujeron arteramente que nuestro monarca iba a necesitarlos cada vez más a menudo y que eran ellos los que, a fin de cuentas, constituían el más seguro y –en momento

críticos– único baluarte de la prepotencia del poder. Así fue cómo Su Precavida Majestad tuvo que introducir la hora militar y policíaca, en el curso de la cual colmaba de favores a los oficiales de alto rango y mostraba un gran interés y preocupación por el estado en que se encontraban aquellas instituciones que aseguraban el orden y la siempre bendecida por el pueblo estabilidad interna. Con la ayuda del Magnánimo Señor, los altos mandos a los que he aludido se las supieron arreglar tan bien que, en nuestro Imperio –que contaba con treinta millones de campesinos y con apenas cien mil gentes de armas, entre soldados y policías–, se destinaba a la agricultura el uno por ciento de los presupuestos generales del Estado, y al ejército y a la policía, el cuarenta. Así las cosas, los estudiantes tuvieron un motivo más para dar rienda suelta a su vana pedantería y a sus afanes calumniadores. Pero ¿tenían razón? Al fin y al cabo Nuestro Señor había creado el primer ejército regular en la historia del país, un ejército pagado con los fondos de una única caja, la caja imperial. Antes sólo habían existido unas fuerzas de defensa civil de reclutamiento masivo que, en caso de producirse un llamamiento, acudían al campo de batalla desde todos los rincones del Imperio, robando por el camino cuanto podían, asaltando las aldeas por las que pasaban, pasando a cuchillo a los campesinos y diezmando el ganado. Tras expediciones semejantes –y eran incesantes– el país ofrecía el lamentable aspecto de un paisaje después de una batalla, lleno de ruinas y escombros, y nunca conseguía ponerse de pie. El Venerable Señor, en cambio, castigaba el pillaje, prohibió las movilizaciones en masa y encargó a los ingleses la misión de crear un ejército fijo, cosa que, efectivamente, se hizo en cuanto los italianos fueron expulsados. Su Distinguida Majestad lo adoraba; contemplaba con sumo agrado sus desfiles y gustaba mucho de engalanarse con el uniforme de emperador-mariscal, al que daban lustre las hileras multicolores de condecoraciones y medallas. Sin embargo, su dignidad imperial no le permitía entrar a fondo en los detalles de la vida cotidiana en los cuarteles ni en la situación del soldado raso o del oficial de rango inferior, y se ve que la máquina militar de descifrar mensajes en clave se había estropeado porque al cabo de algún tiempo resultó que el Emperador ignoraba cuanto ocurría detrás de las tapias de los cuarteles, cosa que más tarde –por desgracia– tuvo consecuencias fatales para el destino del trono y del Imperio.

P. M.:

... y como consecuencia del solícito cuidado de Nuestro Bienhechor respecto al desarrollo de las fuerzas del orden y de su generosidad en este campo, en los últimos años de su reinado, los policías se multiplicaron tanto, aparecieron tantos ojos y oídos del Soberano por todas partes –emergían de debajo de tierra, se pegaban a las paredes, volaban por el aire, se colgaban de los picaportes, se agazapaban en las oficinas, acechaban entre la multitud, se apostaban en los portales, se agolpaban en los mercados– que la gente, para defenderse de la plaga de delatores, no se sabe dónde, cómo, ni cuándo, sin escuelas, sin cursillos, sin discos y sin diccionarios, aprendió una segunda lengua, dominó de prisa y de manera políglota un nuevo idioma y lo hizo suyo, alcanzando en su manejo una destreza tan extraordinaria que todos nosotros, gente llana e ignorante, nos convertimos de repente en una nación bilingüe. Este arte resultaba sumamente útil; más aún, nos salvaba la vida y nos permitía vivir en paz. Cada uno de los dos idiomas tenía su propio vocabulario, su propia gramática y sus propios significados, y, sin embargo, todo el mundo era capaz de superar estas dificultades y pasar de uno a otro para expresarse en el adecuado. Una lengua servía para hablar hacia el exterior y la otra hacia el interior; siendo dulce la primera y amarga la segunda; pulida y áspera respectivamente; una visible y la otra pegada al paladar. Y ya se las arreglaba cada cual, según las circunstancias que lo rodeasen, para saber si debía sacarla o esconderla, descubrirla o taparla.

M.:

E imaginad, gentil señor, que en medio de aquel desarrollo floreciente, en medio de nuestro venturoso bienestar, tan ponderado por Nuestro Monarca, de repente estalla una sublevación. ¡De la

noche a la mañana! En palacio, estupefacción y sorpresa; un ir de cabeza de aquí para allá y la persistente pregunta de Su Augusta Majestad: ¿cómo es que se ha producido la sublevación? Y ¿cómo podíamos nosotros, sus humildes servidores, contestársela? Al fin y al cabo, un accidente le puede ocurrir a cualquiera, por lo tanto, también puede producirse en el Imperio; y he aquí que en el año sesenta y ocho nos ocurrió uno, a saber: que en la provincia de Godjam los campesinos la emprendieron con el poder saltándoles al cuello a todos los dignatarios. A estos la acometida se les antojó más que incomprensible, pues teníamos un pueblo dócil, resignado, temeroso de Dios y sin ninguna inclinación a rebelarse y, sin embargo, de la noche a la mañana –como digo– ahí lo tenéis: una rebelión. En nuestra tradición la sumisión es lo más importante; incluso el Excelso Señor, en su más tierna infancia, había besado las botas de su padre. Y cuando los mayores comían, los niños debían permanecer cara a la pared para no caer en la impía tentación de pensar que eran iguales a sus padres. Os lo menciono, señor, para que os hagáis cargo de que si en un país como el nuestro los súbditos empiezan a rebelarse, tiene que haber un motivo fuera de lo común. Debemos reconocer que en este caso el motivo lo dio el celo excesivo y un tanto desafortunado del Ministerio de Finanzas. Eran los años del desarrollo impuesto desde arriba, que tantos disgustos nos había traído. ¿Por qué disgustos? Porque Nuestro Señor, al propulsar tal desarrollo, había despertado los apetitos y la codicia de sus súbditos, los cuales, pensaban que desarrollo equivalía a placer y a golosina y venga a exigir lo posible y lo imposible. De todos modos, los mayores quebraderos de cabeza nos los había dado el desarrollo en el campo de la educación, pues se habían multiplicado los que hacían carreras o carrerillas y había que colocarlos en las diferentes instituciones, lo que originó una enorme inflación burocrática y que fuesen cada vez mayores las cantidades de dinero que se sacaban de la caja imperial. Y ¿cómo apretar las tuercas a los funcionarios si ellos constituyen el apoyo más firme y adicto? El funcionario podrá echar pestes de ti a tus espaldas y gruñirá para sus adentros, pero, llamado al orden, callará y –si hace falta– te apoyará. Tampoco se podía hostigar a los cortesanos, pues se trataba de los más allegados a palacio. Y menos aún a los oficiales, pues eran la garantía de un desarrollo en paz. De modo que a la hora de la caja se presentaba ante Su Majestad una ingente multitud y el saquito se iba desinflando, se encogía hasta

desaparecer, ya que día a día Su Bondadosa Majestad debía pagar más por la lealtad. Y puesto que los costos de la lealtad no dejaban de crecer, surgió la necesidad acuciante de aumentar los ingresos, y fue cuando el Ministerio de Finanzas cargó a los campesinos con nuevos impuestos. Hoy ya puedo decir que se trataba de una decisión personal del Inigualable Señor, pero como el Emperador, en tanto que Bienhechor y personificación de la generosidad, no podía dictar disposiciones desagradables y desafortunadas, todo decreto que echase nuevas cargas sobre los hombros del pueblo llevaba la firma de algún Ministerio. Si el pueblo no podía aguantar tanta carga y se rebelaba, Su Magnánima Majestad amonestaba al Ministerio y cesaba al ministro, aunque nunca lo hacía de inmediato para no dar la humillante impresión de que permitía que la chusma desatada impusiera su orden en palacio. Más bien al revés: cuando consideraba que debía demostrar la prepotencia de su poder imperial, designaba a los dignatarios más odiados para ocupar los cargos más altos como si quisiera decir: «Rabia, rabiña... para que os enteréis bien de quién manda aquí de verdad y hace posible lo imposible!» Y de este modo, Su Noble Majestad demostraba su fuerza y su autoridad tomándoles benévolamente el pelo a sus súbditos. Y ahora imaginad, señor, que de repente empiezan a llegar noticias desde la provincia de Godjam diciendo que los campesinos andan en alborotos, se han amotinado, parten cabezas de recaudadores de tributos, cuelgan policías, arremeten contra los altos dignatarios, incendian fincas y destruyen las cosechas. El gobernador emite un informe de la situación: los alzados asaltan las sedes de las instituciones y allí donde consiguen atrapar a algún funcionario imperial lo insultan, apalean y, luego, descuartizan. Por lo visto, cuanto más dura es la sumisión, el sufrir en silencio y la resignación ante cualquier carga, tanto mayor se vuelve luego el encono y la crueldad. Mientras, en la capital, los estudiantes ya se han sumado a la causa de los revoltosos; los aplauden, señalan la corte con el dedo y se desatan en calumnias. Por suerte, la provincia en cuestión queda muy lejos del centro del país, por lo que no resultó difícil aislarla, acordonarla con el ejército, abrir fuego sobre ella y ahogar en sangre la revuelta. Pero antes de que esto sucediera un gran temor se apoderó de palacio, pues nunca se sabe hasta dónde puede llegar una mancha de aceite hirviendo de tales proporciones, y por eso, viendo tambalearse el Imperio, lo primero que hizo el Perspicaz Señor fue mandar a Godjam una banda de

asesinos a sueldo con la misión de degollar campesinos, pero, más tarde, confrontado a la incomprensible resistencia de los amotinados, mandó retirar los nuevos impuestos y amonestó al Ministerio por el referido exceso de celo. Su Augusta Majestad regañaba a los funcionarios por no entender un principio tan sencillo como el del segundo fardo. En realidad, un pueblo nunca se rebela porque lleve a sus espaldas un fardo muy pesado, nunca se rebela porque se le explote, pues no conoce la vida sin explotación, no sabe que tal vida existe, y ¿cómo se puede desear algo que no cabe en nuestra imaginación? Un pueblo solo se rebela cuando alguien de repente intenta cargarle con otro fardo. Entonces el campesino no aguantará más; caerá de bruces en el fango, pero se pondrá de pie de un salto y asirá el hacha. Y, tened en cuenta, señor, que lo hará no porque ya no pueda sostener esa segunda carga, no, ¡aún tendría fuerzas para soportarla! El campesino saltará porque tendrá la sensación de que tú, al echarle subrepticiamente y de sopetón un fardo más sobre los hombros, has intentado engañarlo, lo has tratado como un animal, has pisoteado el resto de su dignidad, ya de por sí pisoteada, y lo has tomado por un idiota, que nada ve, nada siente y nada comprende. El hombre empuña el hacha no en defensa de su bolsillo sino en defensa de su condición de ser humano. Creedme, señor, así es, y por eso Su Majestad reprendió a los funcionarios que por comodidad y vanidad propias, en lugar de ir aumentando las cargas poco a poco dosificándolas en pequeños saquitos, lanzaron, arrogantes, todo un enorme saco sobre las espaldas de los campesinos. Acto seguido –y en aras de la futura paz del Imperio– Nuestro Señor obligó a aquellos funcionarios a que sin chistar se pusieran a coser saquitos y los añadieran a la carga haciendo una pequeña pausa entre uno y otro, no sin observar muy atentamente los rostros de los que cargaban con ellos y comprobar si aguantarían o no su peso un ratito más, si podían añadir todavía un poquito o debían darles un respiro. Reparad, señor mío, que todo el arte consistía en no hacer las cosas a ciegas, de manera burda y ruda y arrasando con todo, sino en leer en las caras, con bondad y cariño, cuándo se podía cargar un poco la mano y cuándo no, cuándo era posible apretar y cuándo se debía aflojar. Transcurrido algún tiempo, cuando la tierra ya había absorbido la sangre y el viento disipado el humo, los funcionarios, siguiendo las indicaciones del Monarca, volvieron a aumentar los impuestos pero esa vez dosificándolos, enganchando saquito a saquito, suave y

cautelosamente, y los campesinos lo soportaron todo y no vieron en ello ofensa alguna.

Z. S-K.:

Un año después de la revuelta en Godjam –que al mostrar la cara atrozmente implacable del vulgo, conmocionó a palacio y metió el miedo en el cuerpo a los altos dignatarios, y no solo a ellos porque también a nosotros, los siervos de bajo rango, nos puso los pelos de punta– me ocurrió una desgracia personal particularmente dolorosa, pues mi hijo Hailu, en aquellos años angustiosos estudiante de universidad, empezó a pensar. Así como suena, empezó a pensar; y debo aclararte, amigo mío, que en aquella época tal costumbre constituía un estorbo nada recomendable e, incluso, una molesta deformidad, y que Su Majestad Imperial, constantemente preocupado por el bien y la comodidad de sus súbditos, nunca dejó de hacer lo posible para protegerlos de semejante tara y mutilación. Al fin y al cabo ¿qué razón había para que perdieran el tiempo que debían dedicar a la causa del desarrollo en turbar su propia paz interior y llenarse la cabeza con toda clase de ideas subversivas? El hecho de que alguien decidiera pensar o se metiera, desafiante, en los círculos de aquellos que pensaban, aunque lo hiciera sin proponérselo, no podía conducir a nada decente ni bueno. Y esa fue, precisamente, la imprudencia que cometió el frívolo de mi hijo. La primera en notarlo fue mi mujer, a quien su instinto de madre le había advertido que espesos nubarrones se cernían sobre nuestra casa. Fue ella quien un día me dijo: «Hailu debe de haber empezado a pensar. Se ha vuelto muy, pero que muy triste.» Así fue aquella época; los que observaban lo que sucedía en el Imperio y reflexionaban sobre lo que les rodeaba, caminaban tristes y pensativos y con una mirada en la que se reflejaba una profunda inquietud, como si presintiesen algo aún impreciso, aún inconfesado. Rostros así se encontraban, por lo general, entre los estudiantes, quienes –debo añadir– daban a Su Majestad cada vez más disgustos. Me parece increíble que la policía nunca hubiese dado con esa pista, con esa relación entre el pensar y su reflejo en uno u otro estado de ánimo, pues si la hubiese descubierto a

tiempo, le habría resultado fácil neutralizar a los pensadores que, con su actitud de eternos insatisfechos, de refunfuñadores impenitentes, maliciosamente reacios a mostrarse contentos, tantos disgustos y quebraderos de cabeza habían ocasionado al Venerable Señor, Su Majestad, empero, demostrando más perspicacia que sus policías, comprendió que la tristeza podía conducir a pensar, al desánimo, al público abucheo, a la total desgana, y por eso ordenó que el Imperio entero se convirtiera en un gran escenario de fiestas, ferias, bailes y mascaradas. Su Noble Majestad en persona mandó iluminar palacio, dio banquetes a los pobres e incitó a la alegría, Y de tanto comer y tanto bailar, a su Señor no paraban de loar. Y la diversión muchos años duró, y finalmente a la gente embotó; tanto que cuando se encontraba, de entretenerse solo hablaba, a ver quién ríe más, desafiaba; criaturas fantásticas cantaba, leyendas fabulosas evocaba. Pobres pero felices. Descalzos pero alegres. Inasequibles a la tristeza a despecho de tanta pobreza. Y sólo los que pensaban, los que veían cómo todo se hacía más mezquino, se corroía, se volvía gris y se hundía en el fango, no encontraban motivos de alegría. Estos perturbaban a los demás incitándoles a reflexionar, pero esos otros, aunque nunca hubiesen pensando, resultaron ser más inteligentes; no se dejaban arrastrar, y, cuando los estudiantes se ponían a perorar en un intento de convencerles, se tapaban los oídos y desaparecían lo más de prisa posible. Y es que ¿para qué saber si es mejor ignorar? ¿Para qué ir a lo difícil pudiendo escoger lo fácil? ¿Para qué gastar saliva cuando el callar es bueno? ¿Para qué meterse en los asuntos del Imperio si en nuestra propia casa hay tanto que hacer, tanto que comprar?

Pues bien, amigo mío, viendo que mi hijo se lanzaba a tan peligrosa aventura, intenté detenerle, disuadirle, animarle a que se divirtiera, mandarle a excursiones; hasta hubiera preferido que se hubiese entregado al vicio de la vida nocturna que a esos condenados manifiestos y conspiraciones. Imagínate mi horrible, mi terrible angustia: el padre en palacio y el hijo en el antipalacio; yo, saliendo a la calle protegido de mi propio hijo por la policía, ya que este participaba en manifestaciones y lanzaba piedras. Yo no paraba de decirle: deja de pensar de una vez, que no te conduce a nada bueno; no pienses y diviértete, fíjate en los que hacen caso a los hombres inteligentes, mira sus caras serenas, sus frentes despejadas, sus ceños sin fruncir; mira cómo ríen cada día más, cómo gastan sus

energías en divertirse, y si algo les preocupa es cómo forrarse; el Señor siempre ha mirado con buenos ojos tales ambiciones y aspiraciones y no deja de pensar en cómo aliviar y hacer la vida acogedora a sus bienamados súbditos. «¿Y cómo –me responde Hailu– puede haber contradicción entre un hombre que piensa y un hombre inteligente?; si no piensa, no puede ser inteligente.» «Pues claro que puede serlo –le digo yo–, solo que él ha dirigido sus pensamientos hacia un puerto seguro, abrigado, recóndito y no a las rugientes ruedas de un molino, que trituran, y allí los ha depositado suavemente y los ha dejado de manera que nadie pueda meterse con ellos y ha aprendido a vivir sin ellos.» Pero era demasiado tarde. Hailu vivía ya en otro mundo; para entonces la universidad, situada cerca de palacio, se había convertido en un auténtico antipalacio, y solo los más valientes y atrevidos podían aventurar una incursión hasta allí, puesto que el espacio entre la corte y la docta institución recordaba cada vez más un campo de batalla donde se jugaba el destino del Imperio.

Evoca Z. S-K. el recuerdo de los sucesos de diciembre, cuando el comandante en jefe de la guardia imperial, Mengistu Neway, había acudido a la universidad para mostrarles a los estudiantes un mendrugo de pan, alimento que habían servido los rebeldes a los hombres más allegados al Monarca por toda comida. Aquel acontecimiento impresionó tanto a los estudiantes que nunca lo olvidarían. Uno de los oficiales de más confianza de Haile Selassie, les presentaba al Emperador –un ser divino, dotado con los atributos de lo sobrenaturalcomo a un hombre que toleraba la corrupción en palacio, que salvaguardaba un sistema obsoleto y que consentía la miseria de millones de súbditos. Aquel mismo día empezó la lucha y la universidad no volvería a conocer la paz. El turbulento conflicto entre el palacio y la universidad, que había durado casi catorce años, se saldó con decenas de víctimas y solo acabó con el destronamiento del Emperador.

En aquellos años existían dos imágenes de Haile Selassie. La primera –conocida por la opinión pública internacional– presentaba al Emperador como un monarca tal vez un tanto exótico pero valiente, al que caracterizaban una energía inagotable, una mente despierta y una profunda sensibilidad; como el hombre que había plantado cara a

Mussolini, recuperado el Imperio y el trono y que se había fijado el ambicioso objetivo de sacar a su país del subdesarrollo y de jugar un papel importante en el mundo. La segunda imagen –que iba formando gradualmente la parte crítica y, al principio, poco numerosa de la opinión pública etíope– presentaba al Monarca como un soberano capaz de hacer cualquier cosa con tal de mantener su poder y, ante todo, como un gran demagogo y un paternalista teatral, que con sus gestos y palabras enmascaraba la venalidad, la cerrazón y el servilismo de la élite gobernante, por él creada y mimada. Por lo demás, como suele ocurrir en la vida, ambas imágenes eran auténticas. Haile Selassie tenía una personalidad compleja: para unos resultaba encantador, en otros despertaba odio; unos le adoraban, otros le maldecían. Gobernaba un país en que se conocían solo los métodos más crueles de lucha por el poder (o por mantenerlo), en el que las elecciones libres eran sustituidas por el puñal y el veneno, y la discusión, por el disparo y la horca. Era un producto de esta tradición; él mismo echaba mano de ella. Y, al mismo tiempo, comprendía que había en ello una cierta inviabilidad, una total falta de puntos de contacto con el mundo nuevo. Sin embargo, no podía cambiar el sistema que lo mantenía en el poder, y el poder era para él lo más importante. De ahí su necesidad de refugiarse en la demagogia, en el ceremonial, en los discursos cesáreos sobre el desarrollo, tan carentes de sentido en Etiopía, el país de la miseria más espantosa y de la ignorancia más atroz. Era un personaje muy simpático, un político perspicaz, un padre trágico, un avaro patológico; condenaba a muerte a inocentes e indultaba a culpables por simples caprichos del poder, sin más: laberintos de la política de palacio, ambigüedades, oscuridad que nadie es capaz de escrutar.

Z. S-K.:

Inmediatamente después de la revuelta de Godjam el príncipe Kassa se propuso reunir a los estudiantes leales y organizar una manifestación de apoyo al Emperador. Cuando todo estaba ya listo, los retratos, las pancartas, Su Noble Majestad se enteró del asunto y reprendió duramente al príncipe. Cualquier manifestación quedaba descartada. Empezarían con gritos de apoyo y acabarían con insultos. Primero se darían vivas y luego no habría más remedio

que abrir fuego sobre ellas. Ya ves tú, amigo mío: nuestro Venerable y Todopoderoso Soberano dio prueba una vez más de su admirable perspicacia. Y lo digo porque en aquel momento, por culpa del desorden imperante y premura de tiempo, ya no fue posible desconvocar la manifestación. Así que cuando se puso en marcha el grupo de apoyo, compuesto por policías disfrazados de estudiantes, se le agregó enseguida una multitud violenta de estudiantes soliviantados, y aquella siniestra masa negra fue avanzando hacia palacio, y no hubo más remedio que sacar la tropa para que restableciera el orden. En este desgraciado enfrentamiento, que desembocó en un derramamiento de sangre, murió el dirigente estudiantil, Tilahum Gizaw, así como –¡ironías del destino!– varios de aquellos pobres policías que, a fin de cuentas, eran del todo inocentes. Recuerdo que era a finales de diciembre del sesenta y nueve.

El día siguiente fue para mí un día terrible y cruel, porque Hailu y todos sus compañeros fueron al entierro, y se congregó tal multitud alrededor del féretro que se podía hablar de una nueva manifestación. Y como ya resultaba imposible seguir tolerando la continua agitación, la constante conmoción que vivía la capital, el Excelso Señor se vio obligado a enviarles los carros blindados y a ordenar que se restableciera el orden con el máximo rigor. Y a causa de este rigor tan implacable más de veinte estudiantes resultaron muertos y fueron muchos los heridos y detenidos, tantos que ya ni recuerdo. Nuestro Señor mandó cerrar por un año la universidad, medida con la cual evitó la muerte de muchos jóvenes porque, de haber seguido estudiando, manifestándose y acosando a palacio, el Monarca habría vuelto a verse obligado a responder con apaleamientos, con tiros y derramando sangre.

El desmoronamiento

Es sorprendente la sensación de absoluta seguridad con que vivían todos los moradores de los pisos altos y medianos del edificio social en el momento en que estalló la revolución; con toda la ingenuidad del mundo debatían sobre las virtudes del pueblo, sobre su docilidad, sobre su devoción, sobre sus inocentes alegrías, cuando ya se cernía sobre ellos el año 93: cómica y aterradora imagen a un tiempo.

El antiguo régimen y la revolución, TOCQUEVILLE

Y había allí algo más, algo invisible, un ángel exterminador metido muy dentro.

Lord Jim, CONRAD

Algunos de entre los cortesanos de Justiniano que lo acompañaban en Palacio hasta altas horas de la noche tenían la impresión de verle no a él sino a un extraño fantasma. Uno de ellos afirmaba que de repente el Emperador se levantaba de un salto del trono y se ponía a pasear por la sala (cierto es que realmente no sabía permanecer mucho rato en un mismo sitio); de pronto su cabeza desaparecía y, sin embargo, el cuerpo seguía dando vueltas. El cortesano, pensando que la vista lo engañaba, permanecía allí de pie durante un buen rato, confuso e impotente; no obstante, más tarde, cuando la cabeza volvía a su sitio sobre los hombros, comprobaba con asombro que de nuevo veía aquello que no estaba allí escasos momentos antes.

Historia secreta, PROCOPIO DE CESAREA

Luego hazte la pregunta: ¿dónde está ahora todo esto? Humo, cenizas, leyenda; o, tal vez, ya ni siquiera leyenda.

Meditaciones, MARCO AURELIO

Ninguna vela, pertenezca a quien pertenezca, se mantiene encendida hasta la madrugada.

Los cónsules de Su Majestad Imperial, I. ANDRIC´

M. S.:

Durante muchos años serví a Su Altísima Majestad como encargado del mortero. Colocaba la máquina cerca del lugar en que el Bondadoso Monarca ofrecía banquetes a los pobres, ávidos de puchero. Cuando el festín tocaba a su término, yo disparaba al aire unas cuantas salvas. Una vez disparadas, los proyectiles se abrían dejando salir de su interior unas nubes multicolores que poco a poco iban cayendo suavemente sobre la tierra: no eran sino pañuelos variopintos con la efigie del Emperador. La gente se agolpaba, se empujaba a codazos, alargaba las manos; todos querían volver a casa con el retrato de Nuestro Señor, milagrosamente caído del cielo.

A. A.:

Nadie, lo que se dice nadie, amigo mío, presentía que se acercaba el fin. Aunque tal vez se detectara que algo flotaba en el ambiente, tal vez algo nos rondara por la cabeza, pero era tan vago, tan confuso que no se podía hablar del presentimiento de algo extraordinario. Y, sin embargo, hacía ya tiempo que el mayordomo deambulaba por palacio apagando un cada vez mayor número de luces, solo que nuestra vista se fue acostumbrando a ese paulatino apagamiento, y se producía en nosotros un confortable estado de resignación interior ante el hecho de que por lo visto-no visto todo debía ser así: apagado, eclipsado y sumido en la penumbra, en unas sombras tenebrosas y en una nebulosa oscuridad. Para colmo se habían producido en el Imperio desórdenes escandalosos, que causaron muchos disgustos al palacio entero, especialmente a nuestro ministro de Información, señor Tesfaye Gebre-Egzy, fusilado más tarde por los rebeldes que hoy detentan el poder.

Todo había empezado el verano del setenta y tres, cuando vino a

nuestro país un periodista de la televisión londinense, un tal Jonathan Dimbleby, Con anterioridad este hombre ya había venido algunas veces al Imperio para hacer películas elogiosas de Su Suprema Majestad, y por eso a nadie se le había ocurrido pensar que un periodista que primero había entonado alabanzas más tarde se atrevería a criticar. Pero está claro que así de vil es la naturaleza de esta gente sin fe ni dignidad. Baste con decir que esta vez Dimbleby, en lugar de mostrar cómo Nuestro Señor velaba por el desarrollo y el bienestar de la gente corriente, se perdió por algún lugar del norte, de donde –según decían– había vuelto impresionado y trastornado, e inmediatamente salió para Inglaterra. No había transcurrido ni un mes cuando llegó un despacho de nuestra embajada en Londres informando de que el señor Dimbleby había pasado por televisión una película suya titulada El hambre oculta, en la que el muy sinvergüenza, desprovisto de todo principio como individuo, se había servido de un truco demagógico para difamarnos: mostró miles de personas muriendo de hambre e inmediatamente después a Nuestro Venerable Señor comiendo opíparamente con los altos dignatarios; luego mostró caminos en que se apiñaban los cuerpos esqueléticos de decenas de pobres gentes víctimas del hambre y justo después, nuestros aviones trayendo desde Europa champaña y caviar; aquí, campos de famélicos moribundos y más allá a Nuestro Monarca sirviendo carne de una bandeja de plata a sus perros, y así sucesivamente: el esplendor-la miseria, la riqueza-la desesperación, la corrupción-la muerte, Además, el señor Dimbleby afirmaba que el hambre ya había causado la muerte de cien o, tal vez, doscientas mil personas y que en un futuro próximo otras tantas podían compartir el mismo destino. El despacho de la embajada decía que tras la proyección de la película en Londres, estalló un gran escándalo; hubo interpelaciones en el Parlamento, los periódicos levantaron un gran revuelo, todos condenaban a Su Real Majestad.

Puedes ver, amigo mío, la irresponsabilidad de la prensa extranjera, que, al igual que el señor Dimbleby, había alabado durante largos años a Nuestro Soberano y que de repente, sin motivo y, lo que es peor, sin mesura, lo condenaba. ¿Por qué se portó tan mal? ¿Por qué tanta traición e inmoralidad? A continuación la embajada informaba de que de Londres iba a salir un avión lleno de periodistas europeos que querían ver cómo es la muerte por

hambre, conocer nuestra realidad así como averiguar adónde había ido a parar el dinero que sus gobiernos habían dado a Su Augusta Majestad para que este pusiera en marcha el desarrollo y pudiera alcanzar e, incluso, tomar la delantera a otros. En una palabra: ¡injerencia en los asuntos internos del Imperio! Una agitada indignación se apodera entonces de palacio, pero el Más Extraordinario Señor ordena calma y sensatez. Ahora esperamos cuáles serán las disposiciones de nuestras autoridades. Lo primero en oírse son voces exigiendo el cese inmediato del embajador por haber enviado unos informes tan alarmantes y desagradables, que tanta inquietud han introducido en la vida de palacio. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores arguye que el cese no hará sino asustar a los demás embajadores y que éstos dejarán por completo de informar de lo que sea, lo que resulta inadmisible, pues el Venerable Señor tiene que saber lo que de él se dice en otras partes del mundo. Luego se oyen las voces de los miembros del Consejo de la Corona exigiendo interceptar el avión con los periodistas a bordo y mandarlo de vuelta, e impedir la entrada en el Imperio de toda esa banda de blasfemos. ¿Pero cómo impedirles la entrada?, pregunta el ministro de Información. En tal caso harán más ruido que nunca y más que nunca condenarán al Magnánimo Señor. Finalmente, tras muchas deliberaciones deciden proponerle a Su Bondadosa Majestad la siguiente solución: dejarles entrar pero negarlo todo. Así como suena, ¡negar el hambre! Retenerlos en Addis Abeba, enseñarles el desarrollo y que escriban solo aquello que consigan leer en nuestros periódicos. Y teníamos, querido amigo, una prensa muy leal, de una lealtad ejemplar, diría yo. Tampoco es que fuera una prensa excesivamente importante, a decir verdad, puesto que para treinta millones largos de súbditos se imprimían diariamente veinticinco mil ejemplares de periódicos, pero Nuestro Señor opinaba que incluso la prensa más adicta no debía aparecer en abundancia, pues tal exceso con el tiempo podría crear el hábito de leer y de ahí no hay más que un paso al hábito de pensar, y ya se sabe la de disgustos, sinsabores, tormentos y quebraderos de cabeza que esto acarrea. Porque una cosa puede estar escrita con lealtad pero ser leída sin ella; alguien empezará leyendo escritos leales pero después querrá alguno desleal, y de esta manera entrará en un camino que lo irá alejando del trono, desviará su atención del desarrollo y lo conducirá hasta los alborotadores. No, rotundamente no, Su Majestad no podía permitir tamaño

desvarío y descarriamiento, y por eso no era, ni mucho menos, un entusiasta de la lectura excesiva.

Poco tiempo después vivimos una auténtica invasión de corresponsales extranjeros. Recuerdo que nada más llegar aquel primer grupo, se celebró una conferencia de prensa. «¿Cómo se encara –preguntan– el problema de la muerte por hambre que está diezmando la población?» «No tengo conocimiento alguno de la existencia de tal problema», contesta el ministro de Información, y debo decirte, amigo, que no estaba tan lejos de la verdad. Primero porque en nuestro Imperio la muerte por hambre había sido una cosa natural y cotidiana a lo largo de centenares de años y jamás se le había ocurrido a nadie armar jaleo por ello. Llegaba la sequía, la tierra se desertizaba, moría el ganado, morían los campesinos: el normal y eterno orden de las cosas, acorde con las leyes de la naturaleza. A causa de esta condición de algo eterno, de esta normalidad, ninguno de los dignatarios se habría atrevido jamás a molestar al Supremo Señor con la insignificante información de que en su provincia alguien se había muerto de hambre. Por supuesto, Su Más Exaltada Majestad en persona visitaba las provincias pero no tenía por costumbre el detenerse en regiones pobres, allí donde el hambre campaba por sus respetos, y, además, ¿qué podía verse en el curso de una visita oficial? La gente de la corte tampoco solía ir a provincias porque bastaba que uno cruzara el umbral de palacio para que empezaran las habladurías y denuncias, de modo que, a la vuelta, comprobaría con sus propios ojos que sus enemigos le habían acortado sensiblemente la distancia entre su persona y la calle. Así las cosas ¿cómo podíamos saber que en el Norte hubiera hambre fuera de lo normal? «¿Podemos ir al Norte?», preguntan los corresponsales. «No se puede –explica el ministro–, porque hay muchos bandidos acechando por los caminos.» Y una vez más debo decir que no estaba lejos de la verdad, porque en aquella época llegaban numerosos informes diciendo que en las diferentes partes del Imperio se había multiplicado la subversión armada, la cual se agazapaba entre los vericuetos. Dicho esto, el ministro llevó a los periodistas de excursión por la capital, les enseñó las fábricas e hizo grandes elogios del desarrollo. Pero estos no querían ni oír hablar del desarrollo, solo se interesaban por el hambre, lo demás les importaba un comino, ¡querían hambre y nada más! «Eso de serviros hambre así como así –les dice el ministro–, lo veo muy

difícil; ¿cómo queréis que haya hambre habiendo desarrollo?»

Pero entonces surgió un nuevo contratiempo porque nuestros revoltosos estudiantes habían enviado al Norte a sus delegados y estos habían vuelto con montones de fotografías e historias terribles mostrando cómo moría la población, y todo esto se lo pasaron a los corresponsales a escondidas. Y estalló el escándalo; ya no se podía seguir afirmando que no hubiese hambre. Una vez más los corresponsales, fotografías en mano, se lanzan al ataque, preguntan qué ha hecho el gobierno en relación con el problema. «Su Majestad Imperial –contesta el ministro– considera el asunto de la máxima importancia.» «Háblenos de hechos, de cosas concretas, ¡concretas!», le grita sin ningún respeto aquella caterva de hijos de Satanás. «Nuestro Señor –responde el ministro con calma– comunicará a su debido tiempo cuáles son sus constataciones, intenciones, disposiciones y decisiones; los ministros no somos quien para solucionar este tipo de cosas ni es de nuestra incumbencia dar una determinada orientación a los asuntos del Imperio.» Finalmente los corresponsales se marcharon y lo que es ver el hambre de cerca no la vieron. Y todo aquel asunto, llevado con tanta discreción y dignidad, el ministro lo consideró como un éxito y nuestra prensa lo definió como una victoria. Este ministro siempre conducía las cosas de manera que todo acababa positivamente y así todo iba muy bien, de modo que temíamos que el día en que faltara, aires de tristeza y melancolía soplarían en palacio, como así fue, en efecto.

Además, debes tener en cuenta, gentil huésped, que –dicho sea entre nosotros– para un orden mejor y una mayor humildad de los súbditos, nada hay como dejar que el pueblo pase un poco de hambre, que adelgace. Nuestra propia religión manda un ayuno riguroso para la mitad de los días del año y nuestros mandamientos dicen que el que desobedece este precepto comete un pecado gravísimo y despide una infernal peste a azufre. En los días de ayuno no se debe comer sino una sola vez al día y nada más que una torta de harina con alguna especia por todo condimento. ¿Que por qué nos impusieron nuestros padres una regla tan severa, ordenándonos mortificar incesantemente nuestros cuerpos? Pues porque el hombre es malo por naturaleza y encuentra un deleite pecaminoso en caer en todas las tentaciones, sobre todo en las de la

desobediencia, la codicia y el apetito carnal. Porque dos son los anhelos vehementes que dominan el alma humana: el de la agresión y el de la mentira. Si no se le deja hacer daño a los demás, ella se autocastigará; si no encuentra a nadie a quien mentir, se mentirá a sí misma. El pan de la mentira sabe dulce al hombre, reza el Libro de los Proverbios, pero más tarde su boca se llenará de arena. ¿Cómo podemos protegernos de ese ser peligroso que se llama hombre y que somos todos nosotros? ¿Cómo amansarlo y domarlo? ¿Cómo desarmar la bestia y hacerla inocua? Un solo método existe para conseguirlo, amigo mío: debilitar al hombre. Tal como lo oyes: arrebatarle su fuerza, pues si carece de ella no podrá hacer mal a nadie. Y precisamente es el ayuno lo que debilita, es el hambre lo que quita las fuerzas. Así es nuestra filosofía amhara y así nos enseñan nuestros padres. Además, la experiencia lo confirma. La persona sometida al hambre durante toda su vida no se rebelará. No hubo rebelión alguna en el Norte. Allí nadie levantó ni la voz ni la mano. Pero apenas dejas que el súbdito tenga comida suficiente, se te sublevará en cuanto intentes quitarle su cuenco. La ventaja del ayuno consiste en que el hambriento solo piensa en la olla, todos sus sentidos se concentran en cómo llenar la panza, pierde en ello lo que le queda de fuerzas y ya no tiene voluntad ni cabeza para buscar el goce en la tentación de la desobediencia. Piensa tan solo en quién nos ha destruido el Imperio ¿Quién lo redujo a cenizas? Ni los que tenían mucho ni los que no tenían nada sino aquellos que tenían un poco. Oh, sí, hay que guardarse siempre de los que tienen un poco, porque constituyen la fuerza más negativa, la más voraz; ellos son los que pujan hacia arriba con mayor insistencia.

Z. S-K.:

Gran descontento e incluso gran indignación y unánime sentimiento de condena cundieron en palacio a causa de la falta de lealtad demostrada por los gobiernos europeos que habían permitido que el señor Dimbleby y compañía levantaran tanto revuelo por el tema de la muerte por hambre. Un sector de los dignatarios era partidario de seguir negándolo todo, pero esto ya era imposible habida cuenta de que el ministro en persona había comunicado a los corresponsales

que Su Majestad, siempre tan solícito, había considerado el problema del hambre como asunto de la máxima importancia. Por lo tanto resolvióse dar un giro de 180 grados y pedir ayuda a los bienhechores extranjeros. Como nosotros no tenemos, que otros nos den cuanto puedan. Y no había pasado mucho tiempo cuando empezaron a llegar buenas noticias. Una decía, por ejemplo, que unos aviones habían traído trigo, otra anunciaba la llegada de unos barcos con harina y azúcar, y así sucesivamente. Empezaron a venir masivamente médicos y misioneros, gente de organizaciones benéficas, estudiantes de universidades extranjeras pero también corresponsales disfrazados de enfermeros. Todos ellos se dirigieron al Norte, a las provincias de Tigre y Wollo, así como al Este, al Ogaden, donde, decían, tribus enteras morían de hambre. ¡El Imperio se convirtió en lugar de tráfico internacional! Sin embargo, le digo de antemano que tal movilización no fue recibida en palacio con excesiva alegría, pues nunca trae nada bueno el dejar entrar a tantos extranjeros, porque estos se quedan boquiabiertos ante cualquier cosa y, además, critican. Y ya lo ve, Míster Richard, el olfato no les falló a nuestros dignatarios. He aquí por qué: cuando los misioneros, médicos y enfermeros –los últimos, como ya he mencionado, no eran tales sino que se trataba de corresponsales disfrazados– llegaron al Norte, vieron –según las voces que corren– la cosa para ellos más asombrosa, a saber: miles de personas muriendo de hambre en medio de mercados y tiendas repletas de comida. Haber comida sí la había, decían, solo que había sido un año de mala cosecha y los campesinos habían tenido que entregarlo todo a los terratenientes y no les había quedado nada, situación de la que enseguida se habían aprovechado los especuladores para subir los precios a niveles tales que eran muy pocos los que podían permitirse el lujo de comprar un puñado de trigo; de ahí toda la desgracia. Un asunto desagradable, Míster Richard, porque los especuladores no eran otros que nuestros altos dignatarios y ¿cómo se puede llamar así a los representantes oficiales del Venerable Señor? ¿Oficiales y especuladores? ¡No, de ninguna manera! No se pueden tratar así las cosas. Por eso, cuando llegó a la capital el grito de los misioneros y enfermeros, enseguida se alzaron voces en palacio exigiendo que se expulsase a todos aquellos bienhechores y filósofos. Expulsar, decían otros, ¿cómo?; ¡no podemos interrumpir la operación hambre desde el momento en que Su Bondadosa Majestad considera el asunto de la máxima importancia! Una vez

más no se sabía qué partido tomar: expulsarlos, malo; no hacerlo, también malo. Y en medio del estado de confusión y vacilación que se creó, de repente, otra bomba. A saber: los enfermeros y los misioneros arman el gran escándalo porque los convoyes con harina y azúcar no llegan hasta los hambrientos. Algo debe de ocurrir, dicen los bienhechores, porque la ayuda se pierde en el camino y hay que averiguar adónde va a parar; así que, ni cortos ni perezosos, se ponen a husmear, indagar y merodear, a meter sus narices en todas partes; toda una injerencia. Resulta que otra vez se trata de los especuladores, que ocultan los envíos en sus almacenes particulares, disparan los precios y se forran. Hoy resulta difícil saber cómo se descubrió el pastel; algún traidor debió de pasar al enemigo ciertas informaciones. La razón no podía ser otra, porque todo había sido previsto y fijado de la manera siguiente: el Imperio, cómo no, aceptaba la ayuda, pero, eso sí, se reservaba el derecho de distribuirla como le pluguiere y nadie estaba autorizado a indagar adónde había ido a parar la harina o el azúcar. Todo intento de averiguarlo se habría considerado como una injerencia. Pero he aquí que nuestros estudiantes se alzan en lucha, salen a la calle, organizan manifestaciones, denuncian la corrupción, instan a los culpables a comparecer ante los tribunales. «¡Es una vergüenza, un deshonor, una ignominia!», gritan y proclaman que el Imperio ha tocado fondo y que sus días están contados. La policía aporrea, detiene. Gran conmoción, gran agitación.

En aquellos días, Míster Richard, mi hijo Hailu casi no aparecía por casa. Por aquel entonces, la universidad ya había declarado abiertamente la guerra a palacio. Esta vez todo había empezado por un asunto del todo insignificante, por un acontecimiento nimio y trivial, irrisorio de tan nimio, tan fútil que nadie habría reparado en él, nadie se habría molestado en pensar en él, y, sin embargo, a la vista está que a veces se producen momentos en que un suceso de lo más insignificante, una minucia, una tontería de nada, puede desembocar en una revolución y desatar una guerra. Por eso tenía mucha razón nuestro comandante en jefe de la policía, el general Yilma Shibeshi, cuando exhortaba a buscar siempre hasta debajo de las piedras, a buscar con celo y sin descanso, a estar siempre alerta, con la mosca detrás de la oreja y a no desestimar nunca el principio que reza que si un brote empieza a germinar de un semilla de ningún modo debe permitírsele crecer, no debe esperarse sino

cortarlo de raíz inmediatamente. Aunque el general mismo también buscó y, sin embargo –según lo confirmaron los hechos–, nada encontró. Y el fútil y banal acontecimiento fue que el Cuerpo de Paz americano había organizado un desfile de modas en la universidad, a pesar de que las reuniones multitudinarias estaban prohibidas. Pero ¿cómo habría podido Su Distinguidísima Majestad prohibirles a los americanos su desfile? Y este acontecimiento, tan desenfadado e inocente, lo aprovecharon los estudiantes para constituirse en una gran multitud y asaltar el palacio. A partir de aquel momento ya no dejaron que ninguna fuerza los volviese a meter en sus casas; implacables y vehementes, convocaron concentraciones, tomaron parte en las manifestaciones. Ya no cedían. Por su culpa el general Shibeshi se tiraba de los pelos, pues ni siquiera a él se le había ocurrido pensar que la revolución pudiera empezar por un desfile de modas. Pero es así como fue. «Padre –me dice Hailu–, es el principio de vuestro fin. No podemos seguir viviendo más tiempo de este modo. Estamos cubiertos de ignominia. Las muertes en el Norte y las mentiras de la corte han hecho que vivamos en la infamia. El país se hunde en la corrupción, sus gentes mueren de hambre, a cada paso no hay más que ignorancia y barbarie. Estamos avergonzados de lo que aquí ocurre, nos da vergüenza este país. Y como no tenemos otro, padre, tenemos que sacarlo del fango nosotros solos. Vuestro palacio nos ha desacreditado a los ojos del mundo y por eso no puede seguir manteniéndose. Sabemos que existe malestar en el ejército, el mismo que impera en la ciudad, así que ahora ya no podemos dar marcha atrás. No podemos continuar avergonzándonos.» Sí, Míster Richard, lo que más llamaba la atención en aquella gente joven, noble, pero también irresponsable, era ese sentimiento de vergüenza que experimentaban por el estado de su patria. Para ellos solo existía ya el siglo veinte o, tal vez, incluso el tan ansiado siglo veintiuno, época en que reinaría la santa justicia. Todo lo demás ya no les encajaba, les molestaba ya. No veían a su alrededor lo que habrían querido ver. Y está claro que habían decidido arreglar el mundo de manera que fuera posible contemplarlo con satisfacción, ¡Ay, estos jóvenes, Mister Richard!, ¡ay, la juventud!

T. L.:

Pues bien, en pleno morir de hambre, clamar de los misioneros y enfermeros, protestar de los estudiantes y apalear de la policía, Su Serena Majestad se dirigió en visita oficial a Eritrea, donde fue recibido por su nieto y comandante en jefe de la Marina, Eskinder Desta, y donde tenía previsto dar un paseo por mar a bordo del buque insignia Etiopía. Sin embargo, como únicamente se logró poner en marcha un motor, tuvo que cancelarse el crucero. Nuestro Señor, no obstante, embarcó en un buque francés, el Protêt, donde fue agasajado con una cena por Hiele, un conocido almirante marsellés. Al día siguiente, ya en el puerto Massawa, el Más Extraordinario Señor –tras elevar para la ocasión su grado militar al de gran almirante de la armada imperialascendió, con el ritual acostumbrado, a siete cadetes a oficiales de la Marina de Guerra, engrandeciendo de este modo nuestra fuerza naval. Igualmente confirió allí mismo altas distinciones a los infortunados dignatarios del Norte acusados por los misioneros y enfermeros de especular y robar a los pobres, para demostrar, de ese modo, que eran inocentes y acallar las calumnias y las malas lenguas extranjeras. Así pues parecía que las cosas habían vuelto a tomar buen cariz, que todo iba desarrollándose conveniente y favorablemente, más aún, de una manera sumamente oportuna y leal, que el Imperio crecía e incluso –como subrayaba Nuestro Señor– florecía, cuando de repente llega una noticia anunciando que los bienhechores de ultramar que se habían comprometido a cargar con la ingrata tarea de alimentar a nuestro pueblo, eternamente insaciable, se habían rebelado e interrumpían los envíos y que lo hacían porque nuestro ministro de Finanzas, el señor Yelma Deresa, queriendo engrosar las arcas del Imperio, había dispuesto que los aludidos bienhechores debían pagar por las ayudas cuantiosos aranceles. «¿Queréis ayudar? –había dicho el ministro–, hacedlo pues, ¡pero tendréis que pagar!» Y ellos habían respondido: «¡Pagar!, ¿cómo? ¿Encima hemos de pagar por la ayuda que os brindamos?» «Así es –había contestado el ministro–, tal es la ley. ¿Cómo pretendéis ayudar sin que el Imperio se beneficie de nada?» En aquel preciso momento nuestra prensa, haciendo frente común con él, alzó la voz para censurar a los malvados bienhechores quienes, al suspender los envíos, condenaban a nuestro pueblo a las sevicias de la miseria y a la muerte por inanición y actuaban contra el Emperador e interferían

en los asuntos internos. Para entonces, amigo mío, ya se habían extendido los rumores de que medio millón de personas habían muerto de hambre y los periódicos apuntaron todas esas muertes en el infame libro-registro de los malvados misioneros y enfermeros. Esta maniobra, consistente en que el gobierno acusara a los mencionados altruistas de maltratar y matar de hambre a nuestro pueblo, el señor Gebre-Egzy la consideró como un éxito, opinión que corroboró unánime toda nuestra prensa. Por aquel entonces, en unos momentos en que no se hablaba ni escribía de otra cosa que no fuera del nuevo éxito, el Venerable Señor, tras abandonar el hospitalario buque francés, regresó a la capital, donde fue recibido con la humildad y la gratitud acostumbradas, aunque –permítaseme hoy decirlo– ya se detectaba en aquella sumisión una cierta ambigüedad, una especie de doblez extraña, una –digámoslo así– humildad no humilde, y la gratitud tampoco se manifestaba con un gran fervor sino más bien de una manera recatada y reticente, aunque, a decir verdad, no es que nadie dejara de agradecer, no, solo que ¡qué gratitud tan pasiva, tan a regañadientes, tan... ingrata! Esa vez también, ¿cómo no?, la gente se prosternaba al paso del cortejo imperial, pero ¡qué diferencia con la prosternación de antes! Antes, amigo mío, prosternarse equivalía a fundirse con la tierra, a perder los sentidos, a convertirse en polvo, en ceniza, a arrastrarse por el suelo temblando de emoción; toda la miseria callejera se tornaba en una nada, alargaba los brazos y suplicaba clemencia. Pero ¿ahora?; claro que se hincaban de rodillas, pero sin vivacidad, como dormidos, como si lo hicieran por una imposición, por un hábito, para salir del paso, lenta, perezosa, en una palabra, negativamente. Eso es, se prosternaban negativamente, ni así ni asá, sin ganas; se me antojaba que se arrodillaban pero que en el fondo de sus almas seguían de pie, se prosternaban pero en sus pensamientos permanecían sentados, sumisión hacia fuera, rebeldía en el corazón. Sin embargo, ningún miembro del cortejo lo detectó, pero aun en el caso de que sí se hubiese dado cuenta de una cierta actitud de rechazo, una cierta indolencia por parte de los súbditos, tampoco lo habría comunicado a nadie, porque toda expresión de opiniones dubitativas era muy mal acogida en palacio, habida cuenta de que los dignatarios, por regla general, disponían de muy poco tiempo, y si a alguien le surgía una duda todo el mundo debía dejar de lado lo que estaba haciendo para dedicarse sin demora a disiparla y desterrarla por completo y a animar y reconfortar al

vacilante. De vuelta a palacio, Su Prudente Majestad recibió una denuncia de manos del ministro del Comercio, Ketema Yfru, donde se acusaba al ministro de Finanzas de haber provocado, con la imposición de tan altos aranceles, la suspensión del socorro a los hambrientos. No obstante, Nuestro Todopoderoso Soberano no tuvo ni una sola palabra de reprensión para el señor Yelma Deresa; todo lo contrario, satisfacción era lo que se dibujaba en su semblante, teniendo en cuenta que él nunca había visto con buenos ojos la dichosa ayuda, pues la resonancia que la acompañaba, todos aquellos suspiros llenos de lástima y compasión por el sino lamentable de los esqueléticos moribundos, estropeaba la imagen próspera e imponente de un Imperio que, no se olvide, avanzaba por el recto y llano camino del desarrollo, que daba alcance a los demás e, incluso, tomaba la delantera a algunos. Puestas así las cosas, ya no hacía falta que nos socorriera nadie con sus limosnas y los hambrientos debían contentarse con que el Bondadoso Señor en persona hubiese considerado su destino asunto de la máxima importancia, que les hubiese prestado una atención fuera de lo ordinario al ir más allá de los límites, infundiendo en los súbditos una consoladora y reconfortante esperanza, haciéndoles sentir que cada vez que se presentara en sus vidas algún malhadado infortunio, algún tropiezo insufrible, Su Magnánima Majestad les daría ese ánimo que tanto necesitaban, a saber: considerando esos males asunto de la máxima importancia.

D.:

¡El último año! Sí, pero ¿quién hubiera podido prever que el setenta y cuatro lo sería para nosotros? Bien es verdad que se sentía en el ambiente una cierta nebulosidad, una cierta impotencia turbia y melancólica, incluso un cierto nihilismo, y que el aire estaba espeso, quieto, cargado de nerviosismo, de tensión y laxitud, de oscuridad y luz, pero de ahí a que, de repente, de cabeza al abismo y ¡ya está! ¿Ya no hay nada? A que abráis de pronto vuestros ojos y ni rastro de palacio. A que busquéis y no lo encontréis. A que preguntéis y nadie os conteste dónde está... Y todo empezó... Precisamente, esta es la cuestión. Porque todo había empezado tantas y tantas veces,

sin terminar nunca; había habido muchos principios, pero ningún desenlace definitivo, tanto que, a fuerza de ese incesante empezar, de tanto inicio sin fin, un reconfortante consuelo había anidado en nuestras almas, acostumbradas ya a la idea de que siempre saldríamos de cualquier apuro, de que levantaríamos cabeza, de que lo que teníamos nos pertenecía y no lo entregaríamos jamás porque éramos capaces de sobrevivir a lo peor. Pero debió de haber algún error en esa confiada seguridad nuestra. Ya verá por qué. En enero del mencionado año, el general Belete Abebe hizo un alto en el camino al Ogaden, adonde se dirigía en viaje de inspección, y se detuvo en Gode, alojándose en los cuarteles del lugar. Al día siguiente llega a palacio un parte inaudito: el general ha sido detenido por los soldados, que le obligan a alimentarse con lo mismo que comen ellos. La comida debía de ser una bazofia infame porque se teme por la salud y hasta por la vida del general. El Emperador manda al lugar de los hechos un comando de paracaidistas de su propia guardia, el cual libera al general y lo traslada a un hospital. En aquel momento, señor mío, debió haber estallado un gran escándalo, porque el Distinguido y Todopoderoso Soberano dedicaba al ejército toda su atención en la hora militar-policíaca, continuamente aumentaba la paga e incrementaba el presupuesto de las fuerzas armadas, y de pronto resultaba que todos los aumentos se los habían embolsado los señores generales amasando unas fortunas muy considerables. Su Majestad, empero, no reprendió a ninguno pero sí ordenó dispersar a los soldados de Gode, echarlos a patadas. Tras ese incidente doloroso y merecedor de olvido y que indicaba una cierta insubordinación en el seno del ejército –y teníamos el ejército más grande de toda el África negra, motivo del indisimulado orgullo de Su Sublime Majestad– volvió a imperar la calma, aunque su reinado fue muy efímero, pues, transcurrido un mes, llega a palacio un nuevo parte; ¡otra vez lo inaudito! Resulta que en la sureña provincia de Sidamo, en la guarnición de Negele, se han amotinado los soldados y han puesto bajo arresto a oficiales de alto rango. Y todo porque en aquel pueblucho tropical de mala muerte se han secado los pozos de los soldados y los oficiales han prohibido sacar agua del suyo. La sed hace que la tropa pierda la razón y se alce en motín. Saltaba a la vista la necesidad de mandarle un comando de paracaidistas de la guardia para pacificarla, para cortar de raíz la rebelión, pero tenga presente, señor mío, que estamos en aquel terrible e increíble mes

de febrero, cuando la propia capital es escenario de unos acontecimientos tan repentinos y de una naturaleza tan subversiva que todo el mundo se olvidó de los levantiscos que en la lejana Negele habían tomado por asalto el pozo de los oficiales y se hartaban de agua. Pues sí, otros eran los males a los que la corte debía poner remedio en primer término, a saber: sofocar la revuelta que había estallado en las inmediatas proximidades de nuestro palacio.

¡Cuán asombrosa fue la causa que provocó la súbita conmoción que sacudió la calle! Bastó con que el ministro de Comercio subiera el precio de la gasolina. En respuesta, los taxistas inician inmediatamente una huelga. Al día siguiente, los profesores se suman a ella. Al mismo tiempo salen a la calle los alumnos de bachillerato, que asaltan e incendian los autobuses urbanos –permítame recordarle que la compañía de transportes era propiedad del Distinguidísimo Señor–. La policía intenta poner fin a estos excesos; coge a cinco estudiantes y, para divertirse, los tira desde lo alto de una colina y les dispara mientras ruedan por la ladera. Resultado: mata a tres y hiere gravemente a los dos restantes. Tras este incidente sobrevienen unos días casi de juicio final: la confusión, la desesperación, el insulto, la injuria. En apoyo de sus compañeros de bachillerato, salen en manifestación los estudiantes de la universidad, que ya no piensan en aplicarse diligentes al estudio o en mostrar gratitud y humildad sino, única y exclusivamente, en meter sus narices en todo y en socavar los cimientos de lo bueno y de lo justo. Ahora ya van derechos a la conquista de palacio, así que la policía dispara, aporrea, detiene, echa los perros; pero de nada sirve su disuasión. Entonces Su Bondadosa Majestad, con objeto de aquietar los ánimos y dar un motivo de alegría, ordena retirar el aumento del precio de la gasolina. Pero la medida cae en el vacío; ¡la calle no quiere calmarse! Por si fuera poco, de golpe y porrazo llega de Eritrea una noticia diciendo que se ha sublevado la Segunda División. Ocupan Asmara, ponen bajo arresto a su general, encierran al gobernador de la provincia y lanzan por radio una proclama impía. Exigen justicia, aumento de la soldada y enterramientos humanos. En Eritrea la vida era muy dura, señor mío; el ejército luchando constantemente contra la guerrilla, muchos, muchos muertos todos los días, así que ya desde hacía tiempo existía el problema de dar

sepultura a tanta gente. Para limitar los ya excesivos costes de la guerra, solo los oficiales disfrutaban del derecho a ser enterrados, mientras que los cuerpos de los simples soldados se dejaban a merced de las hienas y de los buitres, y esta desigualdad acabó provocando la rebelión. Al día siguiente se suma a los rebeldes la Marina de Guerra, y su comandante en jefe, el nieto del Emperador, huye a Djibuti. ¡Qué situación tan desagradable que el miembro de una familia de tan alta cuna tenga que salvar el pellejo de un modo tan impropio, tan indigno y deshonroso! Pero no para ahí la cosa, señor; la avalancha sigue arrasando. El mismo día se subleva la Aviación; los aviones sobrevuelan la ciudad, y se rumorea que arrojan bombas. Un día más tarde se subleva la Cuarta División, la más grande e importante de entre nuestras divisiones, que en pocos minutos rodea la capital, exige más paga y reclama que se someta a juicio a los señores ministros y a otros altos dignatarios que, según afirman los encolerizados soldados, se han corrompido de una manera espantosa y deben subir a la picota. Y bien, si la Cuarta División arde, eso quiere decir que el fuego no tardará en alcanzar a palacio y que hay que ponerse a salvo lo más de prisa posible. En vista del panorama, esa misma noche, Su Magnánima Majestad anuncia un aumento en la soldada y exhorta a los sublevados a que regresen a sus cuarteles al tiempo que les recomienda calma y docilidad. Paralelamente, preocupado por la buena imagen de la corte, ordena dimitir al primer ministro Aklilu junto con todo su gabinete, cosa que debió de costarle mucho porque Aklilu, pese a no gozar de simpatías en palacio y sí a suscitar numerosas condenas, no dejaba de ser el gran favorito y el hombre de más confianza del Emperador. Presentada la dimisión, Su Majestad elevó al cargo de primer ministro al dignatario Endelkachew, quien tenía fama de hombre liberal, culto y de gran talento para formular frases redondas.

N. L. E.:

Trabajaba yo por aquel entonces en la oficina del gran chambelán de la corte como encargado de la sección de contabilidad, El cambio de gobierno nos echó encima muchísimo trabajo, habida cuenta de

que nuestra sección tenía encomendado supervisar las instrucciones imperiales referentes a la manera, el orden y el número de veces en que se mencionaban las distintas personalidades y dignatarios de la corte. El Emperador en persona debía ocuparse de este asunto, porque todos y cada uno de los dignatarios querían ser mencionados siempre y, además, lo más cerca posible del nombre del Todopoderoso Monarca, y eran interminables las disputas, rencillas e intrigas en torno a quién había sido mencionado y quién no, cuántas veces y en qué lugar. Y, a pesar de que recibíamos unas instrucciones muy precisas por parte del trono y de que nos regíamos por unas normas muy estrictas acerca de a quién podíamos mencionar y con qué frecuencia, se había creado tal clima de insolencia y voracidad que a nosotros, simples empleados, nos presionaban los dignatarios para que los mencionáramos fuera de turno y más veces de la cuenta. «Menciónname, menciónname –decían unos y otros– y cuando necesites algo podrás contar conmigo.» ¿Acaso era de extrañar que cayésemos en la tentación de mencionar a uno u otro más de lo debido para así ganarnos un poderoso protector? Sin embargo, el riesgo que corríamos no era de desestimar, pues los contrincantes contaban escrupulosamente en cuántas ocasiones era mencionado cada cual y si descubrían cualquier superávit, corrían a denunciarlo al Venerable Señor, y este o bien castigaba al culpable o bien suavizaba las cosas. Finalmente, el gran chambelán dio la orden de introducir tarjetas de mencionabilidad de cada dignatario, en las que debíamos inscribir el número de veces que cada uno de ellos había sido nombrado. También era nuestro deber elaborar un informe a finales de cada mes y remitirlo al Emperador, quien, con todos los datos a la vista, dictaba disposiciones adicionales de dónde quitar y en dónde añadir un poco más. De pronto nos vimos obligados a retirar todas las tarjetas del gabinete de Aklilu e introducir otras nuevas en su lugar. Para nosotros fueron unos momentos de gran tensión, porque los nuevos ministros presionaban ansiosos para que se los mencionara; intentaban por todos los medios participar en banquetes, recepciones o cualquier otra ceremonia pública con tal de ver aparecer su nombre. Por lo que a mi persona se refiere, justo después del cambio de gabinete me pusieron de patitas en la calle porque una vez – ¡incomprensible e imperdonable!– se me quedó la mente en blanco y no mencioné al nuevo ministro de la Corte, el señor Yohannes Kidane, quien se enfureció tanto que, a pesar de

mis súplicas de clemencia, mandó expulsarme.

marzo-abril-mayo

S.:

Supongo que no tengo que convencerte, amigo mío, de que fuimos víctimas de un complot diabólico. De no haber sido así, palacio se habría mantenido mil años más, porque ninguno se derrumba por sí solo. Pero lo que hoy sé no lo sabía ayer, cuando la imparable marea de la destrucción nos arrastraba hacia el abismo, en tanto que nosotros, ciegos, ofuscados, embriagados, endemoniados casi, confiando, arrogantes, en nuestro poder, fuerza y superioridad, no divisábamos el fin. Y la calle, mientras tanto, continuamente agitada. Protesta todo el mundo: los estudiantes, los obreros, los musulmanes; todos exigen derechos, organizan huelgas, convocan manifestaciones, cubren de improperios al gobierno. Llega un parte informando de que se ha sublevado la Tercera División, estacionada en el Ogaden. Ahora la subversión y la animadversión hacia el poder se ha adueñado ya de todo el ejército; solo la guardia imperial se mantiene todavía leal. A causa de esta anarquía envalentonada y de una incitación al ultraje, tan desproporcionadas en el tiempo y en el espacio, los dignatarios de palacio empiezan a murmurar, a mirarse los unos a los otros, y en esas miradas suyas se dibuja la pregunta muda: ¿qué va a ser de nosotros?, ¿qué hacer? Ahogada y aplastada, la corte entera se llena de susurros, pst-pst, por aquí, pstpst, por allá, y ya no se hace nada, solo deambular por los pasillos, reunirse en los salones y cuchichear sotto voce, tramar Dios sabe qué, manifestar el descontento, maldecir al pueblo. Y así, entre palacio y calle se crea un sofocante clima de mutuo descrédito, reprobación, envidia y odio que todo lo envenena.

Me atrevería a afirmar que poco a poco van surgiendo en palacio tres bandos. El primero, constituido por los de las rejas, camarilla cerril e implacable, que exige el inmediato restablecimiento del

orden y exhorta a que se detenga a los elementos levantiscos, a que se meta en la cárcel a los sublevados, a que se pongan en funcionamiento las porras y las horcas. Este bando se constituye bajo el liderazgo de una hija del Emperador, Tenene Work, dama de sesenta y dos años, feroz y eternamente malhumorada, que siempre ha reprochado al Venerable Señor su inmensa bondad. El segundo bando agrupa a los de la mesa. Se trata de la camarilla de los liberales, hombres débiles y además con tendencia a filosofar, los cuales consideran que se debe invitar a los rebeldes a sentarse a una mesa negociadora, hablar con ellos, escuchar lo que tengan que decir e introducir en el Imperio algún que otro cambio, alguna que otra mejora. Aquí la voz cantante la lleva el príncipe Mikael Imru, una mente abierta, una naturaleza propensa a hacer concesiones, y él mismo, hombre de mundo, conocedor de países desarrollados. Finalmente, el tercer bando es el formado por los del corcho, que, a mí entender, es el más numeroso en palacio. Estos carecen de opinión propia pero cuentan con que, como el tapón de corcho en el agua, también ellos flotarán sobre la ola de los acontecimientos, y con que todo acabará arreglándose y ellos llegarán a puerto sanos y salvos.

Cuando la corte se hubo ya dividido entre los de las rejas, los de la mesa y los del corcho, cada uno de los bandos se dedicó a exponer sus razones aunque lo hizo en secreto, incluso clandestinamente, porque al Ilustrísimo y Más Extraordinario Señor no le gustaban las camarillas por una simple razón: detestaba el parloteo, las presiones y toda insistencia que turbase la paz. Comoquiera que fuera, gracias a que se crearon estas banderías y a que no tardaron en ponerse de vuelta y media, en enseñarse las uñas y los dientes, en saltarse a los ojos, en palacio revivió por un tiempo el vigor de antaño; por un tiempo, en fin, digo, nos sentimos todos en casa.

L. C.:

Por aquel entonces a Nuestro Señor le costaba cada vez más trabajo levantarse del lecho. Dormía mal o se pasaba en vela noches enteras y luego, durante el día, echaba cabezadas. A nosotros ya no nos

hablaba, ni siquiera se mostraba elocuente a la hora de la comida o de la cena, a las que asistía acompañado de su familia y en las que ya apenas si probaba bocado; cada vez se sumía más en el silencio. Revivía tan solo a la hora de las denuncias, porque sus hombres le traían en aquella ocasión noticias interesantes, como que en la Cuarta División se había fraguado una conjura de oficiales, los cuales tenían agentes en todas las guarniciones y en la policía de todo el Imperio, aunque los delatores no sabían decirle quiénes formaban parte de la conspiración; así de grande era el secreto en que se mantenían las cosas. Su Venerable Majestad, decían más tarde los soplones, les prestaba atención con sumo agrado pero no dictaba disposición alguna, y, mientras los escuchaba, no hacía ninguna pregunta. Les sorprendía, asimismo, que sus denuncias no surtieran el efecto esperado, pues el Más Extraordinario Señor, en lugar de ordenar detenciones y ahorcamientos, se ponía a pasear por el jardín, a alimentar a las panteras, a tirar alpiste a los pájaros, y no salía de su silencio. Sin embargo, a mediados de abril, cuando la calle vivía momentos de agitación que no parecían acabar nunca, Su Majestad ordenó una ceremonia de sucesión en palacio. En la gran sala del trono se reunieron nobles y altos dignatarios, que, expectantes, comentaban a media voz a quién iría a nombrar sucesor el Emperador. Se trataba de una gran novedad, pues con anterioridad Nuestro Señor siempre había castigado severamente todo rumor o cuchicheo sobre el tema. Sin embargo, ahora, sumamente conmovido, hasta el punto de que apenas si se podía oír su voz, quebradiza y muy baja. Su Magnánima Majestad anunció que, en vista de su avanzada edad y de las llamadas cada vez más frecuentes del Señor de los Ejércitos, nombraba su sucesor –tras su pío óbito– a su nieto Zera Yakob. Aquel joven de veinte años residía por aquel entonces en Oxford, adonde había sido enviado a estudiar hacía algún tiempo con objeto de alejarlo del país, donde, por haber llevado una vida demasiado agitada, había dado muchos disgustos y quebraderos de cabeza a su padre y único hijo ya del Emperador, príncipe Asfa Wossen, quien, víctima de una parálisis incurable, permanecía en un hospital de Ginebra. Y a pesar de que tal era la voluntad sucesoria de Su Majestad, los viejos dignatarios y los ancianos miembros del Consejo de la Corona empezaron a murmurar e, incluso, a protestar a escondidas diciendo que no pensaban someter sus fieles servicios a las órdenes de semejante mocoso, pues el hacerlo supondría humillación y ofensa a su

venerable edad y a sus numerosos méritos. Inmediatamente empezó a fraguarse un bando antisucesión, dedicado a intentar colocar en el trono a la hija del Emperador, aquella dama de las rejas, Tenene Work. Tampoco tardó en surgir un segundo bando, que pretendía llevar al trono a otro nieto del Emperador, el príncipe Makonnen, que por aquel entonces cursaba estudios en Norteamérica, en una academia militar. Y así, amigo mío, en medio de todas las intrigas de la sucesión, tan repentinamente desencadenadas y que sumergieron a la corte entera en su estridencia y virulencia, hasta el punto de que ya nadie pensaba en lo que estaba ocurriendo en el Imperio, qué digo, ni siquiera en las calles más próximas a palacio, de pronto, sin que nadie se lo esperara –¡de qué forma tan imprevista y qué manera de pillar a todos por sorpresa!–, el ejército entra en la ciudad y, durante la noche, arresta a todos los ministros del dimitido gabinete Aklilu; encierran incluso al propio Aklilu junto con doscientos generales y oficiales de alta graduación conocidos por su extraordinaria e inquebrantable adhesión al Emperador. Aún no le ha dado tiempo a nadie de recuperarse del fulminante impacto provocado por tan inaudito acontecimiento cuando llega la noticia de que los conjurados han detenido al jefe del Estado Mayor, el general Assefa Ayena, el hombre más leal al Emperador, el mismo que le había salvado el trono durante los sucesos de diciembre al aniquilar al grupo de los hermano Neway y derrotar a la guardia imperial. Palacio se sume en un clima de amenaza, miedo, confusión y angustia. Los de las rejas presionan al Emperador para que haga algo, que ordene rescatar a los detenidos, que disperse a los estudiantes y mande ahorcar a los conjurados. El Bondadoso Señor escucha con atención todos los consejos, asiente con la cabeza, consuela. Al mismo tiempo, los de la mesa dicen que es la última oportunidad para sentarse a negociar, a engatusar a los conspiradores y arreglar el Imperio, mejorarlo. A estos el Más Amable de los Señores los escucha también con atención al tiempo que asiente y consuela. Los días pasan y los conjurados, mientras tanto, sacan de palacio y arrestan hoy a uno, mañana a otro. En vista de lo que ocurre, la dama de las rejas vuelve a molestar a Su Excelentísima Majestad reprochándole que no defienda a los dignatarios más leales. Pero se ve, amigo mío, que así es la vida. Muestra mucha lealtad, matarte han por la espalda, porque el Rey, Nuestro Señor, no levantará su espada cuando del bando enemigo te ataquen con grande saña. La princesa sí acudió a la demanda

defendiendo a sus secuaces, poniendo toda su rabia y desoyendo del Rey las más prudentes palabras.

Se aproximaba el mes de mayo, es decir, llegaba la hora en que el gabinete del ministro Makonen debía prestar juramento. No obstante, el protocolo imperial comunica que tal cosa será difícil porque la mitad de los ministros o bien está detenida, o bien se ha fugado al extranjero, o bien nunca se ha presentado en palacio. Por lo que hace al propio Primer Ministro, los estudiantes insultan y apedrean a un hombre que nunca había sabido ganarse las simpatías de nadie. Además, justo después del ascenso parecía que Makonen estuviera inflado, que una invisible bolsa de aire le llenara el cuerpo, pues se había hinchado, aumentado de volumen, su vista estaba como nublada; su mirada, al perderse en la lejanía, no reconocía a nadie de modo que nadie podía acercársele, ablandarlo. Una fuerza sublime parecía desplazarlo por los pasillos, lo hacía aparecer en los salones, donde entraba y salía todo él inaccesible, inalcanzable. Cuando se dejaba ver en alguna parte, su persona emergía envuelta en una aureola de autoadoración, de un rendirse culto a sí misma. Los demás no tenían más que seguirlo y lo hacían extasiados por el humo de sus propios inciensos, iluminados por su propio servilismo y voluntaria sumisión. Ya entonces se sabía que Makonen no iba a durar mucho, puesto que ni los soldados ni los estudiantes lo querían. Yo ya ni me acuerdo de si finalmente se celebró la jura o no, dado que cada dos por tres le encerraban a uno u otro ministro. Has de saber, amigo mío, que la astucia de nuestros conspiradores era extraordinaria, pues en cuanto detenían a alguien, declaraban sin demora que lo hacían en nombre del Emperador y acto seguido proclamaban su lealtad hacia él, con lo cual le proporcionaban una gran alegría. Así pues cuando Tenene Work acudía a su padre para despotricar del ejército, este la reprendía al tiempo que elogiaba la fidelidad y entrega de sus fuerzas armadas, cosa de la que no tardó en tener prueba fehaciente cuando a comienzos de mayo los veteranos desfilaron ante palacio en una manifestación de adhesión profiriendo gritos en honor del Venerable Señor. El Distinguido Monarca salió al balcón para saludarlos y agradecer a todo el ejército su lealtad inquebrantable así como para desearle que la buena suerte y los éxitos siguieran acompañándole.

junio-julio

U. Z-W.:

En palacio se viven momentos de angustia, temor y expectación sobre lo que traerá el mañana cuando, de repente, Su Majestad manda llamar a sus consejeros, les riñe porque descuidan el desarrollo y, tras echarles la regañina, anuncia que vamos a levantar presas en el Nilo. «¿Cómo podremos hacerlo –gruñen confusos los consejeros para sus adentros– cuando las provincias se mueren de hambre, el pueblo vive en permanente estado de agitación, los de la mesa piden entre dientes que se arregle el Imperio y los oficiales conspiran y arrestan a los dignatarios?» Los pasillos no tardan en llenarse de susurros irreverentes instando a que se preste atención y ayuda a los hambrientos y que se abandone la idea de levantar presa alguna. En respuesta, el señor ministro de Finanzas explica que si se construyen las presas en cuestión, se podrá desviar el agua hacia los campos y las cosechas se tornarán tan abundantes que nunca más habrá hambrientos. «Está bien –refunfuñan los gruñones–, pero hay que ver la de años que se necesitan para esto y, mientras tanto, el pueblo acabará por morirse de hambre.» «El pueblo no morirá –arguye el ministro de Finanzas–; si no se ha muerto hasta ahora, es que ya no se muere. Y si –dice– no construimos estas presas ¿cómo vamos a alcanzar a nadie o tomarle la delantera?» «Pero ¿qué necesidad tenemos de competir y con quién?», vuelven a refunfuñar los gruñones. «¿Cómo que con quién?, con Egipto», replica el ministro de Finanzas. «Pero señor, si Egipto es mucho más rico que nosotros y aún así no ha erigido la presa de su propio bolsillo; nosotros ¿de dónde vamos a sacar el dinero para levantar las nuestras?» Aquí el señor ministro se enfadó en serio con aquellos gruñones que todo lo ponían en tela de juicio y se puso a aleccionarles, a tratar de meterles en la cabeza lo importante, lo vital que era sacrificarse por un desarrollo que, de no construirse las presas, no sería realidad; y que no debíamos olvidar que Su Majestad había ordenado que todos nosotros nos debíamos

desarrollar sin cesar, sin descansar ni por un minuto, entregándonos a ello en cuerpo y alma. Acto seguido el señor ministro de Información hizo pública una nota definiendo la decisión de Su Venerable Majestad como un nuevo éxito, y recuerdo incluso que en un abrir y cerrar de ojos la capital se vio empapelada con la siguiente consigna: ¡Aunque chille el traidor miserable, nuestro desarrollo es imparable! ¡Presas levantadas, riqueza asegurada! Todo este asunto enfureció tanto a los oficiales-conspiradores que, varios días después de que el Más Excelentísimo y Más Ilustre de los Señores en persona creara el Consejo Imperial de Supervisión de Presas, metieron en la cárcel a todos sus miembros so pretexto de que la medida solo podía dar lugar a una corrupción aún mayor y que el pueblo sufriría más hambre que nunca. Sea como fuere, a mí, personalmente, siempre se me ha antojado que la fechoría de los oficiales debió de causarle mucho dolor a Nuestro Señor, quien, sintiendo que los años le pesaban cada vez más, quería dejar tras de sí un monumento imponente y admirado por todos, una obra que, pasados muchos, muchos años, hiciese exclamar a todo aquel que consiguiese llegar hasta las presas imperiales: «¡Mirad todos!, ¿quién si no el Emperador en persona hubiera sido capaz de levantar semejantes maravillas; colocar montañas atravesando el río?» En cambio, si hubiera hecho caso a los susurros y murmullos instando a dar de comer a los famélicos en lugar de erigir presas, estos, aunque finalmente saciados, de todos modos acabarían por morirse un día y no dejarían huella alguna de su paso ni del de nuestro Emperador.

Durante un buen rato U. Z-W. se queda pensativo reflexionando sobre si ya para entonces el Emperador se había planteado la posibilidad de renunciar al poder. Al fin y al cabo ¿no había designado un sucesor del trono y mandado que se alzase un monumento eterno bajo la forma de unas presas en el Nilo? (¡qué idea tan extravagante frente a otras necesidades más acuciantes del Imperio!). Sin embargo, opina que se trataba de algo distinto. Al nombrar sucesor del trono a su nieto, un adolescente, había querido castigar a su propio hijo por el deshonroso papel que este había jugado en los acontecimientos de diciembre del sesenta. Ordenando la construcción de las presas en el Nilo, había querido demostrar al mundo que el Imperio crecía y florecía, y que

todas las acusaciones de miseria y corrupción no eran sino habladurías maliciosas de los enemigos de la corona. En realidad, dice U. Z-W., la idea de dejar el trono era del todo ajena a la naturaleza del Emperador, que consideraba el Estado como obra de su creación, y creía que en el mismo momento en que él faltara, el país se desmoronaría y dejaría de existir. ¿Acaso iba a aniquilar su propia obra? O, lo que habría sido peor, abandonando los muros de palacio ¿iba a exponerse voluntariamente a los golpes de los enemigos que le acechaban? No, el abandono no entraba en sus cálculos, todo lo contrario; después de unos breves ataques de depresión senil el Emperador parecía resucitar; revivía, recobraba vigor, hasta se podía leer en su semblante de anciano el orgullo de estar en tan buena forma física, de ser un hombre de mente lúcida, de tener y ejercer el poder.

Llegó junio, es decir el mes en que los conspiradores, habiendo afirmado su fuerza, reemprendieron sus astutos ataques contra palacio. Esa astucia suya, que todo lo arrasaba, consistía en que realizaban todas sus acciones encaminadas a la destrucción del sistema con el nombre del Emperador en los labios, como si cumplieran su voluntad y ejecutaran humildemente sus órdenes. En esta ocasión obraron del mismo modo: declarando que lo hacían en nombre del Emperador, crearon una comisión para investigar la corrupción entre los dignatarios; averiguaron sus saldos bancarios, calcularon el valor de sus fincas y estimaron a cuánto ascendía el resto de bienes. Un gran pánico cundió entre la gente de palacio, pues en un país pobre, en que la fuente de la riqueza no la constituye una laboriosa productividad sino unos privilegios fuera de lo común, ningún dignatario podía tener la conciencia tranquila. Los más cobardes querían huir al extranjero pero los militares habían cerrado el aeropuerto e implantaron la prohibición de abandonar el país. Una nueva oleada de detenciones se puso en marcha; todas las noches desparecía más gente de palacio, la corte se iba quedando cada vez más desierta. La noticia del encarcelamiento del príncipe Asrate Kassa, que presidía el Consejo de la Corona y era la segunda persona de la monarquía después del Emperador, provocó una gran conmoción. También dio con sus huesos en la cárcel el ministro de Asuntos Exteriores, Minassie Haile, junto con otros cien personajes. Al mismo tiempo, el ejército ocupó la emisora de radio y por primera vez anunció que el movimiento de renovación estaba encabezado por un comité coordinador de las fuerzas armadas y la policía, que actuaba –volvieron a repetir– en nombre del Emperador.

C.:

Todo el mundo, amigo mío, perdió la cabeza porque signos extraños habían aparecido en el cielo. La Luna y Júpiter, deteniéndose en los lugares séptimo y duodécimo en vez de tender a formar un triángulo, empezaron, siniestros, a formar la figura de mal agüero de un cuadrado. A causa de ello los hindúes que interpretaban los signos en la corte huían ahora despavoridos de palacio, seguramente porque tenían miedo de provocar la ira de Su Venerable Majestad con tan funestos augurios. No obstante, la princesa Tenene Work sí debía de haber acudido a ciertas citas secretas con algunos de los mencionados hindúes, porque recorría el palacio llena de agitación y no paraba de molestar a Nuestro Señor exhortándole a que ordenara prisiones y ahorcamientos. Los demás miembros de las rejas también insistían e incluso suplicaban de rodillas al Distinguido Señor para que pusiese coto y colocase tras los barrotes a los conspiradores. Sin embargo, cuál no sería su estupefacción, su confusión, cuando vieron que Su Más Extraordinaria Majestad lucía todos los días el uniforme militar, en el que no faltaba ninguna de sus muchas condecoraciones, y llevaba el bastón de mariscal, como si quisiera demostrar que seguía al frente de su ejército, que seguía ostentando el mando, ¡que las órdenes las daba él! ¿Qué importaba que ese mismo ejército dirigiera sus ataques a palacio? Porque si bien es cierto que lo atacaba, lo hacía guiado por él: unas fuerzas armadas fieles y adictas que lo hacían todo ¡en nombre del Emperador! ¿Que eran rebeldes? Ciertamente, pero ¡eran rebeldes leales! He aquí el quid de la cuestión, amigo mío; el Venerable Señor siempre había querido ser dueño de la situación, fuese la que fuese, así que, si se desataba una rebelión, quería también ser dueño de ella, aparecer como su jefe, incluso cuando esta apuntaba contra su propia soberanía. Los de las rejas murmuraban que un embotamiento maligno debía de obcecar a Nuestro Señor si este no era capaz de darse cuenta de que, obrando como lo hacía, contribuía a su propia caída. No obstante, Su Bondadosa Majestad, sin hacer caso de nadie, recibió en palacio a una delegación del comité rebelde,

llamado «Derg» en amhara, se encerró con ellos en su despacho y ¡parlamentó con los conspiradores! Y ahora, amigo mío, aunque no sin sentir vergüenza, voy a confesarte que en aquel mismo momento dejáronse oír por los pasillos rumores impíos y sumamente punibles en el sentido de que el Distinguidísimo Señor había perdido el juicio, pues la mencionada delegación se componía de cabos y sargentos, y ¿cómo se podía consentir que Su Sublime Majestad se sentara a una misma mesa con militares de tan baja estofa? Hoy resulta difícil saber a ciencia cierta qué pudo tratar con aquella gente, pero, poco después, dio comienzo una nueva ola de detenciones y palacio quedó aún más despoblado. Encerraron al príncipe Mesfin Shileshi no obstante ser un gran señor, poseedor de un ejército propio, al que desarmaron rápidamente. Encerraron al príncipe Worku Sellasie, propietario de inmensas extensiones de tierra. Encerraron al yerno del propio Emperador, el general Abiye Abebe, ministro de Defensa. Finalmente, encerraron al Primer Ministro, Endelkachew, junto con algunos miembros de su gabinete. Desde entonces ya cada día encerraban a alguien, repitiendo siempre que lo hacían en nombre del Monarca. La dama de las rejas no paraba de importunar a su venerable padre presionándole para que no transigiera más. «¡Padre –le decía–, plántales cara y demuestra lo duro que eres!» Sin embargo –seamos francos–, ¿qué mano dura puede tenerse a una edad tan avanzada? A Nuestro Señor ya no le quedaba más que una mano blanda de qué servirse y dio pruebas de gran sabiduría al resignarse a actuar sin dureza para apaciguar a los conjurados en lugar de esgrimir firmeza y energía. Y aquella dama de hierro contemplaba con tanta más rabia la tolerancia cuanto más ansiaba la dureza; nada podía proporcionarle paz, calmar sus nervios alterados. No obstante, Su Bondadosa Majestad nunca se dejó llevar por la ira, sino que, por el contrario, siempre elogió a la pobre mujer, consolándola y dándole ánimos.

Ahora los conspiradores visitaban palacio cada vez más a menudo, y Nuestro Señor los recibía, escuchaba cuanto tenían que decir, elogiaba su lealtad, los alentaba. Ante esta situación, los que más contento mostraron fueron los de la mesa, que no cesaban de insistir en que había que sentarse a negociar, introducir mejoras en el Imperio, satisfacer las demandas de los rebeldes. Y cuantas veces se manifestaron en este sentido, otras tantas elogió Nuestro Extraordinario Señor su lealtad, los consoló y les infundió ánimos.

Pero tampoco los de la mesa se libraron de las manos expeditas de los militares, por lo que sus voces se oían cada vez menos. En aquel tiempo, los salones, pasillos, patios y pórticos se iban quedando más y más desiertos de día en día, y, sin embargo, cosa extraña, nadie se manifestaba dispuesto a emprender la defensa de palacio. Nadie gritó que se cerrasen sus puertas y se sacasen las armas. Se miraban unos a otros pensando: tal vez se lleven a ese y me dejan a mí en paz. En cambio, si levanto algún revuelo en contra de los rebeldes, quizás sea a mí a quien metan entre rejas dejando en paz a los demás. Más vale estarse quieto y no pillarse los dedos. Más vale callar primero para no llorar después. Más vale cerrar la boca, que toda prudencia es poca. No obstante, algunas veces acudían al Señor para preguntarle qué hacer, y Su Suprema Majestad escuchaba con atención las quejas, se deshacía en elogios y daba más ánimos. Pero, pasado un cierto tiempo, resultó cada vez más difícil conseguir audiencia pues el Distinguidísimo Soberano, cansado de oír solo quejas y lamentos, peticiones y denuncias, recibía mucho más gustoso a embajadores de otros países o a cualquier otro enviado extranjero, que, al elogiarlo, consolarlo y darle ánimos, le proporcionaba un verdadero alivio. Estos embajadores que acabo de mencionar así como los conjurados fueron las últimas personas con las que habló Su Majestad antes de su partida, y todos ellos afirmaron unánimamente que lo habían visto en plena salud y conservando intactas sus facultades mentales.

D.:

El escaso resto de los de las rejas que aún permanecía en palacio iba y venía por los pasillos exhortando a actuar. Hay que movilizarse, decían sus componentes, pasar a la ofensiva, enfrentarse a los alborotadores; si no, todo se perderá de la manera más deplorable. Pero ¿cómo pasar a la ofensiva cuando la corte entera se encerraba en la defensiva, cómo ser activo en medio de tanta pasividad e impotencia, cómo hacer caso a los de la mesa, que, aunque instaban al cambio, no decían qué era lo que había que cambiar y de dónde sacar fuerzas para hacerlo? Todo cambio podía proceder única y exclusivamente del Monarca, debía contar con su beneplácito y con

su apoyo. De no ser así se convertiría en una herejía a castigar con severa reprimenda. Otro tanto ocurría en el terreno de los favores: Nuestro Señor era el único que podía dispensarlos y lo que el trono no concedía nadie podía alcanzarlo por sus propios medios. Por eso una gran angustia se había apoderado de los cortesanos, pues en el caso de que faltara el Señor ¿quién les concedería y quién multiplicaría las riquezas? Y en aquellos momentos de asedio y condena a palacio, se despertó en su gente un extraordinario afán por romper la pasividad, proponer algo digno, asombrar con alguna idea brillante, ¡demostrar que se estaba vivo! Todo aquel que todavía conservaba fuerzas recorría los pasillos con el ceño fruncido, buscando aquella idea brillante y haciendo trabajar el cerebro tanto que, finalmente, brotó una: la idea de... ¡festejar un aniversario! «¡Qué ocurrencia tan peregrina –empezaron a vociferar los de la mesa– dedicarnos ahora a organizar una conmemoración cuando se nos brinda la última oportunidad de sentarnos a negociar, de mejorar el Imperio, de salvarlo!» Sin embargo, los del corcho consideraron que tal cosa podía ser una prueba digna e inequívoca de vitalidad que despertase un sentimiento de respeto entre los súbditos, y helos aquí llenos de ardor haciendo los preparativos correspondientes, pensando en todos los detalles de la celebración y preparando un banquete para los pobres. La ocasión del festejo, amigo mío, nos la brindó el propio Emperador, quien en aquellos días cumplía ochenta y dos años de vida, aunque los estudiantes, que de pronto habían empezado a revolver viejos papeles, pusieron el grito en el cielo afirmando que no ochenta, sino noventa y dos eran los años que cumplía y que Nuestro Señor se había quitado edad en algún momento del pasado. No obstante, las insidias de los estudiantes no lograron envenenar la fiesta, que el ministro de Información, aún milagrosamente en libertad, definió como un éxito y el mejor ejemplo de armonía y lealtad. No existía adversidad que hubiera podido vencer a aquel ministro, que poseía una mente tan sagaz que sabía ver provecho en la mayor de las pérdidas y que lo tenía todo tan ingeniosamente invertido que veía victoria en el fracaso, felicidad en la desgracia, opulencia en la miseria y suerte en el desastre. De no ser así ¿cómo hubiera podido atribuirle esplendor a aquella fiesta tan triste? Aquel día, cuando Su Majestad salió al balcón para pronunciar su discurso imperial, caía una lluvia fría y una niebla gris se posaba sobre la tierra. Junto al Monarca permanecía tan solo un puñado de altos dignatarios de pie

en el balcón, empapados, derrotados; el resto, bien ya había dado con sus huesos en la cárcel o bien había huido de la capital. Lo que se reunió en la explanada ya no era una multitud; bordeando el inmenso césped vacío no había más que los criados al servicio de la corte y unos cuantos soldados de la guardia imperial. Su Augusta Majestad expresó su compasión por las provincias que pasaban hambre y dijo que no dejaría escapar ninguna oportunidad para que el Imperio pudiera seguir avanzando por la senda del fecundo desarrollo. También dio las gracias al ejército por su lealtad, tuvo palabras de elogio para sus súbditos, dio muchos ánimos y deseó suerte a todo el mundo. Pero hablaba ya tan bajito que apenas si se podían oír palabras sueltas a través del rumor de la lluvia. Y quiero que sepas, amigo mío, que aquella impresión la llevaré conmigo hasta la tumba, pues sigo oyendo cómo la voz de Nuestro Señor se quebraba cada vez más, de minuto en minuto, y veo cómo las lágrimas resbalaban por su Venerable rostro. Fue entonces, sí entonces, cuando por primera vez pensé que todo acababa de verdad. Que en aquel día lluvioso se nos iba toda la vida, que nos cubría una niebla fría y pegajosa, y que la Luna y Júpiter, al colocarse en los lugares séptimo y duodécimo, formaban la figura del cuadrado.

Durante todo ese tiempo –verano del 74– se celebra un gran torneo entre dos contrincantes hábiles y astutos: de un lado el viejo Emperador, del otro los jóvenes oficiales del Derg. Por parte de los oficiales se trata de un juego del escondite; intentan sitiar al anciano Monarca en su propio palacio-madriguera. ¿Y por parte del Emperador? Su plan es sumamente sutil, pero no nos precipitemos, que en breve conoceremos su idea. ¿Y los demás? Los demás partícipes en este juego fascinante y dramático, que se encontraron metidos en él por el curso de los acontecimientos, comprenden muy poco de lo que está ocurriendo. Dignatarios y favoritos recorren los pasillos de palacio inermes y asustados. No perdamos de vista que palacio era un nido de mediocres, de gente de segunda, y que estos, en momentos de crisis, siempre son los primeros en perder la cabeza y lo único que les importa es salvar el pellejo. En momentos así la mediocridad se convierte en algo muy peligroso pues, al sentirse amenazada, se vuelve implacable. Se trata, precisamente, de los de las rejas, que no dan para mucho más que para hacer estallar el látigo y

derramar sangre. El miedo y el odio los ciegan; la vileza, el feroz egoísmo, el miedo a perder los privilegios o a ser condenados, los empujan a actuar. Intentar mantener un diálogo con esta gente es inútil, imposible y carece de todo sentido. El segundo grupo lo constituyen los de la mesa, hombres de buena voluntad pero a la defensiva, vacilantes por naturaleza, prestos a ceder e incapaces de salirse de los rígidos esquemas de la ideología palaciega. Estos son los más golpeados; golpeados por todos los contendientes, apartados y destruidos, pues intentan moverse en una situación que aparece como definitivamente rota entre dos adversarios irreconciliables, los de las rejas y los rebeldes, que no desean sus servicios, que los tratan como a una raza endeble y superflua, como un obstáculo, por la sencilla razón de que las posturas extremistas no tienden hacia la conciliación sino al enfrentamiento. Así que los de la mesa tampoco comprenden nada ni significan nada; a ellos también los ha apartado y sobrepasado la historia, No puede decirse otro tanto de los del corcho; estos irán donde les lleve la corriente, es un banco de peces chicos traído y llevado en todos los sentidos, que lucha, que hace lo posible para sobrevivir como sea. Tal es la fauna de palacio a la que se opone un grupo de jóvenes oficiales, hombres brillantes e inteligentes, patriotas que se sienten defraudados pero que tienen ambiciones; conscientes del terrible estado en que se ve sumida su patria, conscientes asimismo de la estupidez e impotencia de la élite, de la corrupción y depravación, de la miseria y de la deshonrosa dependencia de la nación ante países más fuertes. Ellos mismos, al ser parte del ejército imperial, pertenecen a las capas inferiores de aquella élite, así que también ellos se han beneficiado de algunos privilegios, lo cual prueba que no les lleva a empuñar las armas la miseria, que no experimentan en su propia carne, sino un sentimiento de responsabilidad y vergüenza ajena ante la inmoralidad circundante. Tienen armas y deciden usarlas lo mejor que pueden. El complot se fragua en el Estado Mayor de la Cuarta División, cuyos cuarteles están situados en las afueras de Addis Abeba, no muy lejos del palacio del Emperador. El grupo conjurado actúa durante mucho tiempo en la más estricta clandestinidad; una alusión cualquiera o un involuntario comentario delator, por más insignificante que fuera, habría podido tener graves consecuencias: represión y ejecuciones. Poco a poco la conspiración penetra en otras guarniciones y, más tarde, entre las filas de la policía. La tragedia del hambre que viven las provincias del Norte acelera la confrontación entre ejército y palacio. Por lo general, se dice que las sequías que se producen de cuando en cuando y provocan las malas

cosechas son causa de las muertes masivas. Es el juicio que propagan las élites de los países que padecen hambre. Pero es un juicio falso. La fuente del hambre radica generalmente en la distribución injusta o errónea de la riqueza, del patrimonio nacional. En Etiopía había grano más que suficiente, pero los ricos lo escondían para venderlo más tarde por el doble de su precio, unas sumas inasequibles para los campesinos o los pobres de la ciudad. Se habla de cientos de miles de personas muertas al lado de graneros llenos a rebosar. Cumpliendo órdenes de los caciques locales, la policía remataba a nutridos grupos de esqueletos humanos, aún vivos. Esta situación de flagrante injusticia, de pobreza extrema, de horror, de absurdo sin salida, es la señal para los oficiales sublevados de emerger a la luz del día. La rebelión se extiende gradualmente hasta abarcar todas las divisiones de un ejército que, precisamente, constituía el baluarte principal del poder imperial. Tras un breve período de estupefacción, sorpresa y vacilaciones, Haile Selassie empieza a darse cuenta de que está perdiendo su más importante instrumento de poder. Al principio, el grupo del Derg actúa amparado por la sombra; sus miembros se protegen con la clandestinidad, no son conocidos por los demás, ignoran qué parte del ejército se pondrá de su lado. Por lo tanto deben actuar con mucha cautela, avanzar agazapados, paso a paso y en secreto. Cuentan con el apoyo de los obreros y de los estudiantes; esto es importante, pero la mayoría del generalato y de los oficiales de alta graduación se opone a los conspiradores, y no dejan de ser los generales los que ordenan y mandan. Paso a paso: en estas palabras se encierra la táctica impuesta a esta revolución por el desarrollo de los acontecimientos. Si se hubiesen lanzado a un ataque frontal hubiera habido una parte del ejército, que, confundida, ignorando de qué se trataba, habría podido negarles su apoyo o incluso destruirlos. Se habría repetido el drama del sesenta, cuando el ejército había disparado contra el ejército, gracias a lo cual palacio se mantuvo trece años más. Por otra parte, tampoco hay unanimidad en el seno mismo del Derg; es cierto que todos quieren ver caer el palacio, cambiar un sistema anacrónico, inoperante y que sólo se aguanta por la inercia, pero no se ponen de acuerdo sobre lo que deben hacer con el Emperador. Este había creado en torno a su persona un mito cuya fuerza vital resultaba impredecible. Era un figura popular en el mundo, una personalidad encantadora y respetada por doquier. Además, era cabeza de la Iglesia, Elegido de Dios, Guía Espiritual. ¿Levantar la mano contra él? Tales intentos siempre habían acabado con el anatema y, la horca. Los del Derg fueron realmente hombres de

gran valor. Aunque también, hasta cierto punto, unos temerarios si se considera que –según sus propias palabras, más tarde pronunciadas– cuando decidieron oponerse al Emperador, no creían en el éxito. Es posible que Haile Selassie supiera algo de las vacilaciones y divergencias que los corroían. No en vano disponía de una red de espionaje extraordinaria. O ¿quizá se había dejado llevar solo por el instinto, por aquel sagaz sentido táctito suyo, por su gran experiencia? ¿Y si todo había sido muy distinto? ¿Si, simplemente, no se había sentido con fuerzas para seguir luchando? Parece que entre tantos como convivían en palacio solo él había comprendido que ya no era capaz de hacer frente al vendaval que se había levantado. Todo se le ha desmoronado y las manos se le quedan vacías. Así que empieza a ceder, más aún, deja de gobernar. Finge su propia existencia, pero los más allegados saben que, en realidad, no hace nada, no actúa. Los que lo rodean, desorientados ante aquella pasividad, se pierden en elucubraciones y conjeturas. Uno tras otro, los bandos le exponen sus argumentos, a veces totalmente opuestos y contradictorios, y él escucha a todos con la misma atención, asiente y elogia, consuela y da ánimos a todo el mundo. Apartado, ensimismado, altivo y distante, permite que los acontecimientos sigan su curso, como si ya estuviera moviéndose en otra dimensión del tiempo y del espacio. Tal vez desea situarse por encima del conflicto para dejar paso a otras fuerzas, a las que, de todos modos, ya no sabe frenar. Tal vez omite con que, a cambio de este favor, más tarde esas mismas fuerzas lo respeten, lo acepten. Al fin y al cabo, si solo queda él, un anciano con un pie en la sepultura, ya no constituirá peligro alguno para nadie. Así que ¿querrá mantenerse?, ¿salvarse? De momento, los militares empiezan con una pequeña provocación; bajo acusación de corrupción, detienen a algunos ministros, ya cesados, del gabinete de Aklilu. Impacientes, esperan la reacción del Emperador. Pero Haile Selassie permanece en silencio. Eso significa que la jugada ha resultado; se ha dado el primer paso. Armándose de valor, siguen adelante; a partir de ese momento ponen en práctica la táctica del desmantelamiento paulatino de la élite, de ir vaciando palacio, lenta pero meticulosamente. Los dignatarios; pasivos, indefensos, impotentes, esperando su turno, desaparecen uno tras otro. Más tarde todos se reúnen en los calabozos de la Cuarta División, en ese nuevo antipalacio tan singular y poco acogedor. Ante la puerta del cuartel, justo al lado de la vía férrea de Addis Abeba a Djibuti que pasa por allí, se forman largas filas de lujosísimos automóviles: son de las princesas, de las esposas de ministros y generales que, horrorizadas y aterradas, llevan

comida y ropa a sus maridos y hermanos, presos del nuevo orden de cosas; Una muchedumbre de espectadores boquiabiertos contempla conmovida estas escenas; la calle aún no sabe lo que está pasando, todavía no se ha enterado o no acaba de creérselo. El Emperador permanece en palacio y los oficiales siguen reunidos en el Cuartel General de la Cuarta División pensando y planeando los próximos movimientos. El gran torneo sigue jugándose, pero ya se acerca a su último acto.

agosto-septiembre

M. W. Y.:

Y en medio de todo este ambiente sofocante que agobia palacio y de la siniestra lobreguez en que se sumen los cortesanos, de repente llegan unos doctores suecos que –convocados desde hacía tiempo por Su Más Excepcional Majestad a trasladarse desde Europa para dar clases de gimnasia en nuestra corte– a causa de un extraño e incomprensible retraso solo ahora hacen acto de presencia. Y no pierdas de vista, amigo mío, que por entonces ya todo yacía en ruinas y que el cortesano que todavía no había dado con sus huesos en la cárcel ignoraba cuándo sonaría su hora y solo era una sombra furtiva que se deslizaba por lo oscuro de los pasillos en un desesperado intento de pasar desapercibido por los oficiales, que encarcelaban día y noche. No permitían que nadie se les escurriera de entre las manos. Y, sin embargo, ¡aquí nos tenías haciendo gimnasia entre redada y redada! «¿Quién tiene ahora ánimos para dedicarse a hacer no se sabe qué gimnasias –exclamaban los de la mesa– cuando estamos ante la última oportunidad de sentarnos a negociar, de mejorar el Imperio, de sazonarlo, de hacerlo disgestible?» Pero esta había sido otrora la voluntad de Su Majestad y de todo el Consejo de la Corona: que toda la corte se entregara en cuerpo y alma al cuidado de su salud, que disfrutara lo más que pudiera de los dones de la naturaleza, que descansara en medio de las comodidades, confort y bienestar necesarios, que respirara aire

fresco y puro, a poder ser, extranjero. El Bondadoso Señor prohibió todo ahorro que fuera en detrimento de estos objetivos, pues, tal como había manifestado en múltiples ocasiones, la vida de la gente de palacio era el mayor tesoro del Imperio y el bien más preciado de la monarquía. Tiempo atrás había promulgado un decreto en tal sentido, según el cual también era obligatorio hacer aquella dichosa gimnasia. Y como a causa de la confusión y tumulto reinantes y del creciente desbarajuste no se había anulado la invitación a los suecos, ahora no teníamos más remedio –el escaso puñado de hombres que todavía quedábamos en palacio– que ponernos a hacer gimnasia cada mañana y, moviendo brazos y piernas, obligar a mantener la agilidad y buena forma física al mayor y más preciado tesoro del Imperio. Y como, pese al arrogante invasor que poco a poco se iba apoderando de palacio, los ejercicios no se interrumpieron, el señor ministro de Información los proclamó un éxito y una reconfortante prueba de la inalterable cohesión de nuestra corte. El decreto aludido incluía también la siguiente disposición: todo aquel que hubiese gastado demasiadas energías en el cumplimiento de sus obligaciones palaciegas, por más insignificante que hubiera sido su esfuerzo, debía iniciar inmediatamente un período de descanso retirándose a lugares apartados pero cómodos para, una vez allí, relajarse, aspirar y expirar aire puro e incluso para, tras ponerse las ropas sencillas del vulgo, acercarse a la naturaleza. Y todo aquel que, bien por olvido o bien por celo en el ejercicio de su cargo, descuidaba ese ocio era amonestado por Su Augusta Majestad y no solo por él sino también por otros cortesanos que igualmente le llamaban la atención recordándole que no debía derrochar el tesoro del Imperio y sí velar por el bien supremo de la nación. Sin embargo, ¿cómo podíamos ahora acercarnos a la naturaleza y disfrutar del ocio si los oficiales no dejaban salir de palacio a nadie? Y si alguien conseguía burlar la vigilancia y llegarse hasta su casa, comprobaría que allí, agazapados, lo estaban esperando para meterlo en la cárcel. Lo peor de toda aquella gimnasia era que cuando un grupo de cortesanos se reunía en algún salón a mover piernas y brazos, inmediatamente irrumpían en él los rebeldes y detenían a todos. «¡Tienen los días contados y se dedican a hacer gimnasia!», se reían sarcásticos; hasta ese extremo había llegado su desfachatez. He aquí la mejor prueba de que los señores oficiales no respetaban ningún valor, por más sagrado que fuera, pues arremetían contra el bien supremo del

Imperio, cosa que no dejó de inquietar a los doctores suecos a causa de la rescisión de sus contratos, aunque, al mismo tiempo, estaban contentos por haber logrado conservar la vida. Y con objeto de que los rebeldes no pudieran atrapar a todos en una misma sesión, el gran chambelán de la corte ideó una estratagema muy astuta, ordenando que se hiciera gimnasia en grupos reducidos, de modo que si unos caían en la trampa, otros se salvasen, y, sobreviviendo a lo peor, mantuviesen el palacio bajo control. Pero a la hora de la verdad, amigo mío, incluso esta maniobra, tan sensata e ingeniosa, de nada sirvió porque, para entonces, la rebelión ya se había vuelto imparable en sus ataques frontales a palacio y se manifestaba en una persecución particularmente sañuda. No debemos olvidar que estamos hablando del mes de agosto, es decir, de las últimas semanas que nuestro Todopoderoso Monarca todavía ejerció su soberanía. Aunque no sé si el término «soberanía» es el correcto con referencia a aquellos días de ocaso. Resulta harto difícil determinar por dónde pasa la frontera entre una verdadera soberanía, capaz de subyugarlo todo, de crear un mundo o destruirlo, una soberanía viva, grande, aunque a veces sea terrible, y la apariencia del poder, la pantomima vacía de su ejercicio, cuando un monarca se convierte en mero espectador de sí mismo, cuando solo juega el papel de rey, pendiente únicamente de su actuación, sin ver ni oír lo que sucede a su alrededor. Más difícil aún resulta delimitar el momento en que se produce el paso de la omnipotencia a la impotencia, de la buena fortuna a la adversidad, de lo brillante a lo enmohecido. Y es o fue justamente lo que nadie en palacio había sido capaz de presentir; todos tenían la vista fija de tan extraña manera que, hasta el final, siguieron viendo omnipotencia en la impotencia, buena fortuna en la adversidad, brillo en el moho. Incluso si alguien hubiese visto otra realidad ¿cómo –sin jugarse la cabeza– habría podido caer de rodillas ante Nuestro Monarca y decirle: Señor, estáis sumido en la impotencia, rodeado de adversidades y el moho empieza a cubriros? Sí, toda la desgracia de palacio estribó en que no hubo ninguna posibilidad de que la verdad se hiciera patente, de modo que, antes de que a la gente le diera tiempo a despertar, ya estaba entre rejas. Y eso era así, amigo mío, porque cada uno lo tenía todo cómodamente aislado y dividido: el ver del pensar, el pensar del hablar; y en ninguno había un hueco en que estas tres facultades pudieran encontrarse y hacerse oír. Sin embargo, amigo mío, a mi modo de ver, nuestras desgracias empezaron cuando el Más

Extraordinario Señor permitió que los estudiantes se reunieran en aquel desfile de modas, dándoles así la oportunidad de formar multitud y montar una manifestación, de todo lo cual surgió todo aquel movimiento levantisco. Y en esto se encierra todo el error, porque era el movimiento, precisamente, lo que debía haberse evitado a toda costa, puesto que solo podíamos existir en la inmovilidad; mientras más inmóviles, más duradera y segura se volvía nuestra permanencia. Por eso resultaba tan extraña la actuación de Nuestro Señor, habida cuenta de que era él quien mejor conocía esta verdad, cosa que podía deducirse del simple hecho de que el mármol fuese su piedra favorita. Era el mármol, al fin y al cabo, con su superficie silenciosa, quieta y concienzudamente pulida, lo que expresaba el sueño de su Honorabilísima Majestad de que todo a su alrededor estuviese igualmente quieto y silencioso, liso y perfectamente recortado, colocado y fijado para durar toda la eternidad, como un ornato de ia realeza.

A. G.:

Debe usted saber, Míster Richard, que por aquel entonces –principios de agosto– el aspecto interior del palacio ya había perdido todo el empaque y solemnidad que tanta reverencia infundiesen antaño. Imperaba en él tal desorden que los pocos funcionarios del protocolo que aún quedaban no conseguían hacer respetar ninguna norma. Este desbarajuste se debía a que se había convertido en el último refugio para todo tipo de dignatarios, los cuales llegaban allí desde todos los puntos de la capital e incluso del Imperio, con la esperanza de que estarían más seguros al lado de Nuestro Señor, de que el Emperador los salvaría, intercedería por ellos ante los envalentonados oficiales, y estos les dejarían en libertad. Ahora, ya sin respeto alguno a sus títulos y honores, dignatarios y favoritos de todos los rangos, categorías y condiciones dormían de cualquier manera sobre alfombras, sofás y sillones, cubriéndose con los cortinajes, cosa que cada dos por tres originaba riñas y peleas, pues algunos señores no permitían que se arrancasen las cortinas de las ventanas arguyendo a gritos que había que

mantener a oscuras el palacio ante el peligro de que la aviación rebelde los bombardease a todos, argumento que otros rechazaban indignados diciendo que no podían dormir sin algo con que taparse, y hay que reconocer que las noches eran particularmente frías; así que, sin más contemplaciones, arrancaban las cortinas de las ventanas y se envolvían en ellas. De todos modos, todas aquellas rencillas y disputas eran ya superfluas, puesto que los oficiales no tardaron en reconciliarlos meriéndolos a todos en la cárcel, donde los dignatarios en discordia no podían contar con ningún tipo de abrigo. En aquellos días, cada mañana llegaban a palacio patrullas de la Cuarta División. Los oficiales rebeldes bajaban de los coches y ordenaban a los dignatarios formar en la Sala del Trono. «¡A formar todos!, ¡dignatarios, a formar en la sala del Trono!», retumbaban por los pasillos las voces de los funcionarios del protocolo, que para entonces ya se habían pasado de bando y ofrecían sus servicios a los oficiales. Al oír la llamada, parte de los convocados se escondía por los rincones; sin embargo, otros, envueltos en cortinas y estores, comparecían en el lugar indicado. Entonces los señores oficiales leían una lista y llevaban al calabozo a todos los que estaban en ella. Al principio, a cada personaje que desaparecía lo reemplazaba otro, porque, a pesar de que cada día metían en la cárcel a alguien, no dejaban de llegar nuevos dignatarios que pensaban que el palacio era el lugar más seguro y que el Venerable Señor les protegería de los oficiales.

Y hay que reconocer, Míster Richard, que nuestro Inigualable Señor, por entonces siempre vistiendo de uniforme, unas veces el de gala, otras, el corriente, de campaña, que solía ponerse para observar las maniobras, sí se dejaba ver en los salones, donde dignatarios de mirada ausente y atemorizada yacían tumbados sobre las alfombras o sentados en los sofás, preguntándose unos a otros qué iba a ser de ellos cuando terminase la espera, y allí mismo él los consolaba, les daba ánimos, les deseaba buena suerte, los trataba con mucho cariño y consideraba su situación asunto de la máxima importancia, prometiendo ocuparse de ellos personalmente. No obstante, cuando se topaba en algún pasillo con alguna patrulla de oficiales, también a estos les daba ánimos y deseaba buena suerte y, tras expresar su agradecimiento al ejército por su lealtad, les aseguraba que todo lo referente a las fuerzas armadas era objeto de su personal preocupación y dedicación. Oyendo esto, los de las rejas, cual

serpientes venenosas, susurraban malévolamente en el oído de Su Majestad que lo que se debía hacer era colgar a los oficiales porque eran ellos los que habían destruido el Imperio, palabras que el Bondadoso Monarca también escuchaba con mucha atención por lo que, dando ánimos, deseando buena suerte y agradeciendo su lealtad, subrayaba que los tenía en muy alta estima. Esa infatigable actividad del Venerable Señor que tanto contribuía al bienestar general al no escatimar nunca consejos y directrices, el señor Gebre-Egzy la calificó como un éxito, al ver en ella una prueba irrefutable del dinamismo de nuestra monarquía. Desgraciadamente, el señor ministro, con su no parar de hablar de éxitos, acabó enfureciendo tanto a los oficiales que se lo llevaron al calabozo y le sellaron la boca para siempre. Le confieso, Mister Richard, que, como funcionario de la intendencia de palacio, en aquel último mes viví mis días más amargos, pues era imposible hacer un cálculo aproximado de nuestra corte en vista de que el número de dignatarios variaba cada día; unos llegaban, se introducían subrepticiamente en palacio viendo en él su salvación, mientras que otros eran llevados a los calabozos por los oficiales, y a menudo ocurría que alguno entraba por la noche y al mediodía ya estaba entre rejas y por eso nunca sabía yo cuántos víveres debía sacar de los almacenes; y por eso algunas veces faltaban platos, lo que daba lugar a que los señores dignatarios pusiesen el grito en el cielo diciendo que mi ministerio ya se había conchabado con los rebeldes y quería matarlos de hambre, y cuando, por el contrario, sobraba comida, los oficiales me reñían reprochándome el despilfarro que reinaba en la corte, por todo lo cual más de una vez pensé en dimitir. Inútil gesto mío, pues finalmente, nos echaron a todos a patadas de palacio.

Y. Y.:

Ya éramos apenas un puñado esperando la sentencia final, la más terrible, cuando –¡alabado sea Dios!– brilló un rayo de esperanza encarnado en unos señores abogados que, tras largas deliberaciones, finalmente habían preparado una nueva versión de la Constitución y acudían a someterla a la consideración de Su Majestad. El

proyecto consistía en convertir nuestro Imperio autocrático en una monarquía constitucional y en fortalecer el gobierno, dejando en manos del Venerable Señor una parcela de poder como la que tienen los reyes en Gran Bretaña. Todos los distinguidos señores se pusieron sin pérdida de tiempo a leer el proyecto, divididos, eso sí, en pequeños grupos y escondidos en los lugares más recónditos, pues si los oficiales hubiesen descubierto un grupo numeroso no habrían tardado en meterlo en la cárcel. Por desgracia, amigo mío, tras leer el proyecto, los de las rejas enseguida mostraron su oposición diciendo que debía mantenerse la monarquía absoluta así como los plenos poderes de que disponían en provincias los notables locales, y que todos esos inventos de monarquía constitucional, salidos del decaído Imperio británico, solo eran buenos para echarlos al fuego. Sin embargo, llegados a este punto, los de la mesa empezaron a ponerlos de vuelta y media alegando que era la última oportunidad de arreglar el Imperio por la vía constitucional, de sazonarlo y hacerlo digerible. Y así, en pleno acaloramiento fueron a ver al Magnánimo Señor, que precisamente en aquellos momentos recibía a la delegación de los letrados mostrando gran interés por los detalles del proyecto y emitiendo juicios muy favorables sobre tan brillante idea, y que, finalmente, tras escuchar los comentarios de desaprobación de los de las rejas y las alabanzas de los de la mesa, elogió a unos y otros, les dio ánimos y deseó buena suerte a todos. Para entonces ya algún soplón debía haber corrido con la noticia a los oficiales, porque apenas hubieron salido los letrados del despacho del Más Ilustre de los Señores se toparon con los militares, quienes les quitaron el proyecto, ordenándoles volverse a sus casas con la prohibición de pisar de nuevo palacio. Sí, la vida puertas adentro del recinto era bien extraña, una vida que parecía existir solo por y para ella misma. Y lo digo porque cuando iba a la ciudad, como funcionario palatino de correos que fui, veía en ella una vida normal: los coches circulaban por las calles, los niños jugaban a la pelota, en los mercados la gente vendía y compraba, los ancianos se sentaban en los bancos para charlar, y yo, día tras día, me desplazaba de un mundo a otro, de una existencia a otra, y ya no sabía cuál de ellas era la real. Lo que sí sentía era que bastaba que me introdujera en la ciudad, que me metiera entre la gente que caminaba por la calle, absorta en sus preocupaciones, para perder de vista todo lo que significaba la vida de palacio; este desaparecía misteriosamente,

como si no existiese, hasta el punto de que temía no encontrarlo a la vuelta.

E.:

Los últimos días ya los pasó en solitario; los oficiales no le habían dejado sino a su anciano ayuda de cámara. Por lo visto, en el Derg había debido de ganar el grupo que quería que se cerrasen las puertas de palacio y se derrocase al Emperador. En aquella época no se conocía ninguno de los nombres de aquellos oficiales; nunca se habían hecho públicos; hasta el final actuaron en la más estricta clandestinidad. Solo ahora se dice que estaba al frente de ellos un joven comandante llamado Mengistu Haile-Mariam. Hubo también otros oficiales pero ya están muertos. Recuerdo a este hombre de cuando venía a palacio todavía como capitán. Su madre trabajaba en la corte como sirvienta. No sabría decir quién había hecho posible que terminara sus estudios en la academia militar. Delgado, menudo, siempre bastante tenso aunque sereno en apariencia; esa era, por lo menos, la impresión que daba. Conocía a la perfección la estructura de la corte, sabía muy bien quién era quién y a quién y cuándo debía detenerse para que el palacio dejara de funcionar, para que perdiera su poder y su fuerza y se convirtiera en una maqueta inútil, que hoy –como puedes comprobar– está abandonada y deteriorándose. Calculo que por los primeros días de agosto, en el Derg debieron de tomarse decisiones cruciales. El comité de los militares –el Derg, precisamente–, se componía de ciento veinte delegados elegidos en reuniones celebradas en las divisiones y las guarniciones. Tenían una lista con los nombres de quinientos dignatarios y cortesanos a los que iban arrestando gradualmente, creando así un vacío cada vez mayor alrededor del Emperador, un vacío tal que, al final, aquel se quedó solo en palacio. Al último grupo, ya del círculo más allegado al Soberano, lo metieron entre rejas a mediados de agosto. Se llevaron entonces al jefe de seguridad del Emperador, coronel Tassew Wayo, a su edecán, general Assefa Demissie, al jefe de la guardia imperial, el también general Tadesse Lemma, a su secretario particular, Solomon Gebre-Mariam, a Endelkachew, el Primer Ministro, al

ministro de los Altos Privilegios, Admassu Retta, y a otros veinte dignatarios aproximadamente. Al mismo tiempo disolvieron el Consejo de la Corona así como otras instituciones que dependían directamente del Emperador. A partir de aquel momento empezaron a llevar a cabo minuciosos registros en todas las oficinas de palacio. Los documentos más comprometedores los encontraron en el Ministerio de los Altos Privilegios, cosa que no les resultó nada difícil por cuanto que el propio Admassu Retta, muy solícito, se explayó de lo lindo. Tiempo ha únicamente el Monarca en persona otorgaba privilegios, pero a medida que el Imperio se fue desmoronando se apoderó de los dignatarios tal rapacidad y afán de pillaje que Haile Selassie se vio ya incapaz de tenerlo todo bajo su control y delegó parcialmente en manos de Admassu Retta el reparto de los privilegios. Sin embargo, este último no gozaba de una memoria tan prodigiosa como la del Emperador (quien no tenía la necesidad de apuntar nada), por lo que llevaba una relación detallada de la distribución de tierras, casas, empresas, divisas y todo tipo de dádivas otorgadas a los altos cargos. Todo esto pasó entonces a manos de los militares, quienes enseguida desataron una gran campaña propagandística condenando la corrupción de palacio y haciendo públicos aquellos documentos tan comprometedores. De este modo despertaron entre la población la cólera y el odio; empezaron a desfilar manifestaciones, la calle exigía la horca, un clima de terror y apocalipsis se creó. Incluso creo que no fue tan mal el que los oficiales nos echasen de palacio a todos; tal vez gracias a ello salvé el pellejo.

T. W.:

Dígoos, señor, que yo de luengo tiempo conoscí que todo iba de mal en peor. Bastábame con ver el comportamiento de los gentileshombres, los cuales cada vez que parecían negros nubarrones apretadamente se apiñaban, del Imperio todos se olvidaban, por de dentro todos se encerraban, comoquiera que entre ellos hablaban, solo para sí se conhortaban y la razón se daban confirmándose en sus posiciones y merecimientos y ya ni siquiera a nosotros, malos de nuestros pecados, la servidumbre, pedían nuevas

de la ciudad con el gran temor de oír casos espantables, y de todas las maneras ¿qué habían de preguntar si ya nada podíase hacer con tan gran decaimiento? En aquel entonces los del corcho consolaban a los demás diciendo que puesto que la acidia nos tenía cogidos, era lo mejor que nos podía acaescer, que solo así podíamos estarnos en palacio luengos años, pues la acidia, de su natural, no se dejaba quebrar y, por ende, solo con su propio peso era capaz de parar cualquier movimiento, manteniendo señaladamente al vulgo humilde como dormido y en obediencia; de manera que nada osaría tocarnos durante siglos enteros así supiésemos cuándo y dónde ceder, no retar a la hueste antigua y hasta a las veces dejarla obrar un tantico. Y no dudéis que todo habría sido tal como decían los señores del corcho si no fuera por la saña de los oficiales, los cuales, como si de milicia extranjera se tratase, poco a poco enseñoreáronse de palacio y diezmaron las mesnadas de los gentileshombres, asolando la corte hasta dejarla vacía, de modo que ya no quedaba nadie en ella salvo nuestra Sacra y Real Majestad y su último servidor.

Lo más difícil resultó encontrar a este hombre, quien tan viejo como su señor, ahora vive en un olvido tal que mucha gente a la que se preguntó por él se limitó a encogerse de hombros y responder que ya estaba muerto hacía tiempo. Lo cierto es que sirvió al Emperador hasta el último día, es decir, hasta el momento en que los militares se llevaron de palacio al Monarca y a él le dijeron que recogiera sus cosas y se marchara a casa.

En la segunda mitad de agosto, los oficiales detienen a los últimos hombres del círculo de allegados de Haile Selassie. Por el momento todavía no tocan al Emperador pues necesitan tiempo para preparar a la opinion pública: la ciudad debe comprender por qué deponen al Monarca. Los oficiales se dan cuenta de lo que hay de mágico en el pensamiento colectivo de un pueblo y de los peligros que esto encierra. Lo mágico en esta manera de pensar consiste en que a la persona del mandatario supremo se la dota –a menudo inconscientemente– de atributos divinos. Ella es la mejor, la más sabia y noble, la más inmaculada y bondadosa. Son los dignatarios los que son malos, son ellos los que causan todas las miserias. Más aún, si el supremo

mandatario supiera los desmanes que comete su gente, de inmediato repararía el mal hecho, ¡la vida mejoraría en el acto! Desgraciadamente estos villanos astutos lo ocultan todo ante su Señor y por eso se dan tantas atrocidades por todas partes y la vida es tan dura e insoportable, tan baja, mísera y desgraciada. Y se trata de una manifestación del pensamiento mágico porque –en realidad– en el sistema autocrítico es precisamente el mandatario supremo la causa primera de lo que pasa. Él está perfectamente al tanto de todo e, incluso, si algo ignora es porque no quiere enterarse; porque es algo que le resulta incómodo. No se debió a ninguna casualidad el que el círculo del Emperador lo hubiesen formado en su mayoría hombres viles y mezquinos. La vileza y la mezquindad eran la condición para el ascenso; era este y no otro el criterio que el Monarca seguía para escoger a sus favoritos; por estos y no por otros rasgos del carácter les concedía honores y privilegios. No se dio ni un solo paso en palacio ni se pronunció palabra alguna sin que él lo supiera y sin que él diera su consentimiento. Todo el mundo hablaba con su voz, incluso cuando decía cosas contradictorias, porque él también las decía. No podía ser de otra forma pues la condición para permanecer cerca del Emperador era rendir culto a su persona, y el que permitía que decayese su entusiasmo y no se mostraba tan solícito a la hora de practicar dicho culto perdía su silla, quedaba apartado, desaparecía. Haile Selassie vivió entre sus propias sombras; quienes le rodearon no fueron sino una sombra suya multiplicada. ¿Quiénes fueron los señores Aklilu, Gebre-Egzy o Admassu Retta además de ministros de Haile Selassie? Nadie, aparte de esto. El Emperador solo quería a hombres así; sólo ellos eran capaces de satisfacer su vanidad, su amor propio, su pasión por el escenario y el espejo, por el gesto teatral y la pose estatuaria. Y he aquí que ahora los oficiales se encontraban a solas con el Emperador; cara a cara; el duelo final comenzaba. Había sonado la hora de quitarse todos la máscara y de enseñar el rostro. Este acto estuvo acompañado de inquietud y tensión porque se creaba una nueva correlación de fuerzas entre las partes que, por lo mismo, empezaban a moverse en un terreno desconocido. El Emperador no tenía nada que conquistar pero aún podía defenderse, defenderse con su indefensión, con su inactividad, con el mero hecho de existir, de morar en palacio, de haber estado en él desde tiempo inmemorial y también porque había hecho un favor inaudito: al fin y al cabo había permanecido callado cuando los rebeldes clamaban que hacían la revolución en su nombre, nunca había protestado, nunca había gritado que era mentira, y no había dejado de ser precisamente esa comedia de la lealtad, que habían

representado los militares durante meses, lo que tanto les facilitó la tarea. No obstante, los oficiales han decidido ir más lejos, llegar hasta el final: quieren desenmascarar a la deidad. En una sociedad tan abrumada por la miseria, las privaciones y las penalidades como la etíope nada actuará con más elocuencia sobre la imaginación, nada provocará más ira, más indignación y más odio que una imagen de la corrupción y de los privilegios de la élite. Incluso un gobierno incapaz y estéril, con solo llevar un estilo de vida espartano, podría mantenerse durante años rodeado del respeto del pueblo. La actitud de un pueblo ante el palacio real suele ser, por lo general, franca y comprensiva. Pero toda tolerancia tiene sus límites, y a menudo palacio los traspasa con facilidad con la arrogancia, altivez y seguridad de ser impune. Entonces el clima de la calle cambia bruscamente de sumiso a desafiante, de paciente a rebelde. Y he aquí que llega el momento en que los oficiales deciden desnudar al Rey de Reyes, volver del revés sus bolsillos, abrir y mostrar a la gente las cajas de caudales secretas ocultas en su despacho. Mientras, el anciano Haile Selassie, cada vez más acosado, deambula por el desierto palacio con la sola compañía de su ayuda de cámara, L. M.

L. M.:

Pues sepa vuestra merced que cuando se llevaban a los ya últimos señores dignatarios, sacándolos de los más diversos rincones y escondrijos e invitándoles a montar en los camiones, uno de los oficiales va y me dice que me quede con Su Venerable Majestad y siga, como siempre, a su entero servicio, dicho lo cual se marcha con los demás oficiales. Inmediatamente me dirijo a la Oficina Suprema para oír la voluntad de mi Señor Todopoderoso, pero no encuentro allí a nadie, así que me pongo a recorrer los pasillos mientras me pregunto adónde habrá ido mi Señor cuando, de pronto, lo encuentro en la sala principal de bienvenidas mirando cómo los soldados de su guardia llenan sus sacos y macutos y se preparan para marcharse con todo. ¿Cómo puede ser, me digo, que hagan esto, dejando a Su Majestad sin protección alguna cuando en la ciudad se cometen tantos robos y hay tanta agitación? Entonces les pregunto: «¿Cómo, gentiles caballeros, os marcháis llevándooslo

todo?» «Todo –dicen– pero en la puerta de entrada queda un puesto de vigilancia, así que si algún señor dignatario intenta deslizarse en el interior de palacio, ya lo atraparán allí.» Y veo que el Gran Señor permanece en su sitio, observando, y no dice palabra. Entonces ellos se inclinan reverentes ante él y salen con los hatos a cuestas, y el Supremo y Venerable Señor, siempre en silencio, les acompaña con la mirada y luego, sin decir palabra, regresa a su despacho.

Por desgracia, el relato de L. M. peca de enorme desorden; el anciano es incapaz de convertir sus imágenes, vivencias e impresiones en una visión coherente. «¡Padre, intente acordarse de todo lo mejor que pueda!», insiste Teferra Gebrewold. (Llama padre a L. M. no por razones de parentesco sino por lo avanzado de su edad.) Pues bien, L. M. recuerda, por ejemplo, la siguiente escena: un día encontró al Emperador mirando por la ventana de uno de los salones. Se le acercó y vio que unas vacas estaban pastando en el jardín de palacio. Por lo visto ya había corrido por la ciudad la voz de que iban a cerrar la regia mansión y ello había animado a algunos pastores a llevar el ganado al jardín. Alguien debió de decirles que el Emperador ya no era importante y que era posible repartirse sus bienes; por lo pronto, la hierba de palacio, que se había convertido en propiedad del pueblo. El Emperador se entregaba ahora a largas meditaciones («en otro tiempo, los hindúes le habían enseñado mucho de esta ciencia; le mandaban mantenerse sobre un solo pie, le recomendaban tener los ojos cerrados, hasta le prohibían respirar»). Inmóvil, pasaba las horas muertas en su despacho, meditando («¿meditando? –se pregunta el ayuda de cámara– o, tal vez, durmiendo»); L. M. no se atrevía a entrar para no molestarle. Aún seguía la estación de las lluvias, llovía día y noche, los árboles estaban sumergidos en el agua hasta la mitad de sus troncos, las mañanas se sumían en la niebla y las noches eran frías. Haile Selassie seguía sin quitarse el uniforme, sobre el que se echaba un capote de lana que le resguardaba del frío. L. M. y el Emperador se levantaban de madrugada, como siempre, como en los tiempos de antaño, y se dirigían a la capilla de palacio donde L. M. le leía en voz alta versículos –cada día distintos– del Libro de los Salmos. «Señor, ¡cuánto se han multiplicado los que me afligen!, muchos se levantan contra mí.» «Sustenta mis pasos en tus caminos, porque mis pies no resbalen.» «No te alejes de mí, porque la angustia está cerca, porque no hay quien ayude.» Luego Haile Selassie se

iba a su despacho y se sentaba ante su inmenso escritorio, sobre el cual había una veintena de teléfonos. Sin embargo, no sonaba ninguno; tal vez las líneas estaban cortadas. L. M. se sentaba junto a la puerta a la espera de oír el timbre llamándole para recibir alguna disposición del Monarca.

L. M.:

Pues sepa vuestra merced que en aquellos días solo los señores oficiales importunaron –con frecuencia– al Más Extraordinario Señor; primero venían a mí para pedirme que los anunciase, después entraban en el despacho y, una vez dentro. Nuestro Señor los invitaba a que se sentaran cómodamente en los sillones. Sin perder un minuto los oficiales leían una proclama en la que exigían que el Generoso Señor devolviera el dinero del que –decían– se había adueñado de forma ilegal a lo largo de cincuenta años y colocado en numerosos bancos extranjeros así como escondido en el palacio mismo y en las casas de los notables y de los dignatarios. Hay que devolverlo todo, decían, porque es propiedad del pueblo, porque ha salido de su sangre y sudor. «¿De qué dinero me habláis? –les pregunta su Bondadosa Majestad–, No hemos tenido dinero alguno, todo se ha gastado en el desarrollo, en alcanzar y tomar la delantera, ¿acaso el desarrollo no ha sido proclamado un éxito?» «¡Qué desarrollo ni que ocho cuartos! –gritan los oficiales–, ¡no ha sido más que pura demagogia, una cortina de humo –dicen– para que la corte pudiera enriquecerse!» Y en menos que canta un gallo, se levantan de los sillones y quitan del suelo una enorme alfombra persa. Y entonces, en toda la superficie que cubría, aparecen, uno junto a otro, montones de fajos de dólares hasta el punto de que daba la impresión de que el suelo era verde. Allí mismo y en presencia de Su Augusta Majestad, ordenan a los sargentos contar los billetes y apuntar lo que suman, llevándoselos acto seguido para su nacionalización. En cuanto se marcharon, lo que hicieron pronto, el Honorable Señor me llamó al despacho y me mandó esconder entre los libros el dinero que guardaba en el escritorio. Y os diré que Nuestro Señor, como descendiente del rey Salomón, tenía una gran colección de Sagradas Escrituras traducidas a innumerables

lenguas del mundo, y fue allí donde lo ocultamos. No obstante, los señores oficiales –¡vaya que no eran unos rufianes astutos!– vienen al día siguiente, leen una nueva proclama, exigen la devolución del dinero porque, dicen, hace falta comprar trigo para los hambrientos. Impertérrito, Nuestro Señor, sentado tras su mesa y sin pronunciar palabra alguna, les muestra los cajones vacíos. Ante tal actitud, los oficiales se levantan de los sillones de un salto, abren los armarios de los libros, sacuden las Biblias hasta que de entre sus hojas empiezan a caer los dólares, que enseguida son contados y apuntados por los sargentos y requisados para su nacionalización. Todo esto es poco, dicen los oficiales, ha de entregar el resto del dinero, sobre todo el depositado en las cuentas privadas que Nuestro Señor posee en bancos suizos e ingleses y que se calcula en quinientos millones de dólares o incluso más. Llegados a este punto, intentan convencer a su Bondadosa Majestad para que firme unos cheques, gracias a lo cual, dicen, el dinero será devuelto al pueblo. «¿De dónde voy a sacar tanto dinero? –pregunta el Venerable Señor–, si solo he mandado algunos céntimos insignificantes para pagar el tratamiento de mi hijo, gravemente enfermo en un hospital de Suiza?» «¡Menudos céntimos!», contestan, y leen en voz alta un escrito de la embajada suiza en el que se dice que Nuestro Generoso Señor posee en sus cuentas en aquel país cien millones de dólares. El tira y afloja dura algún tiempo hasta que el Distinguidísimo Señor se sumerge en la meditación; cierra los ojos, deja de respirar, y entonces los oficiales se retiran del despacho, no sin antes anunciar una nueva visita.

Cuando aquellos atormentadores de Su Majestad se marchaban, el palacio se sumía en un silencio absoluto, pero ese silencio no era bueno porque entonces llegaban a nuestros oídos los ruidos y gritos procedentes de una ciudad por la que desfilaban toda clase de manifestaciones; el vulgo deambulaba por las calles maldiciendo a Nuestro Señor, llamándolo ladrón, queriendo colgarlo de la rama del primer árbol. «¡Granuja, devuélvenos nuestro dinero!», gritaban, o bien coreaban «¡A la horca el Emperador!». Entonces yo intentaba tener cerradas todas las ventanas de palacio para que aquel clamor indecente e injurioso no llegara a los oídos del Venerable Señor y no le alterara la sangre. Asimismo, enseguida lo conducía a la capilla, el lugar más apartado y tranquilo, y allí, para ahogar tan blasfemo bullicio, le leía en voz alta la palabra de los profetas. «No

pongas el corazón en todas las palabras que dicen las gentes y haz oídos sordos incluso cuando te maldiga tu propio siervo.» «Iniquidad son y obra de sus errores: perecerán cuando les llegue la hora de la visitación,» «Recuerda, ¡oh, Señor!, cuanto nos ha sucedido: penetren tus ojos y contemplarás nuestra humillación. Cesó la alegría en nuestro corazón, nuestro júbilo se tornó lamento. Cayó la corona de nuestra cabeza; por eso está abatido nuestro corazón y nublados nuestros ojos.» «¡Oh, cómo perdió brillo el oro! Ha cambiado el fino oro, las piedras del templo han sido arrojadas a los rincones de todas las calles. Los que solían comer manjares perecen en las calles y los que se criaban entre púrpuras abrazan el estiércol.» «Tú ves toda su ignominia, contra mí son todos sus pensamientos para mal; ahora yo soy su canto. Arrojaron mi cuerpo al hoyo y aplastáronlo con una losa.» Y así, escuchando, sepa vuestra merced que Su Augusta Majestad se sumía en un sueño ligero, y yo lo dejaba allí mismo y me dirigía a mi alcoba para escuchar la radio, pues en aquellos días la radio era la única ligazón que quedaba entre el palacio y el Imperio.

En aquella época todo el mundo escuchaba la radio o veía la televisión, los pocos que podían permitirse el lujo de comprarse un televisor (este sigue siendo hasta hoy en el país el símbolo de la opulencia más refinada). Por aquel entonces, finales de agosto y principios de septiembre, cada día traía una suculenta porción de revelaciones acerca de la vida de palacio y de la del Emperador. Caía una verdadera lluvia de cifras y apellidos, de números de cuentas bancarias y nombres de fincas y de empresas privadas. Se mostraron las casas de los notables, las riquezas acumuladas en ellas, el contenido de las cajas secretas, las montañas de joyas. Sonaba con frecuencia la voz del ministro de los Altos Privilegios; Admassu Retta, que, en el curso de su comparecencia ante la Comisión para la Investigación de la Corrupción, declaró dónde, cuándo y qué había recibido cada uno de los dignatarios y el valor de cuanto les había sido concedido. La dificultad, sin embargo, estribaba en que no había manera de delimitar la frontera entre el presupuesto del Estado y el tesoro particular del Emperador; aquí todo quedaba desdibujado, borroso, ambiguo. Los dignatarios se habían construido palacios, adquirido grandes extensiones de tierra y viajado al extranjero con el erario público. La mayor fortuna la había amasado el propio

Emperador. A medida que iba entrando en años su avidez había aumentado, crecido su codicia, senil y penosa. Podría hablarse de ello con tristeza e indulgencia si no fuera porque había sacado miles de millones de las arcas del Estado, cometiendo –él y su gente– estos actos de rapiña en medio de los cementerios de gente muerta por hambre, cementerios que se veían desde las ventanas de palacio.

A finales de agosto los militares promulgan un decreto nacionalizando todos los palacios del Emperador. Quince eran. Comparten ese mismo destino las empresas particulares de Haile Selassie, entre ellas, la cervecería San Jorge, la empresa de autobuses urbanos de Addis Abeba, la fábrica de aguas minerales de Ambo. Los oficiales no han desistido en su empeño de hacer visitas periódicas al Emperador, en el curso de las cuales mantienen con él largas conversaciones y le piden insistentemente que retire su dinero de los bancos extranjeros y lo transfiera a los fondos del erario público. Lo más probable es que nunca se llegue a conocer la cantidad exacta de lo que tenía en sus cuentas. En los discursos de propaganda se habló de cuatro mil millones de dólares, pero esta cifra se puede considerar muy exagerada. Se trataría más bien de varios cientos de millones. Las insistentes demandas de los militares acabaron en fracaso: el Emperador nunca entregó ese dinero al gobierno; hasta hoy día sigue en manos ajenas. Un día, recuerda L. M., los oficiales llegaron a palacio para anunciar que aquella noche la televisión iba a proyectar una película que Haile Selassie debía ver. El ayuda de cámara transmitió la noticia al Emperador. El Monarca accedió gustoso a cumplir la voluntad de su ejército. Por la noche, se sentó en un sillón frente al televisor. El programa había empezado. Pasaban el documental de Jonathan Dimbleby El hambre oculta. L. M. asegura que el Emperador vio la película hasta el final y después se entregó a la meditación. Aquella noche del 11 al 12 de septiembre no durmieron ni el criado ni su señor –dos ancianos en un palacio abandonado– porque era Noche Vieja; según el calendario etíope empezaba el Año Nuevo. Con este motivo L. M. había colocado candelabros en distintos lugares de palacio y encendido las velas.

Al despuntar el alba oyeron el zumbido de unos motores y el chirriar de las cadenas de un tanque rodando por el pavimento. Después se hizo el silencio. A las seis, varios coches militares se detuvieron ante las puertas de palacio. Tres oficiales vestidos con uniformes de campaña se dirigieron al despacho donde permanecía el Emperador desde la

madrugada. Una vez dentro y tras rendirle los honores propios del saludo imperial, uno de ellos le leyó el acta de destronamiento. Su texto, publicado posteriormente en la prensa y emitido por radio, era el siguiente: A pesar de que el pueblo tratara con la mejor voluntad al trono como símbolo de unidad, Haile Selassie I utilizó la autoridad, dignidad y honor del mismo para sus fines personales. El resultado ha sido que el país se ha visto abocado a la miseria y a la decadencia. Además, el Monarca, con su avanzada edad de 82 años, es incapaz de cumplir con sus obligaciones. En vista de lo expuesto, Su Majestad Imperial Haile Selassie I queda destronado el día 12 de septiembre de 1974, asumiendo el poder el Comité Militar Provisional. ¡Etiopía por encima de todo!

El Emperador escuchó de pie y con atención las palabras del oficial y luego expresó su agradecimiento a todos, afirmó que el ejército nunca lo había defraudado y añadió que si la revolución era buena para el pueblo, él también estaba a favor de la revolución y no se opondría al destronamiento. «En este caso –dijo el oficial (su graduación era la de comandante)–, Su Majestad Imperial vendrá con nosotros.» «¿Adónde?», preguntó Haile Selassie. «A un lugar seguro –explicó el militar–. Ya lo verá Vuestra Majestad Imperial.» Todo el mundo salió de palacio. A la entrada se veía aparcado un Volkswagen verde. Se sentaba al volante un oficial, que abrió la portezuela y mantuvo bajado el asiento delantero para que el Emperador pudiera introducirse en el interior. «¿Cómo es esto? –masculló Haile Selassie–, ¿he de viajar en esto?» Este fue su único gesto de protesta aquella mañana. Enseguida guardó silencio y se acomodó en la parte posterior del vehículo. El Volkswagen se puso en marcha precedido por un jeep en que iban soldados armados; otro jeep, idéntico al primero, cerraba la comitiva. Aún no habían dado las siete, la hora del fin del toque de queda, por lo que atravesaron calles vacías. El Emperador saludó con la mano a las escasísimas personas que encontraron por el camino. Finalmente, la columna desapareció por la puerta del cuartel de la Cuarta División.

Siguiendo la orden de los oficiales, L. M. recogió sus cosas y salió de palacio con un hatillo al hombro. Llamó a un taxi que pasaba por allí y mandó que lo llevara a una casa de Jimma Road. Teferra Gebrewold relata que aquel mismo mediodía se presentaron dos oficiales y cerraron el palacio con llave. Uno de ellos se metió la llave en el bolsillo, entraron en un jeep y se marcharon. Los dos tanques, apostados en la entrada por

la noche e inundados por la gente de flores durante el día, regresaron a su base.

Etiopía

Haile Selassie aún cree que sigue siendo

Emperador de Etiopía.

ADDIS ABEBA, 7 de febrero, 1975 (Agencia France Presse). Confinado en los aposentos de un viejo palacio de Menelik, situado en las colinas de Addis Abeba, Haile Selassie pasa los últimos meses de su vida rodeado de sus soldados.

Según testigos oculares, estos soldados –como en los mejores tiempos del Imperio– siguen rindiendo honores al Rey de Reyes, gracias a los cuales, como ha afirmado recientemente el representante de una organización internacional de ayuda tras hacerle una visita y entrevistarse con otros presos que permanecen en el palacio, Haile Selassie sigue creyéndose Emperador de Etiopía.

El Negus goza de buena salud, ha empezado a leer mucho –a pesar de su edad lee sin gafas– y de cuando en cuando da consejos a los soldados que lo vigilan. Vale la pena mencionar que cada semana se efectúa el relevo de los mismos porque el anciano Monarca ha conservado el don de la persuasión. Igual que en los viejos tiempos, cada día del depuesto Emperador transcurre dentro del marco de un programa inviolable y de acuerdo con el protocolo.

El Rey de Reyes se levanta de madrugada, luego oye la misa de la mañana y más tarde se sume en la lectura. Algunas veces pide noticias acerca del curso de la revolución. El que fuera Soberano Todopoderoso repite en más de una ocasión lo que dijo el día de su destronamiento: «Si la revolución es buena para el pueblo, estoy a favor de la revolución.»

En el antiguo despacho del Emperador, a pocos metros del edificio en el que permanece Haile Selassie, diez dirigentes del Derg discuten ininterrumpidamente sobre cómo salvar la revolución, pues nuevos peligros se ciernen sobre ella tras el estallido de la guerra en Eritrea. Justo al lado, encerrados en unas jaulas, los

leones del Emperador exigen su diaria ración de carne, emitiendo rugidos amenazadores.

En la otra parte del palacio viejo, cerca del edificio que ocupa Haile Selassie, se hallan otras dependencias de la antigua corte, donde, encerrados en los sótanos, notables, gerifaltes y dignatarios aguardan enfrentarse con su destino.

The Ethiopian Herald:

Addis Abeba, 28.8.75 (ENA):

Ayer falleció el ex emperador
de Etiopía, Haile Selassie I.
Una obstrucción del aparato
circulatorio debida a trombosis
ha sido la causa de su muerte.

Título de la edición original:

Cesarz

Edición en formato digital: marzo de 2022

© imagen de cubierta, Julio Vivas

© de la traducción, Agata Orzeszek y Roberto Mansberger Amorós, 1989

© Ryszard Kapus´cin´ski, 1978

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1989

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4450-4

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es